ANACONDA

Algunas serpientes no muerden...
pero igual te dejan sin aliento



Amanda Fowels

ANACONDA

AMANDA FOWELS





ANACONDA



ANACONDA

Amanda Fowels

Anaconda

Amanda Fowels, 2025
Primera edición: julio 2025
ISBN: 9798292613169
Portada: Sypdesign (@sypatrickdesign)

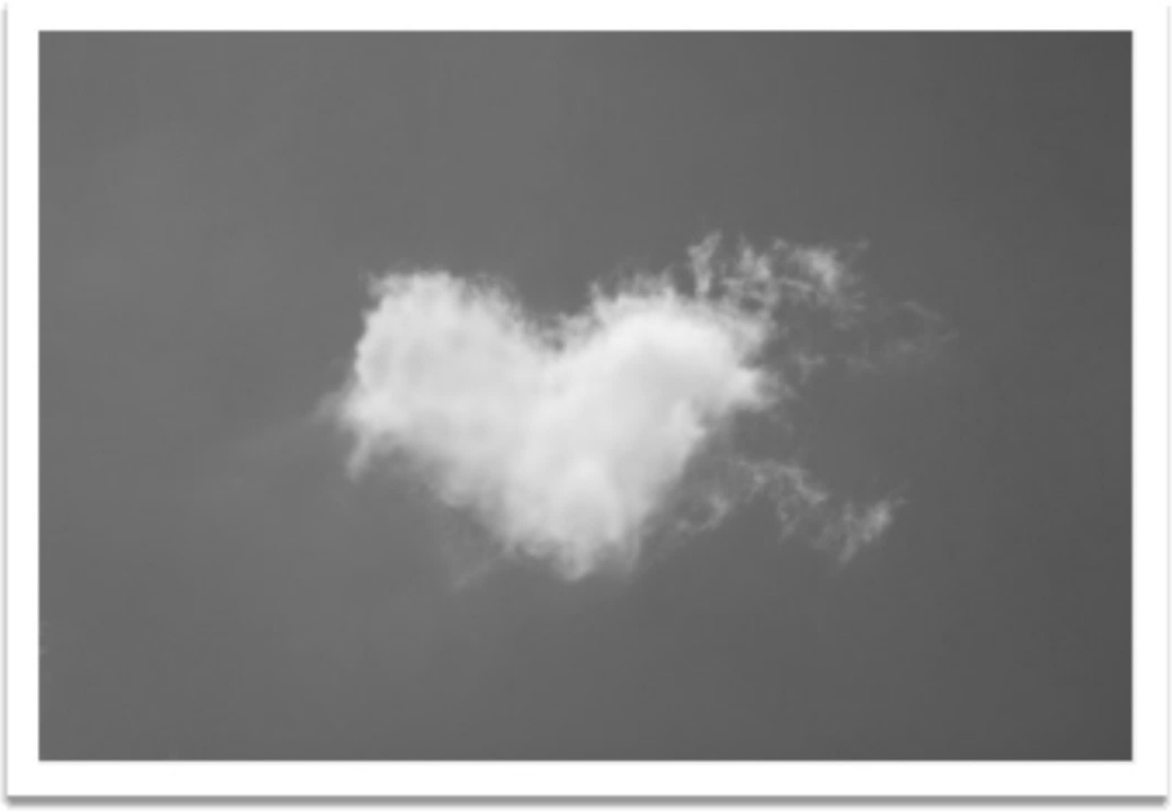

@amandafowelswriter


Amanda Fowels

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, caracteres y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)

El amor es el sentimiento más
fuerte que existe, aunque
el poder le sigue de cerca
(Amanda Fowels)



El amor no nace al primer instante, sino de sensaciones y miradas que anticipan un mañana.

(Amanda Fowels)



PRÓLOGO

Alto, moreno, de pelo abundante y barba corta, ojos marrones de mirada profunda, con un físico robusto… y, entre las piernas, una auténtica Anaconda, o al menos eso sugería el pronunciado bulto que marcaban aquellos pantalones de deporte, así era él. Lo vi por primera vez hacía una semana.

Tuve un accidente del que me había salvado de milagro gracias a mi coche, pero que me dejó como secuela varios un señor latigazo cervical

Intento evitar las visitas médicas siempre que puedo, pero cuando me desperté una mañana con todo el lado izquierdo dormido como el pobre Marichalar, no me quedó más remedio que ir al hospital.

Así comencé mi rutina de rehabilitación. Cada mañana, como un clavo, me colocaban frente a un espejo, para hacer unos ejercicios y fue allí donde lo vi por primera vez.

No te voy a negar que fuera él quien llamó mi atención, sino al bulto enorme que se balanceaba al compás de su muleta.

Dios mío. No sabía si era que llevaba mucho sin *mojar* o que me iba a venir la regla y mi cuerpo pedía marcha, no lo sé, pero me quedé embobada.

El fisioterapeuta me llamó la atención para que me concentrara, porque me quedé con la mirada perdida. Era imposible no seguir aquel vaivén hipnótico.

—Sí, perdona Luis… estoy, estoy.

—Estás en tu mundo, ¿eh? —me dijo.

No podía decir lo mismo de la médica, pero el fisio era muy majo. Desde el primer momento le caí bien porque fui convencida de que iban a tratar mi lesión con masajes, y cuando me dijo que el único tratamiento era enseñarme a hacer ejercicios me quejé, porque yo quería que me tocaran. Sí, se lo dije así tal cual. Podía sonar mal, pero en realidad lo decía porque esos "estiramientos caseros con pelotitas" no eran suficientes para arreglar la lesión que tenía.

Se echó a reír, porque para localizarla, me hizo presión en varios puntos y me provocó dolor, pero me gustaba, así que me dijo que eso me lo hiciera mirar, porque era un poco sado.

Pues sí… un poco sado sí que soy, sí.

Los días pasaban y a la misma hora le veía entrar con su muleta en el gimnasio, a él y a su Anaconda.

Y yo, inevitablemente me quedaba mirando su paquete. Ya vale eso de que sólo sean los tíos los que babeen por los escotes o los culos de las tías, ¿no?

Pues eso. Así empezó todo, y menuda en la que me metí…



CAPÍTULO 1

AMY

Septiembre

Me desperté sobresaltada con el sonido de mi móvil.

—Amy, ¿cuándo vas a tener listo el borrador?

Era Tim, mi editor.

Llevaba varios meses de retraso con la entrega. Le intenté engañar postponiendo una y otra vez la fecha con excusas, pero la realidad era que no tenía ni idea de cómo terminarlo.

—Está casi acabado, la próxima semana te lo mando, sin falta —mentí.

—Amy… llevas diciendo eso más de un mes. Te acepto que no te encuentres bien, que la mano te de problemas, pero sabes que existe el autodictado y otros métodos para escribir… Debía estar listo

antes de que tuvieras el accidente y me dijiste que estaba ya casi terminado… Si no cumples el plazo no voy a poder publicarte.

—Joder, Tim… Por favor…

Le escuché suspirar al otro lado del teléfono. Él sabía que era buena, le convenía esperar, pero entendía que me presionara, al fin y al cabo, era su trabajo.

—Mira, te doy un mes. Ni un solo día más. Por favor… Si no lo haces por ti, hazlo por mí. Los de arriba se están poniendo nerviosos y tú sabes la estima que te tengo, pero llegará un momento en el que dejen de confiar en mí. Ya sabes la lista que hay de nuevos escritores ansiosos por ser publicados, si no eres tú, cogerán a otro… Eres buena Amy, pero también hay mucho talento escondido…

Suspiré, agobiada.

—Vale. En un mes tendrás el borrador. Gracias Tim.

Colgué la llamada y tiré el móvil en la cama. Estaba enfadada pero no era plan de estrellar mi nuevo iPhone de mil quinientos euros contra el suelo por una rabieta. No es que me sobrara el dinero precisamente, pero bueno, un caprichito de vez en cuando me lo concedía.

Estaba saturada, tras el accidente no tenía ganas de nada. Mi vida se convirtió en un infierno y en un bucle infinito del que no podía salir.

Llevaba varios meses con muchos dolores y quebraderos de cabeza por los seguros y los abogados. Estaba harta.

O sea, tú vas tan tranquilito por tu carril, respetando las señales de circulación y haciendo todo lo que tienes que hacer, se te cruza un camión enorme, casi te mata, te revienta el coche, te deja medio lerda y encima tienes que ser tú quien esté detrás de esa gentuza para que te devuelvan lo que ya tenías y era tuyo.

No sé si te has visto en esta situación alguna vez, pero no te la deseo porque realmente es muy desesperante.

Suspiré y salí al pequeño balcón de mi apartamento.

Hacía un año que había decidido comprarme un pequeño pisito en el centro de mi ciudad.

Cuando las cosas con la editorial empezaron a funcionar decidí independizarme. Al fin y al cabo, tengo ya 34 años y mis padres

estaban cansados de tenerme de "pingo", como ellos decían.

Mi hermano, por el contrario, se independizó cuando tenía 18 años. Enseguida encontró al amor de su vida, trabajo exitoso y hala, vida encaminada.

Ellos estaban muy orgullosos de *su niño*, era el primogénito y muchas veces me recriminaban no ser más como él. *Bla, bla, bla.* Típico problema de hermanos, el perfecto y la que da a los padres quebraderos de cabeza, esa era yo.

Les decía que cuando me hicieron, estaban cansados y por eso les salí así. Porque no hacían más que repetir que cuando iba a espabilar. No les gustaba que escribiera, decían que la vida de los "artistas" era demasiado fácil, que me acabaría muriendo de hambre en alguna esquina.

No me gustaba estudiar, mi hermano, sin embargo, era arquitecto, estaba siempre enfrascado en algún proyecto nuevo, pero lo que le hacía destacar era su carrera como actor. Era un hombre muy inquieto y no dejaba de estudiar mientras estaba trabajando, era un coco.

Yo ya nací cansada, pero mira, lo que más me gustaba en este mundo era escribir y leer.

En la escuela no aguantaba con los libros didácticos de lectura obligatoria, pero las novelas que yo elegía, las devoraba. Me daba igual el género. Leía de todo, fantasía, misterio… todo.

Entonces una tarde me dio una *turuntela* y empecé a escribir una historia para el colegio. Teníamos que crear nuestro propio "cuento" para lengua, y cuando lo leyó la profesora no se podía creer que yo, la que siempre fallaba en los análisis sintácticos en la pizarra y que no distinguía entre hiato y diptongo, hubiera escrito aquella historia.

Tenía quince años. Me preguntó un millón de veces de dónde había sacado aquel cuento, no se creía que lo hubiera escrito yo.

Ella era la mujer de uno de los editores más famosos del país. Y debió ver mi talento. Me pidió que le escribiera algo sobre un tema que ella me dijo y lo hice.

Volvió a quedarse sorprendida y me fue pidiendo más cosas a lo largo del curso. Yo disfrutaba escribiendo todo lo que se me pasaba

por la cabeza. Tenía muchísima imaginación y me sobraban las ideas.

Así, con esos cuentos, sin tener ni idea de lo que estaba haciendo, creé mi primera colección juvenil de fantasía.

Me la editaron y tuvo muy buena acogida en las librerías. No me lo podía creer. ¿Cómo había pasado de no ser nadie a ser una escritora juvenil promesa revelación?

No sé. A veces hay que encontrar a la persona adecuada, o más bien al revés, que ella te encuentre a ti.

Acabé mis estudios básicos y seguí escribiendo. No quería ir a la universidad, pero me obligaron a hacer la carrera de filología para perfeccionar mi narrativa.

La odié, ya te lo digo. A mí me gustaba escribir lo que se me pasaba por la cabeza, no me paraba a pensar en que esta coma aquí no está bien… pero les hice caso y me la saqué.

Seguí escribiendo, cada vez con más soltura y publicaba tres libros al año. Empecé con literatura juvenil y, poco a poco, fui evolucionando para dedicarme de lleno a la erótica y, ocasionalmente, al thriller.

Al principio me daba mucha vergüenza, pero con mi estilo de escritura fresco y decidido, el editor me dijo que sería un éxito.

Yo que no he sido nunca muy reivindicativa y que más o menos me adapto a lo que me dicen, como bien has podido imaginar al estudiar una carrera que no quería, pues lo acepté y ya llevaba seis años en el top de ventas de novela erótica y romántica.

Eso sí, mi vida amorosa era una puta mierda. Todo lo que escribía se lo debía a mi imaginación sin límites, y en cierto modo también a las ideas que me daban mis amigas.

Ellas eran geniales. Nos conocíamos desde niñas y formábamos un grupo de lo más variopinto.

Creo que en todos los grupos hay varios tipos de amigas clasificadas según un patrón de comportamiento muy marcado.

En mi grupo estaba Marta, la típica empollona a la que le encantaba estudiar, todo lo opuesto a mí. Ella conseguía siempre los mejores resultados académicos, pero estaba tan centrada en los estudios que su vida social era más bien escasa. No había conocido

varón hasta los dieciocho y que ponía roja con tan solo escuchar la palabra pene.

Después estaba Paula, la "salidilla" del grupo. Ya había perdido la cuenta de con cuantos tíos había estado. Perdió la virginidad en el baño del instituto con el chulito de la clase a los catorce años y no había durado con ninguno más de un mes, sí, ella es un super *topicazo*, pero es así.

La otra era Sofía, la amiga aventurera, un poco hippy que no deja de viajar, es super inteligente pero no se da cuenta. A Sofía no le preguntas cómo está, si no dónde está. No la vemos mucho, pero siempre está presente. Es la única que habla y pregunta en el grupo, siempre va detrás de nosotras y cuando está en la ciudad es la primera que llama. Si no fuera por ella, el grupo se habría ido a la mierda.

Luego está Nuria, la que se casó con su novio de toda la vida. Están siempre juntos, como si el uno del otro fueran una extensión de sus cuerpos. El chico es muy majo, pero a veces, cuando empiezo a hablar de escenas de mis libros y de cómo analizo la polla de uno y de otro, se lo tiene que tragar. Aunque me parece que no le molesta mucho, nos conoce y, al fin y al cabo, como decía Susana, Carlos ya era un *chochete* más. Además, sabemos que, aunque no venga, luego Nuria se lo va a contar todo. Ella es la única del grupo que tiene un hijo y es el pequeñajo que nos tiene locas a todas. Lo tenemos demasiado consentido.

También está Susana, la típica que se ilusiona con el primero que la mira y luego hace dramas porque le han dado calabazas. Está siempre en búsqueda constante del amor… y no se da cuenta de que tiene a Rubén loquito por ella desde que el mundo es mundo, pero es gilipollas. Esperemos que algún día, antes de que sea tarde, lo vea y puedan ser felices, porque se lo merecen.

Por último, estoy yo, Amy, aunque a veces me llaman Sam por una historia un poco larga de contar.

Soy la amiga escritora que inventa historias de amor perfectas, pero que lleva más de un año sin *mojar* porque el gilipollas de su ex la dejó cuando iban a comprarse un piso y estaban a punto de casarse.

Me tiré en la cama y me sobresalté con el sonido de la alarma, era la hora de ir a rehabilitación y una sonrisilla se me escapó al recordar que volvería a ver al Anaconda, como empecé a llamarle. Al menos durante aquella hora me alegraría la vista.



CAPÍTULO 2

AMY

Septiembre

Llegué al gimnasio, que desde el primer día, me había recordado a los de las cárceles de las películas. En esos donde están los presos vestidos de naranja haciendo pesas y ejercicios en máquinas muy poco atractivas.

Me reí yo sola, la única diferencia con aquello era que nosotros llevábamos una camiseta azul con el logo de la mutua.

Saludé a las chicas de la entrada. Eran muy majas, el primer día tuve un problema y me ayudaron muy amablemente, y parece que mi simpatía innata hizo el resto.

Me adentré en la atmósfera carcelaria, pero entendida en el buen sentido y sonreí. Inconscientemente le busqué con la mirada, pero no estaba.

Luis me hizo señas desde el despacho de los fisios para que lo esperara junto al espejo. Me acomodé en la silla y, al fin, en el reflejo lo vi entrar, apoyado en su muleta.

La curiosidad me corroía: ¿qué le habría pasado? La mayoría de los pacientes venían con muletas. Quizá él, con aquella altura, se había lesionado la rodilla jugando al baloncesto.

Toma prejuicio, pensé. Pero necesitaba respuestas.

Llegó Luis y empezamos con la tabla de ejercicios. Estaba convencida de que aquello no me haría gran cosa, pero ellos sabrían, que para eso eran los expertos.

Después me llevó a las corrientes y allí al lado estaba el Anaconda, tumbado en la camilla mientras le hacían una ecografía a la rodilla.

Esa vez me atreví a mirarle el rostro, algo raro, porque la verdad que costaba mucho subir los ojos hasta allí arriba. Además, porque cuando se levantaba, su miembro quedaba justamente a la altura de mi cara.

Me hizo un gesto con la cabeza y se fue a otra de las máquinas. Yo, incapaz de disimular, lo seguí con la mirada.

De haber sido al revés, seguramente me habría denunciado por acoso. Lo de la discreción nunca ha sido lo mío.

Al terminar la sesión, lo vi salir delante de mí. Nos cruzamos un último gesto antes de que él se perdiera en el parking. Yo entré al vestuario, pero no pude evitar fijarme en que también tenía un buen trasero.

Me cambié a toda prisa y salí disparada. *¿En serio un tío con muleta es más rápido que yo?* Lo divisé a lo lejos. Me acerqué, pero no me atreví a decirle nada y nuestros caminos se separaron.

Directa desde allí me fui al bar en el que había quedado con Paula. Quería que alguna la acompañara a elegir una lavadora y como ya estaba por la zona, me ofrecí voluntaria.

—Menudas pintas llevas, guapa, pareces una gitana —me saludó con su habitual tono directo.

Nuestra historia empezó de la forma más absurda. Todas somos del mismo año; incluso Marta y Paula comparten día y mes, aunque no podrían ser más distintas, y a menudo se llevan como el perro y el gato. Nos conocimos en uno de esos eventos organizados por los institutos para socializar con estudiantes de otros centros. Nosotras hicimos piña y crecimos unidas. Solo Sofía vivía en un pueblo, el resto éramos más o menos del mismo barrio.

Volviendo al presente, ayudé a Paula a elegir lavadora. Sí, yo, la experta en electrodomésticos, ironía pura, y después nos fuimos a tomar un café.

En menos de cinco minutos ya me estaba soltando los detalles de su último ligue. Esta chica no tiene filtro, y a medio relato ya me estaba meando de risa.

—Y tú, ¿qué?

—Yo qué, ¿de qué?

—Que cuánto hace que no follas —me dijo, poniendo los ojos en blanco.

La miré con condescendencia…

—Ya lo sabes.

—¿Qué dices…? Debes tener el chichi cerrado con telarañas, no me jodas. ¿Por qué no te pones Tinder de una vez?

—Porque no me gusta, ya te lo he dicho.

—Tía, no sé cómo puedes escribir tantas guarradas y luego no hacer nada…

—Pues porque tengo mi Satisfyer que no me da ningún problema y con eso me apaño.

—Ya claro, igualito es eso que un buen rabo…

—Pues no, no te lo discuto, pero si para tener un buen rabo tengo que sufrir tanto, paso.

—Bueno tú misma… ¿Pero ni siquiera hay alguno que te llame la atención? Es que claro, también estando todo el día encerrada en casa… si al menos fueras a alguna oficina a currar… ya sabes, el que cambia el café en la máquina, el proveedor de los folios… yo qué sé.

—Me lo dices por experiencia propia, ¿verdad? —le dije, soltando una carcajada.

—Quién sabe… —respondió, subiendo los hombros como en el iconito del WhatsApp.

Las dos explotamos en carcajadas, con esa risa contagiosa que nace de las historias sin filtro y las complicidades antiguas.

El café se nos enfriaba mientras Paula gesticulaba como si representara una obra de teatro, exagerando cada detalle de su aventura. Esa era nuestra dinámica: ella, la narradora desenfrenada; yo, la cómplice que soltaba comentarios ácidos entre sorbo y sorbo.

Alguien en la mesa de al lado nos miró por encima del hombro, pero no nos importó. Éramos ese par de locas que convertían una cafetería tranquila en un escenario estridente y confesiones imprudentes.

—Bueno, pero contéstame —insistió.

Como sabía que si no le daba *material* no me iba a dejar tranquila, se lo conté.

—Pues mira, hay uno en rehabilitación que me pone malísima. Lleva unos pantalones de deporte y se le marca TODO y cuando te digo TODO es TODO. Una pasada… Me da hasta pena por lo que lleva ahí el pobre chico.

Soltó una carcajada tan sonora que hizo que los abuelitos de la mesa de al lado se giraran para mirarnos.

—Joder. Tíratelo —me dijo.

Solté una carcajada nerviosa.

—Pero si ni siquiera es mi tipo.

—¿Cómo es?

—Alto, moreno, de ojos marrones y con barbita…

—Bueno, eso de que no es tu tipo… si lo estás describiendo tal cual…

Sí es verdad que siempre me han gustado morenos de ojos marrones, pero igual no tan, *tan* altos. Pienso en mi ex, con quien casi no podía ponerme tacones si no quería sacarle una cabeza.

—¿Tan grande es? —preguntó.

—La polla, enorme... —dije, encandilada.

Suelta de nuevo una carcajada.

—¡Necesitas follar ya! Me refería a él, no a su pene, cerda. Luego decís de mí…

Seguimos poniéndonos al día de marranadas y cosas varias, y nos despedimos porque trabajaba de tardes y tenía que comer antes.

Era la encargada de la línea de montaje de una empresa de cerámica y tiene que respetar los turnos de los operarios, así que va de mañanas, de tardes y de noches…

Para mí sería un fastidio… Con lo cómoda que estoy con mis propios horarios de escritura.

La verdad es que cada trabajo tiene sus propios problemas, porque hay días en los que la inspiración me posee y escribo durante veinte horas seguidas, febril, como si las palabras me quemaran los dedos. Pero también conozco bien la otra cara, horas interminables frente a la pantalla, hipnotizada por el parpadeo del cursor, mientras mi mente se queda en blanco, y la impotencia por no poder seguir se apodera de mí.

Cuando llego a casa represento uno de esos momentos. Abro el documento y lo releo, esperando que me llegue la inspiración y rezando para que lo haga… pero no hay manera.



CAPÍTULO 3

AMY

Septiembre

Era sábado. Las chicas habían propuesto ir al cine a ver una de las películas de moda que todo el mundo publica en Instagram con fotos del cartel y palomitas de anuncio. Era como Los Juegos del Hambre, o algo así, nunca llevo bien los nombres. Ni siquiera me gustaba, pero acepté con tal de escapar de mis cuatro paredes.

Paula llamó al portal, y fuimos andando hasta el centro comercial donde está el cine. Ella es la que más cerca vive de mí. El resto ya nos estaban esperando.

Me asombré al ver que no estaba Carlos, el marido de Nuria, pero nos dijo que se había quedado con el niño y le había dado la tarde libre.

Susana era la fan alocada de esa película y estaba impaciente por entrar.

—¡Venga! Que nos vamos a perder el inicio.

—Pero si con la de anuncios que te ponen ya te puedes pegar media hora antes de entrar —dijo Paula con sorna.

Buscamos nuestra fila y nos abrimos paso entre las personas que ya estaban sentadas, intentando no tirar nuestras palomitas.

Sofía se había llevado su propia bolsa de patatas, porque siempre decía que ella no se gastaba cinco euros en una cosa que podía llevar de casa por cincuenta céntimos.

Ella es así, rancia, pero la queremos igual. Ya se me hizo raro incluso que hubiera accedido a venir, porque para ella gastarse el dinero de la entrada del cine le suponía un dolor impresionante.

Nos acomodamos siguiendo el orden de nuestras entradas, y Marta nos hizo el gesto para que nos calláramos cuando empezaron a poner la musiquilla de la publicidad del cine.

Paula tenía razón y nos tuvimos que tragar más de quince minutos de anuncios antes de que empezara la película.

Me quedé dormida… sí, frita total. Me dijo Nuria que estaba roncando y me desperté cuando me dio un codazo. Soy un show.

Cuando salimos de la peli nos fuimos a cenar a un restaurante japonés.

Me encantaba el sushi y solía ir a menudo con mi ex a aquel sitio, aunque lo reformaron y añadieron nuevos platos que hicieron que Sofía, nuestra hippie tecnófila, se pusiera como loca. Le encantaba Japón y no dejaba de repetirnos que a ver cuándo hacíamos un viaje las seis juntas.

Los camareros eran robots gatitos que traían y se llevaban las bandejas. No dejó de hacerle fotos y videos para Instagram.

Debíamos de ser un cuadro, seis chicas, cada una con un estilo diferente, distinto tipo de ropa y sin vergüenza ninguna al hablar… Me encantaba estar con ellas porque me sentía yo misma.

Me daba mucha pena ver los grupos de que la actualidad donde todos sus miembros van vestidos igual y tienen el mismo corte de pelo. Parecen fotocopias. Nosotras no, nosotras llamábamos la atención, fijo.

—Bueno, bueno… Amy nos tiene que contar algo, ¿verdad? —dijo Paula cuando ya había bebido dos copas de vino.

La miré con ganas de matarla para que se callara, pero como sabía que si no lo contaba yo, lo haría ella y sería peor, decidí confesar.

—Te mato —le susurré.

Ella me lanzó un beso.

—Venga, anima el cotarro que sino esto es un coñazo —se justificó.

—¿Qué has hecho ahora? —preguntó Marta, levantando la ceja.

—¡¿Te vas de viaje?! —gritó Sofía, emocionada.

—¡¿Tienes novio?! —preguntó Susana.

—¿Estás preñada? —dijo Nuria, alarmada.

—Madre mía, estáis fatal, ¿eh? —les dije, mirándolas con los ojos muy abiertos—. No. Que hay un tío en la rehabilitación al que se le marca todo, todo… y ya está.

—Jo hija, para ser escritora hay que ver lo escueta que eres cuando quieres —se quejó Susana.

Me encogí de hombros.

—¿A qué esperas para confirmarlo? —preguntó Nuria.

Me quedé mirándola mientras Paula se reía por lo que había dicho.

—Eh, que conste que yo lo he dicho primero.

—Repito, estáis fatal…

—Pobre chaval, seguro que te quedas ahí mirándole fijamente el paquete con tu cara de pervertida —dijo Sofía.

Me volví a encoger de hombros.

—Quién sabe…

Nos reímos por las ocurrencias del grupo y seguimos hablando del tema, escuchando las burradas cada vez más gordas que se les iban ocurriendo.

Me encantaban las salidas así cuando estábamos todas juntas.

Después del restaurante fuimos a tomar algo, pero sobre la una y media nos volvimos cada una a nuestra casa. Nos estábamos quedando dormidas en el bar, quién nos había visto y quién nos veía ahora…

El domingo lo pasé delante del ordenador, revisando el texto, pero no podía escribir nada, aparte de porque no tenía ideas porque el dolor que tenía en el cuello era insoportable.



CAPÍTULO 4

AMY

Septiembre

Llegó el lunes como una exhalación y ahí estaba, al pie del cañón en el hospital.

Apenas había dormido, por lo que llegué tarde, pero Luis me daba bastante flexibilidad.

—Qué mala cara llevas hoy, señorita —me dijo al verme.

—Sí, estoy fatal… Casi no he podido dormir por el dolor.

Palpó mis cervicales con gesto serio y diagnosticó una contractura severa. Seguí sus ejercicios sin mucho alivio, distraída, escudriñando el lugar con la esperanza de ver al Anaconda, pero no estaba.

Una punzada de desilusión me atravesó. No entendía qué podía haberle pasado. No era posible que ya hubiera terminado su rehabilitación; según lo que había oído, aún le quedaban pruebas por hacer.

Al día siguiente tampoco estaba, ni al otro…

Poco a poco, perdí las ganas de ir. Aquella mañana ni siquiera me molesté en arreglarme, me hice un moño rápido y salí disparada.

Y entonces, justo al llegar, me topé de frente con él. Iba tan distraída, convencida de que no lo vería, que casi me caigo.

—Ostras, perdón, perdón —me dijo el chico.

De cerca, resultaba mucho más atractivo, aunque a esa distancia evité bajar la mirada.

—No pasa nada —le respondí, frotándome la cabeza con una sonrisa forzada.

Le hice un gesto y fui en busca de Luis.

Pensaba que ya se estaba marchando, porque llevaba ya puesta la camiseta corporativa, pero cuando estaba sentada en las corrientes lo vi entrar, a él a su muleta y a su Anaconda…

Se me puso la cara como el icono marranillo del WhatsApp. Menudo vicio.

Me quedé mirándole, y lo peor o mejor es que él también me estaba mirando a mí.

Mierda, me había pillado, fijo…

Seguí sus movimientos mientras hacía los ejercicios. Se notaba que había mejorado, y eso me hizo preguntarme por qué habría faltado esos días.

Me giré para despedirme de Luis, pero cuando volví la vista hacia donde estaba él, ya se había ido.

Me encogí de hombros y fui a cambiarme al vestuario un poco decepcionada…

Cuando salí ya no estaba.



CAPÍTULO 5

DIEGO

Septiembre

Desde que llegué al gimnasio por primera vez, me fijé en aquella chica. La mayoría de los que estaban allí eran mayores, así que su presencia destacaba no solo por parecer de mi edad, sino por sus pintas peculiares.

No era la típica que se arregla para salir de casa, y eso, curiosamente, la hacía más atractiva. Casi siempre llevaba unas mallas rosas que le marcaban un trasero bonito, aunque solo se le veía al agacharse, porque la camiseta reglamentaria, demasiado

grande, se lo cubría casi por completo. Me llamaban la atención sus pelos rebeldes y su sonrisa constante, siempre presente.

Esa semana tuve que faltar dos días a rehabilitación porque mi hermana se puso de parto y estaba sola. Su marido estaba fuera por trabajo, mis padres estaban en el pueblo, y fui yo el primero al que llamó a las tres de la mañana para que la llevara al hospital. Todavía me costaba mucho, pero ya podía coger el coche poco a poco.

Al volver al gimnasio, la vi frente al espejo. Nuestras miradas se cruzaron en el reflejo, pero al pillarla observando mi paquete, desvió los ojos y se ruborizó. Ya la había sorprendido antes en esa misma actitud: directa, pero tímida. Una combinación que me divertía.

Sus movimientos torpes eran un espectáculo en sí mismos. En una de sus idas y venidas, enganchó una silla y arrastró todo lo que había encima, provocando un estruendo que alarmó a medio gimnasio. No pude evitar sonreír.

El último día, chocamos. Yo salía cuando ella entraba, distraída, y se estampó contra mí.

Le saco más de una cabeza y soy bastante fuerte, por lo que el golpe que se llevó la pobre chica fue considerable. Le pedí perdón y vi que ella se sonrojaba.

Acabé mi rutina y vi que ella todavía estaba en las máquinas de calor, sabía que esa era la última que hacía, por lo que ya no le quedaba mucho para terminar.

Me fui al vestuario y decidí esperarla, no sé por qué. No tardó mucho en salir. Con aquellas pintas que llevaba no perdía mucho tiempo.

Devolvió la camiseta y la pulsera a las chicas de la entrada y sonriendo las saludó.

Giró en el pasillo e hice como si justo acabara de salir, para disimular.

Se puso a mi altura y me miró, yo la miré y ella sonrió.

—Hola —me saludó.

—Hola.

—Oye, ¿qué te ha pasado? —me preguntó, señalando mi rodilla.

—Tuve un accidente de moto mientras iba a trabajar —le respondí.

Vi que ella abría mucho los ojos.

—¿Y a ti? —me interesé.

—Yo también tuve un accidente de tráfico —dijo, riendo al imitar la manera en que yo le había contestado.

Ambos reímos.

—Oye, ¿qué te parece si me das tu número y nos contamos con más calma lo que nos pasó?

¡Toma ya! Supe que esa pregunta, después de llevar varias semanas mirándome la polla no era nada inocente.

Dudé un instante, porque su ímpetu me pilló por sorpresa, pero al final cedí con una sonrisa.

Me entregó su móvil, ya preparado, y le escribí mi número. Hizo una llamada perdida.

—Hala, ya me tienes. Gracias.

—Gracias.

—Bueno, pues ya hablamos, ¡hasta luego! —dijo, y salió escopeteada antes de que pudiera añadir nada.

—Oye, pero si no me has dicho ni cómo te llamas —le dije, aunque ya no me escuchó.

Parecía que le habían metido un cohete en el culo, porque salió volando y yo con mi muleta no era tan rápido.

Seguí de camino hasta mi coche con una sonrisa tonta en los labios.

Yo sí que sabía cómo se llamaba porque lo había leído en una pegatina de su coche un día que me la encontré cuando llegamos a la vez. Ella, en cambio, no tenía ni idea de mi nombre.

Qué chica tan particular, Amy…



CAPÍTULO 6

AMY

Septiembre

Llegué al coche y estaba temblando. Madre mía, ¿qué acababa de hacer?

Al correr para alejarme de él lo máximo posible, un movimiento brusco me revolvió el estómago. De pronto, el mundo giró a mi alrededor y sentí un mareo brutal. *Vaya, justo ahora…* Agarré el volante como si fuera un salvavidas y me dejé caer en el asiento, respirando hondo hasta que el vértigo se calmó.

Saqué el móvil con manos aún temblorosas, y les mandé un audio a las chicas, contándoles mi *hazaña*. La primera en contestar fue

Susana.

—¡Qué huevazos tienes, tía! Se habrá quedado flipando el pobre chico.

Y tanto que se quedó flipando. La imagen de su expresión de incredulidad cuando le pedí el número seguía grabada en mi mente. Me había costado mirarlo directamente estaba demasiado cerca, y desde ahí abajo solo veía su torso y esa sonrisa que me ponía tan nerviosa.

No sabía si escribirle ya o esperar un poco, pero como tampoco quería parecer una acosadora, esperé al menos a llegar a casa.

Pero para mi sorpresa se me adelantó.

"Hola Amy, me ha encantado que me dieras tu número. ¿Qué tal?"

¿Cómo sabe cómo mi nombre, si no se lo he dicho? Se lo pregunté.

"Jajaja, porque lo pone en la pegatina de tu coche, me la he jugado"

"Jaja, cierto… pues has acertado soy Amy, aunque muchas veces me llaman Sam y ¿tú cómo te llamas?"

"Jaja, me gusta Sam. ¿Por qué te llaman así? Yo soy Diego"

Diego. El nombre resonó en mi cabeza. No conozco a ningún *Diego…* Pero ahora que lo pensaba, le encajaba: fuerte, sencillo, con ese punto tradicional que contrastaba con su sonrisa pícara. Le pegaba

"Me llaman Sam por una larga historia…"

"Bien, pues encantado Amy-Sam :P"

Y así empezamos a hablar. Su tono era justo lo que me gustaba: relajado, pero con chispa. Bromeaba, me provocaba, y a veces se quedaba callado cuando le soltaba alguna de mis rarezas. ¿En serio le sorprende que me guste coleccionar piedras?

Cuando miré el reloj, llevábamos dos horas enganchados al chat. El móvil agonizaba con un 3% de batería, y al mencionárselo, respondió rápido.

"No me había dado cuenta de la hora. Tengo que ir a ver a mi hermana; esos días que falté fue porque acababa de ser tío."

Qué majo, pensé.

Dejé el teléfono cargando y encendí la tele, buscando una peli que me diera *inspiración* para seguir mi novela. Pero en vez de concentrarme en la pantalla, no paraba de sonreír como una tonta, repasando mentalmente cada mensaje.



CAPÍTULO 7

AMY

Septiembre

Llegaba tarde de nuevo, había pasado muy mala noche. La mano me estaba dando problemas y me dolía muchísimo.

No sabía qué más hacer, porque parecía que la rehabilitación no me estaba dando muy buenos resultados.

Ya se lo había dicho al fisio… que lo que me hacía falta era que me tocaran y me soltaran el bolo ese que me estaba amargando la existencia. Nada de tantos calambres ni mierdas.

Entré cabizbaja, me mareaba y me dolía mucho la cabeza. No tenía ganas ni de pensar en Diego. *Bueno, Diego...* El nombre aún

me sonaba extraño en la cabeza. Prefería llamarle *Anaconda*, como había empezado a hacerlo mentalmente desde aquel día en el gimnasio.

No había vuelto a saber de él en todo el fin de semana, el último mensaje se lo envié yo y me dejó en visto, por lo que deduje que tuvimos aquella conversación tan fluida porque se aburría. Otra decepción en mi lista interminable de desencuentros con hombres.

Paula, cambiaba de ligue cada semana como quien cambia de camiseta.Yo no me veía capaz de hacer eso. No era que me considerara una santa, pero no soportaba esa dinámica de conectar con alguien y luego, de la noche a la mañana, no volver a saber nada. Especialmente si las cosas habían sido íntimas.

No digo tampoco que habría que casarse con el primero que se encuentre, pero... no sé. Tampoco entendía esa manía de borrar a los ex como si nunca hubieran existido. Yo puedo decir que me hablo con todos y tenemos buen rollo, aunque siga doliendo a veces.

¿Cómo podías amar a alguien un día y al siguiente actuar como si no existiera? Sé que en esto voy en contra de todo el mundo, como en tantas otras ideas que tengo, pero me da igual, es lo que yo pienso y mi opinión debería ser igual de válida que la de cualquier otra persona.

Volviendo a la realidad… El espejo de rehabilitación me devolvió una mirada cansada. Como siempre, busqué su reflejo entre las máquinas, nada. No le vi, pero cuando pasé a las corrientes me lo crucé.

Se había afeitado, lo que le daba un aire más juvenil, pero seguía teniendo ese no sé qué, esa presencia que hacía que mis dedos se crisparan sin querer.

Me saludó con una sonrisa y un guiño cómplice. Con un gesto casi imperceptible, me indicó que me esperaba fuera.

Luis, se quedó mirándome sin entender muy bien lo que estaba ocurriendo entre nosotros, y sonrió.

Acabamos nuestra sesión y me dirigí al vestuario. Él no estaba, pero leí un mensaje que me envió al móvil.

Nos vemos en la cafetería del hospital. Te invito a un café.

Sonreí y me dirigí hacia allí.

Lo vi antes de que él me viera a mí. Estaba al fondo, con dos tazas humeantes sobre la mesa, hojeando algo en el teléfono. Alzó la vista y su sonrisa fue un imán.

—¡Hola! ¿Cómo ha ido la rehabilitación hoy? —le pregunté, dejando caer la mochila junto a la silla.

—Lenta. Como siempre. ¿Y tú?

—Pues un asco —suspiré, agitando la mano dormida—. Nada más llegar le dije a Luis que si no me iba a hacer masajes dudaba mucho que mejorara algo. No suelo equivocarme y aquí está el resultado… me mareo cada dos por tres y la mano sigue dormida. Así que poco avanzo.

—Es una vergüenza, al final estamos pagando por un servicio y cuando llega la hora de la verdad no hacen nada. Los protocolos están hechos para que acabemos yendo a privados.

Nos enredamos en una conversación de viejos desencantados, criticando el sistema. En algún momento, sin saber por qué, le solté la pregunta que me rondaba por la cabeza desde que lo vi.

—Oye, por cierto. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cinco ¿y tú?

—Anda, pues pareces más joven. Yo treinta y cuatro.

—Tú también pareces más joven.

Y entonces ocurrió. Me quedé mirándole fijamente y no sé muy bien por qué, pero un impulso me recorrió desde el estómago hasta los labios. Me incliné y le besé. Como si lo hubiera hecho mil veces antes. Como si fuera mío desde siempre.

Me alejé, temiendo que pensara que estaba loca… pero me sorprendió cuando me agarró por el cuello para acercarme a él y volver a devorarme.

Allí, en la cafetería del hospital, bajo la mirada de todos, nos dimos el lote con una voracidad que ni en mis mejores años de adolescente en las discotecas.

—Joder —murmuré.

—Ven, vamos —me dijo, levantándose.

Cogió su muleta y caminó hacia la salida.

Me quedé parada, no sabía dónde estaba yendo, pero una miradita breve a su pantalón me indicó que aquella Anaconda se

estaba despertando…

Intentó recolocarse y me instó para que le siguiera.

Me puse a su lado.

—Pero ¿dónde vamos?

Nos adentramos por los pasillos del hospital hasta que llegamos a una puerta cerrada. Sacó del pantalón una llave y la abrió.

—¿Qué es esto? —pregunté, extrañada.

—Ven, ya te lo contaré… —me dijo.

Entré, era básicamente una sala donde estaban guardados los cubos y fregonas de la limpieza.

Le miré desconcertada, pero no me dio tiempo a decir nada, porque me empujó contra la pared y posó su boca sobre la mía. Me acorraló con sus fuertes brazos, no podía moverme.

Emitió un suspiro de dolor al estar en aquella posición, y se sentó en una especie de banquillo, colocándome a horcajadas sobre él.

Me estaba manejando como una marioneta y yo seguía flipando. Besaba muy muy bien, demasiado bien.

Me agarró el cuello con la mano y me acarició mientras introducía su lengua en mi boca.

Gemí al notar el bulto de su pantalón bajo mis muslos. No pude evitar mirar hacia abajo.

—Joder… —gemí.

Él me obligó a levantar la mirada, agarrándome por la barbilla y riéndose.

—Ey, los ojos los tengo aquí. Ya sé que has estado todos los días mirándome la polla, así que por que esperes un poquito más para verla, no pasa nada ¿no?

Solté una carcajada. ¿Me había pillado?

Pareció leerme la mente.

—Sí, hija. Muy discreta no eres…

Me sonrojé y subí los hombros en señal de resignación.

Volvió a agarrarme el cuello para volver a besarme. Se estaba convirtiendo en adictivo.

Sus labios no eran muy gruesos, pero sí carnosos, muy suaves…

Dios, ya estaba cachonda perdida. Me daba miedo empaparle los pantalones, porque con aquellas mallas tan finas que llevaba ¡se

traspasaba todo!

Seguimos besándonos hasta que perdí la cuenta del tiempo, pero subimos la intensidad.

Me acarició la espalda con sus finos dedos bajando poco a poco hasta mi culo, subió las manos a mi cara para rozarme los labios con el meñique mientras movía la mano para bajarla por el cuello y poco a poco llegar hasta mis pechos.

Llevaba un sujetador deportivo, de los que aprietan bastante, pero le había quitado las almohadillas porque me daban mucho calor, haciendo que se me marcaran perfectamente los pezones, que ya estaban duros como piedras.

Emití un gemido de placer… me encantaba que me los tocaran, creo que era la parte más erógena de mi cuerpo.

Siguió bajando su mano hasta pasarla por mi vientre, haciendo circulitos en mi piel con su dedo índice.

Me estaba poniendo malísima, ¡joder!

Le agarré la mano y se la bajé hasta mi sexo.

No aguantaba más.

Él la soltó como si quemara y sonrió, haciendo que sus ojos se cerraran en esa expresión tan sexy que se le ponía al reír. Se le marcaban también unos hoyuelos muy graciosos en las mejillas.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

Emití un gruñido como una troglodita.

Era evidente, ¿no?

—Sí que quieres correr tú. ¿Estás segura?

—Has sido tú el que me ha traído al cuarto de las escobas…

—Pues también tienes razón… —respondió, con una media sonrisa.

Esta vez la que lo agarré fui yo. Le acerqué con las dos manos y hundí mi lengua en su boca.

Él me agarró el culo con una mano y con la otra fue directo a mi sexo. Gemí.

Pasó un dedo por mi clítoris a través de la ropa, que ya me quemaba.

Volví a gemir. Y él repitió el gesto…

Abrí las piernas para dejarle más acceso y él metió la mano dentro de mis braguitas.

El contacto de su piel en mi pubis me erizó el vello. Hacía mucho tiempo que nadie me tocaba y fue como revivir un millón de sensaciones.

Aparté de la cabeza el recuerdo de mi ex, que fue el último chico con el que llegué a eso.

Quería más, no quería tantos preliminares.

En un impulso me levanté y me quité las mallas, quedando desnuda de cintura para abajo.

No me dio vergüenza, me daba igual.

Él se quedó mirándome sin poder apartar sus ojos de mi cuerpo desnudo, y yo me fijé en su polla. Dios mío, de mi vida, era enorme…

—Ahora tú —le dije con voz lasciva.

Me obedeció. Se incorporó y se quitó los pantalones con los calzoncillos dejando ante mi atónita mirada su enorme miembro. Gigante, lo de Anaconda se quedaba corto…

Gemí de nuevo.

Debí de quedarme embobada, porque me hizo reaccionar empujándome contra la pared.

Era demasiado alto, su pene quedaba a la altura de mi ombligo, por lo que sonrió y volvió a sentarse, llevándome con él para recolocarme en la posición inicial.

Se agachó y cogió su cartera, de la que sacó un preservativo.

—¿Llevas siempre uno o qué? —le pregunté, asombrada por el gesto.

—Sí, nunca se sabe… —respondió, con cara de pillo, mientras se lo colocaba.

Puff, era tan grande que me daba hasta miedo…

—Tranquila —me dijo.

Me besó con pasión, haciendo que volviera a mojarme y dirigió su mano hacia mi abertura, al fin libre.

Estaba empapada, pero cuando pasó sus dedos por mi vagina no aguanté más, los giró sobre mi clítoris con pericia y exploté. Nos fundimos entonces en un beso que amortiguó mi orgasmo.

Puff, ¿qué narices había hecho para que me corriera en menos de un minuto?

Aprovechando mis espasmos, me levantó por la cadera y con una mano fue introduciendo su enorme polla en mí.

Lo engullí, mi cuerpo tenía ganas, y prácticamente me lo comí sin esfuerzo.

Lo sentí entrar dentro de mí, cada centímetro, y eran muchos…, hasta que llegó al final.

Me acoplé y, realizando movimientos de subida y de bajada, empezamos a follar.

—Dios —gemí.

Era fantástico, me rellenaba entera, llegaba hasta el fondo sin esfuerzo y con pocas estocadas volví a correrme, una y otra y otra vez.

Cada vez estaba más duro, cada vez me daba más fuerte y con mayor ritmo. Sentí que me reventaba. Me agarró del cuello y en una última estocada se corrió dentro de mí.

Sentí cómo aquel bicho enorme palpitaba en mis entrañas. Dios mío, qué pasada.

No era consciente de los gritos que estaba dando… ni de que estábamos dentro del "armario" del conserje del hospital…

Me dio igual y a él también.



CAPÍTULO 8

AMY

Septiembre

¡¿Qué dices?! —preguntó Nuria, emocionada tras el relato.

—Sí, lo que te cuento… Dios, qué polvazo —dije, todavía en las nubes.

Por la tarde, concerté una reunión de urgencia con las chicas para contárselo y se quedaron alucinadas. No se esperaban eso de mí.

—Cuando terminamos de follar, nos limpiamos, nos despedimos con un casto beso y nos fuimos cada uno a nuestra casa, diciendo que ya nos veríamos al día siguiente. Fue raro… pero me gustó.

—¿Y mañana qué vas a hacer? —me preguntó Susana.

—No sé… ¿Hago como si nada?

—Sí. Hazte la dura, eso les pone —dijo Paula.

—Qué va, no le hagas caso. ¿Te gusta de verdad o es solo un rollete? —preguntó Sofía; quien, casualmente, llevaba una temporada en la ciudad y era más fácil quedar con ella.

—Pero si no lo conozco. No lo sé… solo sé que tiene la polla más grande que he visto en mi vida. Como esas de los actores porno que dices, bah, eso está todo hinchado… así. Pero todo natural… Dios que pasada, cada vez que lo recuerdo…

En cuanto llegué a casa me masturbé con mi Satisfyer y con todos mis juguetes sexuales, que en comparación con su pene, me parecían todos enanos.

—Madre mía, la próxima vez manda foto —dijo Nuria, riendo.

Estuvimos charlando, soltando burradas, cada cual más grande, hasta que recibí un mensaje de Diego.

Les hice el gesto de silencio con el dedo y lo abrí para leerlo en voz alta.

Hola, tigresa ¿Te apetece que nos veamos esta noche? Tengo el trastero de casa lleno de escobas que me gustaría enseñarte ;)

—¡Me cago en la puta! —gritó Paula.

—Esta noche follas —dijo Nuria, guiñando un ojo.

Solté el móvil y lo dejé encima de la mesa como si quemara.

—No… no… a ver que no lo conozco. Ha sido un polvo y ya está. Yo ahora no quiero nada más. Le voy a decir que no. Además, ya lo veré mañana en rehabilitación.

—De eso nada —dijo Susana, quitándome el móvil antes de que pudiera cogerlo.

—Eh, dámelo —protesté, como una niña a la que le roban una muñeca.

—Nup. A ver… —empezó a escribir mientras dictaba en voz alta—. Tengo muchas ganas de ver esas escobas… No, mejor… Me gustaría ver más el palo de la tuya….

Solté una carcajada y cabeceé…

—Madre mía…

Entre todas fueron dando ideas mientras yo escondía la cara entre las manos.

—Haced lo que queráis —dije, resignada.

Al final le contestaron bien, simplemente aceptado la invitación y pidiéndole la ubicación de su casa.

—Anda, no puede ser. ¡Sois vecinos!

—¿Cómo que vecinos?

—Sí, vecinos, vecinos, mira —dijo Susana, enseñándome el móvil.

Era verdad. Vivía en el bloque de al lado. Se me hacía raro no haberle visto nunca.

—Pues mira que bien, así no tienes ni que desplazarte —dijo Sofía.

Concretamos una hora para quedar y como tampoco quedaba mucho, estuve un rato más con las chicas y me fui a duchar.

Por una parte, me hacía ilusión tener una cita, porque llevaba mucho tiempo sola, pero por la otra me daba un poco de miedo.

Ya no era porque estaba claro que íbamos a tener sexo aquella noche, sino porque me apetecía conocer a alguien.

No sé si es raro lo que voy a decirte, pero ¿Sabes lo que más echo de menos de tener una relación?

No, no es el sexo, aunque a veces también. Pero lo que más me falta es el poder besar. El abrazar, las caricias, la intimidad que se tiene junto a la otra persona cuando estás a escasos milímetros de su boca. Eso. Esa sensación de nervios, de flores en el estómago antes de juntar nuestras bocas.

Algo que se acaba convirtiendo en cotidiano, pero que cuando falta, te das cuenta de lo que lo echabas de menos.

Diego besaba muy bien, pero tampoco le conocía y no sabía qué intenciones tenía conmigo.

Me daba miedo que me hiciera daño, pero tampoco quería pensarlo mucho. Así que, me arreglé, decidida a pasármelo bien.



CAPÍTULO 9

DIEGO

Septiembre

Me tumbé en el sofá para responder la llamada de mi hermano. Sabía que cuando quería hablar iba para largo.

—Fue uno de los mejores polvos de mi vida, tío —dije tras relatarle mi encuentro en el cuarto de los conserjes con Amy.

—Qué cabrón, te pones *morao* —me dijo, soltando una carcajada.

Era cierto. Llevaba una temporada muy buena en lo que a sexo se refiere.

Me había hecho un perfil de Tinder y tenía bastante éxito. No me consideraba un sex—symbol, pero sabía el potencial que tenía mi

polla y me aprovechaba de eso. Sí, la tenía grande, bastante.

Me habían llegado incluso a decir que me debería haber presentado a un casting para actor porno, pero me daba mucha vergüenza.

—La he invitado a casa esta noche —le dije.

—¿Aún te has quedado con ganas? —me preguntó.

—Sí. Está muy buena y tiene un coñito muy apretado…

—Qué cerdo eres. Yo también quiero. Cuando te canses de ella, como haces con todas, pásame el número.

Le miré con condescendencia.

Me dolía que dijera aquello, pero en el fondo tenía razón. Era lo que hacía con las chicas.

No quería enamorarme, no quería nada serio con ninguna, solo quería follar y pasármelo bien, y con esa aplicación lo conseguía.

—Bueno, te dejo porque me ha dicho que sí que viene y quiero adecentar un poco esto. Ayer se quedó a dormir Miriam y tengo que limpiar su rastro.

—Vale, tío. Ya me contarás.

Colgué la videollamada y me puse manos a la obra.

Tengo mi pequeño piso desde hace un año. Antes vivía con mis padres y mi hermano, pero me cansé y con los ahorros que fui guardando, me metí en una hipoteca.

Fue una de las mejores decisiones de mi vida y no me arrepiento para nada.

La libertad que te da el vivir solo no se paga con dinero. Sí que es cierto que había cosas que echaba de menos, como el tener la comida hecha o la ropa limpia, y por no hablar de los gastos, pero la tranquilidad de hacer lo que me diera la gana compensaba todo.

Solía llevarme a las tías que conocía en Tinder a casa. Algunas se quedaban a dormir, no era tan cabrón de echarlas a mitad de la noche, además el mañanero era uno de mis favoritos.

Con Miriam era con la que más solía quedar, pellirroja teñida de pelo rizado, ojos marrones y, aunque no era una belleza deslumbrante, tenía un atractivo morboso bastante irresistible. Me gustaba follármela duro, era como si descargara mi ira sobre ella, y me encantaba cómo la chupaba.

Ella tenía claro que era solo sexo, de hecho, me parecía que me dijo que tenía novio. Lo cual no me importaba, allá ella con sus follones.

Recogí sus bragas tiradas encima del sofá y las tiré a la basura, no quería que Amy las viera. Las mujeres son muy celosas. Si notan que hay un indicio de ser compartidas con otra se ponen insoportables.

Puse la Rumba en acción y mientras el aparato limpiaba el suelo, recogí la cocina. Solía cocinar por la mañana y dejar la comida en *tuppers* para calentar al medio día.

Una vez tuve todo listo, miré el reloj. Me habían sobrado todavía cuarenta minutos, que dediqué a darme una ducha y a pajearme pensando en el coñito apretado de Amy, y en lo que le haría aquella noche.



CAPÍTULO 10

AMY

Septiembre

Estaba nerviosa. No sabía muy bien qué ponerme. Hacía mucho que no tenía una cita, si aquello se podía considerar como tal.

Me probé varios vestidos y les envié fotos a las chicas, hasta que, finalmente, entre todas elegimos uno.

Me coloqué mis botas de tacón ancho y me pinté los labios rojos, parecía un tópico, pero me hacían sentir más segura.

Me atusé el pelo en el espejo del pasillo. Mi larga melena morena artificial, era bastante incontrolable. Era pelirroja natural, pero no me gustaba mi color. De adolescente me apetecía ser morena y me

sorprendió el efecto que el cambio provocaba en mis rasgos. Desde entonces, me teñía cada mes para que no se notara la raíz. Con las cejas hacía lo mismo.

Me veía más guapa así. A veces, nacemos con un color, pero al cambiarlo, nos reconocemos más en nosotras mismas.

Las chicas, sobre todo Sofía que se teñía de pelirroja siendo morena, no entendían que no me dejara mi color natural. *Dios da pan a quien no tiene dientes*, decía siempre ella, y en el fondo tenía razón: a mí me encantaba su pelo oscuro, y no comprendía por qué se lo decoloraba una y otra vez para alcanzar un tono como el que yo llevaba de nacimiento.

Una vez estuve lista, toqué la figurita del elefante de la entrada como hacía siempre que salía de casa y me dirigí a casa de Diego.

Literalmente cinco minutos después, ya estaba tocando el timbre de su piso.

—Hola, tigresa —me saludó, dándome un beso en los labios al abrir la puerta.

Me sorprendió el gesto tan espontáneo.

Se hizo a un lado y me invitó a entrar.

El piso, más moderno que los de mi bloque, no parecía muy amplio, pero todo en él respiraba contemporaneidad. Me hizo un breve recorrido: el salón y la cocina estaban juntos, integrados en un mismo espacio. Al llegar a la habitación principal, me empujó contra la pared, me inmovilizó entre sus brazos y volvió a besarme.

—Joder —murmuré.

Sus besos se intensificaron, ahondando en mi boca con una urgencia que me dejó sin aliento. Mi respiración se aceleró, y me abandoné por completo a sus labios. Entre el fragor, noté el movimiento inquieto de la Anaconda enroscada en esos pantalones de chándal, los mismos que usaba en rehabilitación, como si fueran su segunda piel.

—¿Ya? —pregunté entre besos.

—¿Por qué no?

Pues también tenía razón.

Sus manos empezaron a arrancarme el vestido. Maldita sea, pensé, con lo que me costó elegirlo…. De haberlo sabido, habría

venido en pijama. Pronto quedé reducida a mi ropa interior, y su mirada me devoró de arriba abajo antes de lanzarse de nuevo sobre mi boca con ferocidad de depredador. Adiós también al pintalabios. Podría haberme ahorrado el maquillaje, reflexioné, mientras notaba cómo el lápiz se borraba.

Siempre pasa igual, nos esmeramos en arreglarnos, sin que a ellos les importe mucho. Pero luego, ironías de la vida, solo se fijan en las que van impecables. Dicen que las mujeres somos complicadas, pero anda que ellos…

Poco a poco, me empujó hacia la cama, hasta que la parte posterior de mis rodillas chocó con el colchón y caí de espaldas sobre él.

Una sonrisa pícara le iluminó el rostro mientras se despojaba de la camiseta y bajaba los pantalones. No era el típico musculitos de gimnasio, pero tenía buen físico, me atraía. Los ojos se me fueron directamente a su paquete, así que tampoco me daba margen a mirar mucho más.

Se colocó sobre mí y me agarró con facilidad para ponerme encima de él. Sus manos fueron bajando por mi espalda hasta agarrar mi culo.

Seguía besándome sin parar. Me iba a dejar los labios en carne viva si seguía a ese ritmo.

En un movimiento me giró de nuevo, dejándome sobre el colchón, expuesta.

—Qué buena estás —me dijo, casi salivando.

Se abalanzó de nuevo sobre mí, y fue besándome todo el cuerpo, desde el cuello bajando hasta el ombligo.

Con los dedos de la mano me apartó las braguitas y me besó el pubis. Me hizo cosquillas con su ya incipiente barba.

¿Cómo podía haberle crecido ya desde por mañana?

Me revolví, sonriendo con picardía.

Siguió bajando su boca por mi cuerpo, y sin despegar los labios de mi piel me fue bajando las braguitas con las manos.

Alcé las caderas para facilitarle el trabajo y él siguió bajando hasta pasear sus labios carnosos por mi vulva.

Me estremecí ante su contacto, pero lo mejor vino cuando sacó la punta de su lengua y la paseó por mi clítoris.

—Dios —gemí.

Acompañó el movimiento de su lengua con el roce de su dedo por mi apertura, introduciéndolo poco a poco en mi vagina, empapándolo de mi flujo y abriéndome para prepararme.

No se detuvo mucho más, ya que poco después separó su boca de mi sexo palpitante y, colocándome las caderas me penetró de una estocada.

Pensé que me desgarraba por lo fuerte que me la metió. Grité. Me encantaba aquella profundidad.

Empezó a bombear haciendo caso omiso a mis quejidos. Realmente me estaba haciendo un poco de daño, pero cuando su pene se acopló por completo a mi cuerpo, empecé a gozar con las embestidas. Estaba duro, durísimo. Creo que nunca nadie me había penetrado de aquella manera.

Me sentía como las actrices porno cuando utilizan esos dildos enormes.

Siguió follándome, haciendo que me corriera sin parar varias veces. No se detenía, tenía los ojos cerrados y parecía que estaba en trance.

Durante un momento los abrió y al verme expuesta, con los pechos bamboleantes por sus embestidas, sonrió y me agarró del cuello con fuerza, haciendo que volviera a correrme.

Intenté gritar, pero su mano me lo impidió.

Me convulsioné y sentí cómo mis fluidos se escurrían por mis piernas y cómo se movían con las embestidas de su pene.

Aumentó el ritmo, haciendo que lo sintiera profundo en las entrañas, creo que me tocó el punto G, porque volví a correrme a borbotones cuando él finalmente explotó emitiendo un gemido gutural y dejándose caer en la cama.

—Dios… —susurré, agotada y empapada.

Cuando retiró su pene de mi cuerpo, sentí un vacío húmedo. Mi vagina, aún palpitante, se cerró lentamente, recuperando su forma original.

Él se desplomó a mi lado, exhausto, y durante un largo instante solo supimos existir bajo el techo, mudos, respirando al unísono. Si eso había sido solo el aperitivo, no me atrevía a imaginar lo que vendría después del postre.



CAPÍTULO 11

AMY

Septiembre

Fue increíble, llevaba mucho tiempo, por no decir que no lo había hecho nunca, sin follar así. Casi literalmente me reventó, porque me escoció al hacer pis durante varios días.

La cena estuvo bien, tras recomponernos y acabar en el sofá comiendo una pizza con una de sus camisetas para estar más cómoda, volvimos al asalto y follamos por varias zonas de la casa. Empezando por el sofá, en la cocina, en la ducha incluso en el ascensor cuando me acompañó al portal.

No le dije que era su vecina, solo que vivía cerca e iba andando. Al llegar a casa me tumbé en la cama, destrozada. Todavía tenía el sabor de su semen en mi boca.

Lo habíamos dado todo. Aquel chaval era un semental, pero yo tampoco me quedaba atrás.

Creo que hasta me arregló la contractura y todo, también lo pensé, si hacía aquello medio cojo, ¿qué haría estando bien al cien por cien?

Después de aquel encuentro, empezamos a vernos todas las tardes. Me gustaba mucho quedar con él, me hacía reír, y me sentía a gusto. El tiempo volaba cuando estábamos juntos. Realmente la mayor parte follábamos, pero también pasábamos buenos momentos como si fuéramos pareja. Mantita y peli en el sofá, o incluso salir a cenar fuera, aunque siempre acabáramos en su casa enredados como conejos.

No sabía muy bien por qué, pero no estaba lista para llevarle a mi casa, ni siquiera le dije dónde vivía; no obstante, a él parecía no importarle.

Sin querer, empecé a alejarme un poco de mis amigas, pero ellas lo entendían y no me decían nada. Al fin y al cabo, siempre me instaban para que saliera con alguien y ahora que lo había conseguido, me pedían los detalles de nuestros polvos. A veces, entre risas les decía que se esperaran a leerlo en mis libros.

Tampoco llegué a presentárselo, y en una ocasión Paula bromeó con que me lo había inventado todo y en realidad ese tío solo era un personaje de mis historias. Nada más lejos de la realidad, Diego era real… muy real. Cuando cruzaba la puerta de su casa era como si entrara en un mundo completamente diferente del que no quería salir.

Había tenido una semana de mierda con los dolores y él estaba un poco raro. Tras haber practicado todas las páginas del Kamasutra en su casa, me fui a mi piso con la excusa de seguir escribiendo. Al fin me veía algo inspirada para seguir mi novela, aunque con los dolores me costaba mucho escribir.

Por mucho que Tim me dijera que había otros métodos para escribir, no me funcionaban, no narraba igual hablando que dejando

volar mis dedos sobre el teclado.

Estuve todo el sábado sin hacer nada. Las chicas no dijeron nada por el grupo y yo no tenía muchas ganas de salir.

Estaba a punto de llover y con la humedad me dolían mucho más las cervicales. Aunque pensé que el esfuerzo del *polvazo* que tuve con Diego la noche anterior podría haber influido. Me mareaba muchísimo y tenía el brazo entumecido completamente.

Qué difícil es explicar el dolor, ¿verdad? Es algo que solo uno lo siente y que cada persona es única interpretándolo, pero lo que está claro es que es uno mismo el que sabe cómo está.

Si te soy sincera esperaba algún mensaje de Diego para preguntarme cómo estaba, ya que me había marchado de su casa bastante dolorida, pero no llegó. Esperé y esperé, aunque yo tampoco le dije nada.

Recogí la casa, aproveché para terminarme uno de los libros que me prestó Sofía "El diario de una aventurera", de S. Fletcher. La historia le iba como anillo al dedo, porque hablaba de las aventuras que había pasado una chica con su Citroën 2CV recorriendo el mundo.

Estaba bien, entretenido.

Cené unos congelados que me hice en la freidora de aire. Desde que me la regalaron no hacía más que mirar recetas y estaba muy contenta, porque no soy una gran amante de la cocina, y con eso podía comer más o menos sano y rico con poco esfuerzo.

Cuando estaba ya a punto de irme a la cama, me sorprendió el sonido de mi móvil.

Lo desbloqueé y vi que era Diego.

"¿Te apetece que nos veamos mañana?"

Me sorprendí, todo el sábado sin decir nada y me lo preguntaba a las doce de la noche.

"Según cómo me levante, te digo", le respondí.

"Vale, descansa, tigresa ;)"

No sabía muy bien qué hacer. Me resultaba un poco raro que el sábado no me hubiera dicho absolutamente nada después de lo que pasó. Me dormí, entre pensamientos contradictorios.

Mañana sería otro día.



CAPÍTULO 12

AMY

Octubre

El domingo no quedamos, me encontraba muy mal y no tenía ganas. Le envié un mensaje y me respondió con un simple y escueto ok.

El lunes amanecí fatal. Unos mareos horribles me envolvieron al despertar, como si el suelo se tambaleara bajo mis pies. Tenía revisión con la médica, y aunque ya había completado una tanda de rehabilitación, la mejoría brillaba por su ausencia. De hecho, la última semana había empeorado: el dolor en el brazo seguía ahí,

persistente, punzante, como un recordatorio constante de que algo no iba bien.

Pero la verdadera sorpresa llegó en la consulta. La médica, más pendiente del esmalte de mis uñas que de mi estado de salud, me anunció con frialdad que no habría más sesiones de fisioterapia. Sus palabras cayeron sobre mí como un mazazo, dejándome aturdida, sin entender cómo un detalle trivial había captado más su atención que mi dolor.

Como te puedes imaginar, aquello me sentó fatal, porque no me encontraba en condiciones, necesitaba atención médica y parecía que nadie me hacía caso. Me puse histérica, lo cual empeoró mis dolores, y regresé a casa para preguntar a los expertos qué debía hacer.

Me cabreé y pasé el resto del día en la cama.

Al día siguiente me dirigí al hospital para ir a ver a Luis y contarle la situación.

—Tómatelo con filosofía —me dijo, encogiéndose de hombros—. Por desgracia, esto es lo normal… Nadie sale al cien por cien de estas cosas.

Me dio mucha impotencia y él me abrazó. Me había pillado cariño. Cuando iba a irme, tras haber buscado a Diego con la mirada, me lo encontré entrando al vestuario.

—Hola, ¿ya te vas? —me preguntó.

—Sí, si quieres luego hablamos y te cuento —le respondí, seca.

—Vale. Cuando salga te llamo.

Le saludé medio distraída y me fui a casa, con la sensación de haber dejado algo a medias.

Me llamó Nuria y estuvimos hablando un rato. Ella conocía a varios fisios que podían tratarme y me dio el teléfono de uno de ellos.

De todas maneras, fui a mi médico de cabecera para comentárselo, y al ver mi estado directamente me derivó a los especialistas, aunque me dejó bien claro que "tardarían en visitarme".

Resignada y enfadada llegué a casa y me tiré en la cama. Cogí el teléfono y llamé a Diego, pero no me lo cogió. Quizá estaba todavía

en rehabilitación.

Me puse a ver una serie para olvidarme de mis problemas y se me pasó el tiempo.

Cuando me quise dar cuenta ya eran las diez de la noche y Diego no me había devuelto la llamada.

Abrí su chat y… ¡sorpresa! Hacía solo unos minutos que se había conectado. Esperé unos segundos y se puso "En línea" y de repente se quitó otra vez. Vamos, que estaba hablando con alguien y pasando de mí, completamente.

Pues nada. Yo no le iba a ir detrás. Tiré el móvil con desgana y seguí viendo la serie.

Antes de apagar la luz, revisé el grupo de las chicas. Discutían planes para el fin de semana con ese caos organizado típico de nosotras. Lo bueno de ser tantas era que siempre había alguien con energía para arrastrar al resto, porque si no era una, era la otra, pero al final nadie se quedaba en casa.

"*Yo me apunto a lo que sea*", escribí, dejando caer el teléfono sobre la almohada. Fue entonces cuando vi la notificación de Mike. El mejor amigo de mi ex, con el que solía hablar a menudo.

No recuerdo cómo salió el tema. Solo sé que, entre actualizaciones triviales, terminé contándole con lujo de detalles cómo Diego y yo habíamos quemado las sábanas la semana anterior. Sin filtros ni pudor. Como si él fuera mi diario personal en carne y hueso.

Me gustaba hablar con él porque era como si lo hiciera con mis amigas, había confianza.

Hicimos un trato para no meter en las conversaciones a mi ex para que no monopolizara nuestra amistad.

"Los penes son más bonitos que las vaginas", le dije.
"De eso nada… mucho mejor un buen coño que una buena polla"
"Que asco, además, huelen fatal…"
"Para mí eso no es ningún problema, recuerda que soy basurero"

Me meaba, de hecho, casi me meé encima al imaginarme la situación.

Seguimos la conversación hasta que se despidió para ir a dormir y yo hice lo mismo.

Al menos me había alegrado las últimas horas del día.

No había noticias de Diego.



CAPÍTULO 13

DIEGO

Octubre

Cuando llegué al gimnasio para hacer la rehabilitación me la encontré saliendo. La vi bastante nerviosa, y algo enfadada. Le dije que la llamaría al salir, pero no lo hice.

Terminé mis ejercicios y, al llegar al coche, vi varias llamadas perdidas de Rocío. Una de las chicas de Tinder con la que había estado el domingo.

Llevábamos meses viéndonos. Había salido con otras chicas, pero eran planes vacíos, como quien llena el tiempo por costumbre. En el fondo, realmente a quien quería ver era a ella.

No obstante, nunca sentí que debiera rendirle cuentas. No éramos nada, después de todo.

Así que cuando Amy me dijo que no quería quedar el domingo, quedé con Rocío y estuvimos follando en mi casa. No voy a negar que me acordé de ella. No solía ocurrirme; nunca me había encariñado de nadie. Pero algo en ella era distinto.

Quizá por puro agobio. O porque, en el fondo, sabía que había actuado como un gilipollas.

Al día siguiente intenté contactar con ella, pero no respondió. Esperé encontrármela en rehabilitación, pero no apareció. Volví a llamarla por la tarde, y le envié mensajes. Los leía, pero no contestaba. No iba a intentarlo mucho más, no iría detrás de ella. No era uno de esos, así que dejé de insistir.

No fue a rehabilitación durante toda la semana, y sin poder aguantarme, el viernes le pregunté a Luis.

—Ya no tiene más sesiones —me dijo, con una pizca de tristeza. Se notaba que habían conectado, a diferencia de mi propio fisio, con quien apenas hablaba.

Me extrañó que le dieran el alta. Por lo poco que sabía, y por cómo le notaba la contractura en la espalda cuando follábamos, aquella lesión no estaba curada.

Esa noche, traicionando mi propia decisión, volví a llamarla. Estaba a punto de colgar cuando, al fin, escuché su voz

—Hola.

—Ey, hola Amy. ¿Cómo vas? Me ha dicho Luis que ya no tienes más rehabilitación.

—No —respondió, seca.

—Oh, vaya. ¿Y ahora?

—Pues a pelear, como siempre.

—¿Te apetece que nos veamos?

Se hizo el silencio. Estaba enfadada, se le notaba.

—Vale —respondió, finalmente.

—¿Quieres cenar en mi casa?

—Prefiero que quedemos por el centro, si no te importa —respondió, muy cortante.

No entendía por qué estaba tan cabreada, mujeres…

—Vale —respondí, resignado.

Concretamos un sitio y quedamos en un par de horas.

Cuando la vi llegar, lo primero que noté fue su esencia. Olía a caramelo… Seguro que usaba un perfume de esos de feromonas porque tenía algo que me atraía como a un animal en celo.

—Hola —me saludó.

La vi dudar si darme dos besos o no, por lo que rompí yo el hielo. La noté un poco tensa tras mi contacto, pero no dijo nada.

—Bueno, cuéntame ¿qué ha pasado? —le insté. Estaba muy callada.

—¿Por qué no me llamaste? —soltó, de pronto.

Me quedé un poco sorprendido por aquella pregunta. No sabía muy bien qué contestar, pero decidí ser sincero.

—Porque se me pasó el día volando, me llamaron y se me olvidó, la verdad.

—Vale. Agradezco tu sinceridad —respondió, cortante.

Intenté alegrarle contándole alguna chorrada y poco a poco se fue relajando.

Me contó lo que le había pasado con respecto a la rehabilitación. Estaba muy cabreada, y con razón, porque no era normal que le dieran el alta siendo que todavía no estaba recuperada.

Es una vergüenza y más todavía en casos como el suyo, en los que no se aprecia la dolencia a simple vista. No era como el mío, en el que resultaba evidente que algo estaba roto.

Intenté consolarla y al final volvió a comportarse como la había conocido. Fuimos a cenar a una hamburguesería de la que había visto muy buenas reseñas.

Daba gusto verla comer y me quedé un buen rato observándola. Tenía mucha naturalidad, no era como las chicas que solía conocer por Tinder. Me pilló mirándola y se quedó parada.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo? —preguntó, todavía con la boca llena.

—No, nada, nada —respondí, sonriendo.

Seguimos cenando y le propuse ir a mi casa, pero me dijo que estaba un poco cansada y le daba pereza regresar después a la suya, por tanto, me autoinvité, cambiando la propuesta.

Me miró durante unos segundos dubitativa, pero, finalmente acabó rechazando mi ofrecimiento.

Nos despedimos cuando ella cogió el taxi y yo volví andando. Estaba un poco rara, pero quizá el que se sentía extraño era yo.

No quería ninguna relación. No lo había pasado bien con las parejas que había tenido, por eso prefería salir con chicas de manera ocasional, pero sin comprometerme. No quería ataduras, precisamente para evitar ese sentimiento de inquietud y nostalgia que estaba notando en aquellos momentos…



CAPÍTULO 14

AMY

Octubre

Joder, joder y joder. Pero ¿qué me pasaba? ¿Por qué me estaba comportando de aquella manera con él?

Me sentó muy mal que no me llamara, pero al final lo había acabado haciendo, ¿no?

Algo me olía mal con ese chico, al fin y al cabo, no le conocía, pero me daba la sensación de que tenía más experiencia de la que aparentaba. Con semejante ejemplar entre las piernas, estaba claro que le sacaría partido.

Creo que empecé a ilusionarme y no quería hacerlo de un chico así.

Con mi ex había vivido algo distinto. Nunca, ni un solo instante, dudé de su fidelidad. Y eso, aunque no lo supe valorar entonces, me hacía sentir segura. Aun así, a veces provocaba situaciones para darle celos, como si necesitara comprobar que aún latía sangre bajo su calma.

Anhelaba esa pasión ardiente que veía en las relaciones de mis amigas. No entendía que el amor también podía ser silencio compartido, sin darme cuenta de que en realidad dentro de mi estabilidad y mi rutina, podía seguir manteniendo viva la llama.

Cuando me dejó, lo comprendí demasiado tarde: la ausencia de celos no era indiferencia, sino confianza. Y yo, en mi estúpido juego de provocaciones, lo acabé mandando todo a la mierda, sin darme cuenta de que a él le importaba más que ninguna.

En fin… no quiero perderme en mis dramas, es solo que, tras haberlo dejado con él, Diego había sido el primer chico con el que había sentido ese *no sé qué* de poder tener algo serio… aunque intuía que iba a darme de bruces con un muro.

Cuando llegué a casa tras nuestra quedada me tiré en la cama, y las chicas empezaron a bombardearme con preguntas sobre cómo había ido, si me lo había vuelto a tirar…

"Chicas… no me encuentro bien y no tengo ganas de hablar hoy, ¿Podemos quedar mañana?"

Enseguida organizaron un plan de acción.

Sofía nos dijo que no podía unirse porque tenía un vuelo a Viena, pero que se uniría en videollamada.

A veces la envidiaba mucho, me gustaría tener esa capacidad suya para decir "me voy". Cogía su mochila, buscaba un destino, compraba el billete y se iba. Debería hacerlo yo también algún día…

Dejé el teléfono en la mesilla y abrí el libro que había empezado a leer: ¿Amor o casualidad? Me lo había dejado Paula. Yo era un desastre en cuanto a libros, pero mis amigas eran bastante lectoras y cada una de ellas me prestaba alguno que les había gustado.

Este me venía que ni pintado para la situación que estaba viviendo, ya que la protagonista estaba rayada por el ex cuando conoció a un guapo alemán y se pegaban el día dale que te pego.

Leyendo algunas escenas del libro me acaloré y pensé en Diego, en cómo me penetraba con su Anaconda y lo que me hacía sentir.

Saqué mi Satisfyer y empecé a masturbarme.

Cuando estaba casi a punto de correrme, empezó a sonar mi móvil.

—Jodeeeeeeeerrrrr —grité con rabia.

Me cortó el rollo y alargué la mano para ver de quién se trataba, porque lo iba a matar.

Me sorprendí al ver que en la pantalla aparecía el nombre de "Anaconda"

¿Pero este para qué llama ahora?, pensé.

Intenté regular mi respiración para que no se notara mi voz acelerada por el corte de orgasmo y respondí demasiado brusca.

—¿Qué pasa?

—Hola Amy. Perdona que te llame, pero me has dejado preocupado. Acabo de llegar a casa, que he venido dando un paseo, pero no me has avisado de si habías llegado bien.

—Sí, claro. Ya llevo media hora…

—Ah, vale, vale. Perdona.

—Nada —respondí.

—Oye…

Se escuchó silencio y pude sentir sus pensamientos a través del teléfono.

—¿Te pasa algo? —preguntó al fin.

—No. ¿Por?

—No sé, no te conozco mucho, pero has cambiado un poco desde que empezamos a hablar. ¿He hecho algo que te haya molestado?

Pensé, pensé y pensé. ¿Me pasaba algo?

Claro que me pasaba… estaba resentida porque no me llamó.

¿Tenía la poca vergüenza de decirle aquello o me lo callaba?

¿Me hacía la víctima, o me disculpaba de una vez y volvía a intentar relajarme y ser amable con él?

Al fin y al cabo, estaba demostrando interés. Se estaba preocupando por mí…

Finalmente opté por la decisión más educada, pero no la más sincera.

—Nada, perdona es que he tenido malos días con el tema de la mutua, y creo que lo estoy pagando contigo.

—Ah, vale. Lo siento. Ya sabes que en lo que pueda ayudarte lo haré. Me quedo más tranquilo sabiendo que no estás enfadada conmigo.

—No pasa nada, gracias.

—¿Te apetece que nos veamos mañana en mi casa?

Pronunció aquella frase con un tono demasiado apetecible, no era una simple proposición para "vernos", el sexo estaba implícito en esa frase.

Me lo replanteé durante unos instantes. Lo cierto era que me apetecía y tenía ganas… La vida son dos días y no me los iba a pegar rallada dándole vueltas siempre a lo mismo.

—Vale —respondí, convencida.

Casi pude imaginarme su sonrisa triunfal.

—¿Sobre qué hora te va bien?

—Estoy ocupada hasta las once, a partir de entonces estoy libre.

No iba a cancelar el plan con las chicas, ni de coña.

—Ah, vale, pensaba igual algo antes para cenar, pero bueno, cuando puedas.

—Muy bien.

Acordamos los detalles de nuestra cita y nos despedimos.

Dejé el teléfono de nuevo en la mesilla, esta vez en silencio para que no volvieran a molestarme antes de terminar lo que había empezado.



CAPÍTULO 15

AMY

Noviembre

Aquella noche soñé con Diego. Llevábamos viéndonos todas las tardes durante más de dos meses y nunca había aparecido en mis sueños. Fue algo muy extraño porque era un episodio que ya había vivido con mi ex. Estábamos de viaje en Bali. Desperté a su lado en una de las cabañas con vistas al mar, de esas que se precian para poner fotos en Instagram para dar envidia.

Recuerdo aquel momento junto a mi ex. Me levanté antes que él, algo raro en mí, y me dirigí hacia la terracita de madera. Sentí cómo

me abrazaba por detrás y cómo sensualmente me daba besos por el cuello, provocándome.

La intensidad fue subiendo y podía sentir su duro pene en mi espalda. Cuando me giré no era mi ex, el sueño siguió su curso tal y como sucedió en la realidad, solo que el protagonista que me hizo gozar y gemir como una loca era Diego.

¿Por qué le metía a él en un recuerdo de mi ex? ¿Qué narices quería decir eso?

Me di una ducha para espabilarme tras haber desayunado y pasé la mayor parte de la mañana entre gestiones con los abogados y con los médicos.

Seguía encontrándome fatal y al final me recomendaron que visitara a un fisioterapeuta por mi cuenta, porque no podía esperar tanto tiempo, sería contraproducente.

Concreté una cita para los próximos días con uno que me recomendó Nuria, y finalmente, sobre las siete de la tarde pude sentarme a descansar.

Odiaba hacer gestiones, me ponía de mala leche tener que hacerlo todo yo, siendo que deberían ser los profesionales los que deberían moverse, ¿no?

En fin.

Poco después, las chicas empezaron a preguntar qué modelitos se ponían. Yo pensaba que eso con la edad se pasaba, o que era algo que solo ocurría en las películas, pero no.

Sobre todo Susana, no sé por qué, pero nunca sabía qué ponerse. Estaba nerviosa y nos dijo que tenía que contarnos algo también.

Seguro que se había pillado de algún cabrón que le haría la vida imposible, como todos…

Llegué al restaurante de las primeras, únicamente estaba Marta, la más puntual de todas. Poco a poco fueron apareciendo las demás, y nos instalamos en una mesa del fondo, alejada del bullicio.

Lo cierto era que Susana se había puesto muy pesada para elegir el modelito, pero estaba radiante.

Tras pedir nuestra comanda empezamos con nuestros cotilleos. Sofía nos llamó y nos dio envidia mostrándonos las luces navideñas de la ciudad. Estaba todo nevado y nos dijo que hacía mucho frío.

—Cada vez ponen antes la decoración Navideña —apuntó Marta.

Era cierto, apenas estábamos a finales de noviembre, y ya estaba todo ambientado.

—¡Qué perra! Oye la próxima vez estaría bien que avisaras de estas cosas, porque yo también quiero hacer un viaje *express* —le dije.

—Ah, vale. Yo pensaba que erais unas sosas que no queríais salir de la ciudad porque viajar es muy caro, *blablablá.*

Era nuestro mantra cada vez que contaba sus aventuras: *"¿Cómo puedes permitírtelo? Nosotras no llegamos a fin de mes, y tú ahí, de Bali a Tokio..."* Así que, admitámoslo, en el fondo tenía razón.

Le saqué la lengua a la pantalla y ella me lanzó un beso.

—Venga, cuéntanos —me dijo Susana.

—*Puff*, que no sé qué me pasa. Esta noche he soñado con él, era el viaje a Maldivas que hice con Héctor, pero él era Diego.

—¿El viaje en el que no volviste preñada de milagro? —preguntó Nuria.

—El mismo. En el que estuvimos follando como conejos y que casi no disfrutamos del mar ni visitamos nada.

—Ya… ¿igual tu subconsciente te quiere decir que Diego podría ser tu próximo compañero sexual? —dijo Paula.

—No sé…

Empezaron a darme sus versiones, y les expuse mis sospechas de que veía a otras.

—Tía, le conoces de cuánto, ¿dos meses? Te lo has follado tres días como aquel que dice, ¿no esperarás que el chico se te declare y te pida matrimonio prometiéndote fidelidad eterna, ¿no? —dijo Nuria, sorprendiéndome.

Carlos, su marido, no había venido porque se había quedado con el niño. Poco a poco empezaba a dejar a Nuria algo más libre para quedar con nosotras, aunque estaba segura de que le pondría al día en cuanto llegara a casa.

Resoplé, tenían razón, debería replantearme que no era su pareja y simplemente disfrutar del sexo. Al fin y al cabo, yo tampoco estaba segura de querer una relación.

—Bueno, cuéntanos tú ¿no? —le dije a Susana.

Se empezó a poner nerviosa, era muy tímida, y enseguida se ponía roja.

—Pues… no os lo vais a creer, pero el otro día, me levanté y mientras me estaba preparando para ir a currar, me miré al espejo, me vi una cana y me deprimí. Luego estuve toda la mañana pensando en lo corta que es la vida… dudas existenciales... blablá.

—¡Venga al grano! —la instó Paula.

—Me he liado con Rubén —soltó.

—¿Cómo? —preguntamos todas al unísono, y Sofía un poco más tarde por el retraso de internet.

—Ella asintió, avergonzada, pero sonriendo.

—Ya era hora, joder —le dijo Nuria.

Se le quedó mirando con expresión escéptica.

Asentí con la cabeza.

—Lo sabíamos todas menos tú, cariño. Rubén está loco por ti.

—¿Cuenta, cuenta? ¿Qué tal es en la cama? —preguntó Paula con cara de guarrilla.

—Pauuuu —se quejó Susana, que era bastante más puritana.

Soltamos una carcajada sin poder evitarlo. Ella, entre risas nerviosas, nos lo contó todo con pelos y señales.

Resulta que él la llamaba casi a diario y quedaban de vez en cuando, pero esa tarde fue distinta. Entre sus dudas existenciales sobre el paso del tiempo y esas reflexiones profundas que te asaltan cuando menos lo esperas, algo hizo clic en su cabeza. Llevaba meses sintiendo algo más por él, era bueno con ella, siempre la hacía reír, y además estaba más guapo que nunca, pero hasta entonces solo lo había visto como un amigo.

"He estado tan ocupada besando sapos en busca del príncipe azul que no me di cuenta de que lo tenía delante de las narices", confesó entre risas.

Y entonces, en uno de esos silencios cargados de tensión, Susana se acercó... y lo besó.

Él se quedó paralizado, incapaz de creer lo que estaba pasando. Después de años de "pico y pala", por fin estaba ocurriendo.

Las ganas acumuladas durante tanto tiempo estallaron de repente. Se fueron a su casa y pasaron horas haciendo el amor,

enredados el uno en el otro, hasta que el amanecer los sorprendió. Desde entonces, no han podido separarse.

—Hemos quedado luego —nos dijo, con una sonrisa pícara.

—Me alegro muchísimo por ti, cariño. De verdad, y por él también —le dijo Nuria.

No podíamos estar más contentas por ella. Por fin, Susana había encontrado a alguien que la valorara como se merecía.

Había estado con muchos capullos que se habían aprovechado de lo buena que era, y no solo emocionalmente, porque también le habían timado.

Susana era una persona que te lo daba todo, hasta lo que no tenía, y eso era un problema si topaba con malas personas.

Acabamos de cenar entre risas mientras nos poníamos al día de nuestras cosas, y cuando terminamos, cada una nos fuimos para seguir con nuestros planes.

Les conté que había quedado con Diego y me dijeron que me lo follara sin pensar en nada más. Eran geniales.



CAPÍTULO 16

AMY

Diciembre

Las semanas se esfumaron en un suspiro, y de pronto, llegó diciembre.

Como de costumbre, tras salir con las chicas, había quedado con Diego. Llamé al timbre de su piso. No me molesté en pasar por casa para retocarme o cambiarme, porque sabía que no me duraría mucho ni la ropa ni el maquillaje.

Tenía ganas de sexo y en cuanto me abrió la puerta con sus típicos pantalones de chándal, me di cuenta de que él también.

Ni siquiera me saludó. Directamente se lanzó a mi boca, me levantó, cerró la puerta y me llevó hasta la cama.

—Joder —me quejé.

—¿Qué pasa, no quieres? —preguntó, asustado.

—Sí, sí… claro que quiero.

—Ah, vale —dijo mientras me quitaba la camiseta.

Me tiró en el colchón y se colocó encima de mí, mirándome con lascivia.

—Qué buena estás —me dijo, casi salivando.

—Y tú más —murmuré.

Empezó a besarme con pasión mientras con una mano me agarraba las muñecas por encima de la cabeza.

Con otra de las manos empezó a masajearme los pechos, no sé cómo lo hizo, pero enseguida me empapé. Él lo sabía y bajó la mano a mis genitales para comprobarlo.

—Oh, ¿qué tenemos aquí? —dijo, sonriendo.

Puse cara de niña buena y aquello le volvió loco.

No entiendo por qué a muchos tíos les pone lo "infantil", es un poco… raro, cuanto menos, ¿no? A mí no me pone un tío que parezca un crío, sino más bien lo contrario. Pero oye, a gustos.

Se incorporó y fue a por un preservativo. Ni siquiera me dejó levantarme.

No se detuvo en preliminares ni en delicadezas. Directamente me bajó las medias con las braguitas y me tocó con la yema de sus dedos para comprobar si seguía mojada. Y tanto que lo estaba.

Se bajó los pantalones y los calzoncillos, y dejó ante mis ojos su enorme polla, que me miraba directamente a los ojos, erguida.

Se colocó el preservativo y la dirigió a mi apertura. De una estocada me la clavó hasta el fondo, sin dudar.

—¡Dios! —grité.

Empezó a moverse dentro y fuera de mí siguiendo su propio ritmo, sin importarle lo más mínimo mis quejidos y lamentos.

Me gustaba, claro, pero quizá no tan fuerte.

Siguió bombeando sin mirarme y con los ojos cerrados, echando la cabeza hacia detrás.

Apoyó la palma de su mano en mi pecho, entre mis tetas, que se movían con sus estocadas incesantes.

La subió hasta mi cuello y me lo agarró, apretando, lo cual fue suficiente para hacerme explotar. Me corrí a borbotones sobre su polla mientras seguía entrando y saliendo dentro de mi vagina, hasta que me convulsioné por el placer.

Él siguió a su rollo, hasta que unos minutos después se vació dentro de mí, emitiendo un gruñido y después saliendo rápidamente.

Se tumbó a mi lado, pero sin tocarme. Con él era todo bastante frío, pero no me importaba. De hecho, me gustaba así, en general, aunque había algunos días en los que estaba más mimosa que otros, y ese era uno de ellos.

No recuerdo mucho más, porque tal cual cerré los ojos me quedé dormida.

El despertar fue un shock. Durante esos primeros segundos de confusión, el mundo parecía irreal. ¿Dónde me encontraba? El entorno me resultaba tan ajeno que llegué a cuestionar si seguía sumergida en algún sueño.

La realidad se abrió paso lentamente: la habitación de Diego, la cama vacía, y ningún rastro de él.

Me levanté, y todavía seguía desnuda. Estaba exactamente como me había dormido, con las piernas colgando al borde del colchón.

Cuando me froté los ojos, las yemas de los dedos se ennegrecieron con los restos del rímel.

—Mierda —murmuré.

Recogí mi ropa del suelo y me vestí. Antes de salir de la habitación me miré en el espejo del armario.

Apenas me había fijado en la decoración de la estancia. Era fría e impersonal. No había ninguna foto, ningún detalle que indicara algún rasgo sobre su inquilino. Parecía una muestra de habitación de Ikea, bueno quizá incluso más frío todavía, ya que en esas hay algunos libros decorativos.

Abrí la puerta y salí al pasillo.

—¿Diego? —pregunté en voz baja.

No obtuve respuesta. ¿Dónde se había metido?

Tenía que ir al baño, pero no me acordaba dónde estaba. Caminé por el pasillo y vi una puerta abierta, debía ser ese. Me dirigí hacia ella intentando no hacer ruido. Entré y encendí la luz. Me aseé y salí de nuevo al pasillo.

El grito que pegué entonces creo que todavía lo recuerdan los vecinos. Estaba ahí, plantado delante de mí.

—¡Joder! Qué susto —exclamé.

Él se echó a reír y me hizo gracia cómo se le cerraban los ojillos.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días. ¿Dónde estabas? —pregunté.

—En mi habitación —respondió, encogiéndose de hombros como si fuera lo más obvio.

—Ah. ¿No has dormido conmigo?

No sé muy bien por qué le pregunté eso.

—Nop —respondió, seco.

Quería preguntarle por qué, pero por su tirantez, pensé que quizá mejor no.

—¿Quieres desayunar algo? —me preguntó, intentando romper la tensión que se estaba creando.

Como respuesta, mis tripas rugieron.

Me miré el ombligo, sonriendo.

—Creo que sí, gracias.

—¿Qué sueles tomar? —dijo, dirigiéndose hacia la cocina, ya que seguíamos todavía en la puerta del baño.

—No soy exquisita, lo que tomes tú.

—Yo ya he desayunado.

—Ah, vale —respondí, otra vez algo cortada.

No sé, no me esperaba flores y corazones como en las películas en las que la chica se despierta al lado del chico mientras la está mirando, o con el olor de los croissants recién hechos le lleva a la cama en una bandeja con un zumo y un ramillete de flores; pero tampoco que fuera tan frío.

—Ah pues entonces no tomo nada, tranquilo. Ya desayuno en casa —respondí, intentando mantener la poca dignidad que me quedaba.

Porque estaba segura de que tras el desayuno, venía el echarme de su casa de manera quizá poco sutil, y antes de que lo hiciera, prefería irme yo.

Por lo que recogí el bolso de la habitación y me dirigí hacia la puerta, andando un poco mal porque me dolía la vagina por su fuerte penetración.

—Hasta luego —le dije.

—Hasta luego, que vaya bien —respondió con chulería, apoyado en el marco de la puerta.

Cuando cerró, bajé las escaleras casi corriendo. Solo quería salir de aquel edificio y recuperar mi integridad mental.

Llegué a casa en menos de cinco minutos y aunque me moría de hambre lo primero que hice fue darme una ducha.

Quería quitarme aquella sensación humillante y de gilipollas.

¿Qué esperabas Amy?



CAPÍTULO 17

DIEGO

Diciembre

En cuanto cerré la puerta me arrepentí de lo que había hecho. ¿Por qué la trataba así? Quizá porque soy imbécil.

Después de follar, se quedó dormida y no me sentía a gusto compartiendo algo tan íntimo con nadie, ya ves, *me la tiro* pero no quiero dormir con ella. Esa era una de mis "normas". Si podía evitarlo, lo hacía. Como una especie de Cincuenta Sombras de Grey.

Me apoyé en el marco de la puerta, bajando mi cabeza, avergonzado. No entendía lo que me estaba pasando con aquella chica.

Regresé a la habitación donde instantes antes la había estado mirando dormir plácidamente, ya, puede quedar un poco de Stalker. Pero en cuanto la vi acurrucada al abrir la puerta de la habitación, una parte de mí tuvo miedo y me fui.

Me tumbé en la cama e inspiré su olor impregnado en las sábanas. Cerré los ojos y nos imaginé a ambos tumbados y abrazados. Así era como debería haberla despertado, porque así era como realmente quería estar.

Me quedé un rato allí, sin saber muy bien si llamarla para disculparme o no hacer nada.

Finalmente, el sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos.

Me levanté y fui a mi habitación para ver quien era: María, una de las chicas del Tinder.

Había estado hablando con ella antes de conocer a Amy y nos habíamos liado un par de veces, pero ya hacía bastante que le había perdido la pista.

No tenía ganas de responder, por lo que dejé que sonara, pero después empezó a enviarme mensajes por WhatsApp y por la aplicación.

Abrí Tinder con determinación. Sin revisar las decenas de notificaciones pendientes, borré mi perfil de un golpe y desinstalé la aplicación. Fue un acto impulsivo, pero necesario. Me di asco a mí mismo y no quería seguir engañándome.

Desde que conocí a Amy, todo había cambiado. Ella era distinta. Me llenaba por completo, y por primera vez no sentí esa necesidad de buscar en otra parte.

Antes de que pudiera arrepentirme, escribí a María: *"Tengo pareja. Por favor, no insistas más"*. Luego, fui eliminando uno a uno los contactos de todas las chicas con las que había estado. Sabía que no era justo para ellas quizás ninguna tenía la culpa, pero necesitaba cortar con todo aquello. Una limpieza simbólica de un pasado que, en realidad, nunca se borraría.

Era tarde para disculpas, pero por primera vez fui consciente del daño que había causado. Algunas sabían perfectamente lo que querían, pero ¿y las demás? ¿A cuántas había herido sin darme cuenta?

Necesitaba salir de allí. Llamé a Jaime. Si alguien podía ayudarme a despejar la cabeza era él. No podía quedarme encerrado, revolcándome en la cama, respirando el perfume de Amy como un recordatorio constante de todo lo que había perdido.



CAPÍTULO 18

AMY

Diciembre

Imbécil, me sentí una imbécil. Tras ducharme sin conseguir quitarme aquella sensación de desagrado, me senté en el sofá con una taza de café. Lo necesitaba en aquellos momentos. Empecé a perderme en mis pensamientos negativos y sin darme cuenta pasó el día, y pasó la semana. Estuve completamente desconectada de todo, actuaba como un robot.

Llegó el sábado y cogí el teléfono, abrí el chat de las chicas. Las necesitaba. Les había dicho que estaba muy baja de ánimos y que necesitaba estar sola unos días, pero ya no aguantaba más.

Les envié un audio contándoles lo que me había pasado y me sentí un poco como Valeria, la protagonista de los libros de Elisabeth Benavent, en realidad era como si mi vida fuera una novela.

La primera en contestar fue Paula, me dijo que no me rallara, que no me podía hacer tanto daño un tío al que había visto un par de meses… Que le dieran por culo y me buscara otro menos gilipollas.

Puse los ojos en blanco, ella y sus maneras de animar…

Pero después me llamó Sofía.

—Amy, cariño. ¿Cómo estás?

—*Pff,* pues no muy bien. Me siento como una tonta. ¿Por qué me ilusiono tanto? Y más en los tiempos que corren, donde nadie aguanta nada, estoy harta de que todo me salga mal…

Me derrumbé y empecé a llorar.

—Tranqui.. tranqui.. A ver, acabo de llegar a casa. Me cojo un bus y voy para allá. Tengo una idea que puede que te haga estar mejor, ¿quieres?

—Vale… —sollocé.

Susana, Marta y Nuria me contestaron algo similar a lo que me había escrito Paula y no sé por qué, pero me dio un poco de rabia que me hicieran tirar la toalla tan rápido. En el fondo sabía que tenían razón, debía olvidarme de él y dejarlo todo, pero no quería hacerlo. Aquel chico me atraía, y no solo físicamente. Era algo más allá, no sé…

Estaba divagando cuando sonó el timbre de casa, era Sofía.

Me levanté para abrir la puerta y cuando entró estaba morenísima.

—Madre mía, pero ¿dónde has estado ahora?

—En México, *wei* —respondió, imitando el acento mejicano.

Entorné los ojos.

—Tú traficas con droga o algo, ¿verdad? No es normal que estés siempre de aquí para allá, y encima no nos lo cuentes. El día menos pensado nos enteramos de algo por las noticias —le dije, modo madre.

Soltó una carcajada.

—Son oportunidades que se presentan y que no puedes desaprovechar. Es un ya, o nunca. Por eso no os dije nada. He

estado esta semana por trabajo, pero no me he olvidado de vosotras —me dijo, entregándome un paquetito.

—Anda —respondí, emocionada.

Nos dirigimos al sofá, que tuve que recoger porque estaba lleno de pañuelos de papel llenos de lágrimas, y nos sentamos.

Lo abrí, era una botella.

—Eh, esto es mano de santo —me dijo, subiendo las cejas con picardía.

—Mezcal. Me suena.

—Sí, es una de las bebidas típicas de allí. Tenemos que irnos todas, os encantaría.

—Qué perra eres —le dije, dándole un abrazo de agradecimiento.

—Bueno, bueno. A ver cuéntame… ¿Qué pasa con el Anaconda?

—Pues que soy idiota, joder.

—¿Has tenido noticias suyas desde la última vez que os visteis?

—Nada, de nada. Yo creo que ya está, ya se ha cansado de mí y ahora estará con otras. Si es que me lo tenía que haber olido. Un tío que folla tan bien… tiene experiencia por algo.

Sofía me dio unas palmaditas en la espalda. Ella era bastante pasota con el tema de los chicos. Había tenido algún rollete, incluso con un chico estuvo saliendo un par de años, pero suplía su falta viajando, y en cierto modo, la envidiaba un poco por ello, porque tenía siempre muchísimas cosas que contar, experiencias y aventuras que me dejaba plasmar en algunos de mis libros. Yo no tenía esa decisión suya de plantarme en el aeropuerto y comprar el primer billete que hubiera sin planear nada.

Sofía conocía a mucha gente y tenía amigos perdidos por todo el mundo, pero nosotras éramos su grupo de siempre, y creo que el que estuviera siempre viajando y sin un lugar fijo le hacía valorar más nuestro grupo. Por eso nos mantenía unidas. Sofía era una visionaria y veía cosas que las demás no éramos capaces.

—Bueno, venga. Te suelto la idea que he tenido, a ver qué te parece. ¿Recuerdas cuando me pediste que te avisara para hacer un viaje *express*? Pues he estado pensando... y justo ahora es lo que necesitas. Un cambio de aires radical, salir de tu zona de confort y dejar atrás todo este lío. Porque tu problema además de físico —

dijo, refiriéndose a mis dolores por el accidente—, es mental, y como tu psicóloga de confianza te recomiendo esto —dijo, sacando de su bolso un sobre cerrado.

Me lo dio y lo abrí, era una tarjeta decorada a mano.

Primer viaje del año:
Escapada de relax a Lanzarote.

Me quedé mirándola incrédula.

—¿Y esto?

—Pues que me apetecía ir a las islas cuando pasen las fiestas, y creo que te haría bien venir conmigo. ¿Qué te parece?

—¡Pues estupendo, la verdad! —respondí, emocionada.

La abracé con cariño. La idea de tener un objetivo, y algo que hacer distinto a la rutina me motivaba mucho. A veces no nos damos cuenta de lo fácil que es volver a tener ilusión, y solo hay que saber buscarla.

Estuvimos hablando de los planes que podíamos hacer. Me dijo que lo había comentado con las chicas y que era un regalo de todas ellas, pero no podían venir porque cada una tenía sus inconvenientes. Les hicimos una videollamada para darles las gracias, y entre todas me alegraron el día.

Aquel fin de semana no podíamos quedar las seis, pero organizamos una cena antes de que acabara el año.

Desde entonces, el tiempo empezó a pasar demasiado deprisa. Hacía ya tres meses desde la última vez que nos vimos y seguía sin tener noticias de Diego.

Yo tampoco le había dicho nada, así que, influenciada por el espíritu bondadoso y familiar de la Navidad, me dieron muchas ganas de enviarle un mensaje para felicitarle el año nuevo.

Tras dudar varias veces, debatiéndome entre el orgullo y las ganas, el día 3 de enero finalmente me decidí, ante todo la buena educación estaba por delante.

Me costó encontrar su conversación en los chats. Lo escribí y cuando lo envié, me fijé en que no le llegaba. Cliqué en su foto y desapareció…. Empecé a ponerme nerviosa. ¿Me había bloqueado?

Hice una comprobación rápida con el teléfono del trabajo, en ese salía la foto. Me había bloqueado el muy hijo de la gran puta.

Aquello me bastó para estallar de nuevo. Eliminé la conversación y le bloqueé también antes de borrar su contacto. Le quité de redes sociales, aunque ya le había restringido para no verle, y archivé todas nuestras fotos. Nunca habría existido para mí, a pesar de que me acordaba de él todos y cada uno de los días.

Me dio mucha rabia, pero me sorprendí a mí misma por lo bien que me lo estaba tomando.

Fin, aquello ya era el fin. Entonces la que no quería saber nada de él era yo.

En una semana saldríamos Sofía y yo hacia Canarias y ni él ni nadie iba a estropear nuestra escapada. Nuevo año, nueva Amy.



CAPÍTULO 19

DIEGO

Enero

Copa en mano, con muchos litros de alcohol en sangre, corbata en la cabeza, camisa desabrochada y una sonrisa falsa pintada en mi rostro. Así empecé el nuevo año.

No era yo mucho de bailar, pero cuando bebía me convertía en un amante de la salsa, bachata y todo lo que me pusieran por delante.

Por supuesto, con el estado de mi rodilla, en aquellos momentos tampoco podía haberlo hecho, pero ni aunque hubiera estado al cien por cien, habría tenido ganas.

Mi primo me zarandeó para ver si seguía despierto. Sí, lo estaba. De hecho, llevaba meses sin poder dormir. Desde que Amy se marchó de mi casa por mi culpa, cada noche tenía pesadillas con ella. Me despertaba en mitad del sueño con ansiedad y sintiéndome un *mierdas*.

Ya había pasado demasiado tiempo, y no me sentía con la cara de escribirle o llamarle.

Me había vuelto un borracho. No había estado con ninguna chica. No tenía ganas, ni siquiera me pajeaba. Tenía la lívido de un señor de noventa años… Me había transformado completamente.

Tuve la tentación de llamarla para felicitarle el año nuevo, pero no tuve cojones. Muchas veces la odiaba por haberme cambiado la vida de esa manera.

Todavía seguía en rehabilitación y cada vez que entraba en aquel gimnasio me acordaba de ella, de cómo no paraba de mirarme el paquete, y de cómo follamos por primera vez en el armario de las escobas. Me encantaba aquella chica, cómo se corría sobre mi polla y sus gemidos… Me gustaba todo de ella.

No miento si digo que alguna vez me tumbaba en aquella cama para oler su perfume. Aunque ya hacía días que se había esfumado, en mi mente todavía podía sentirlo.

Estaba enfermo, enfermo por ella.

—¡Venga, tronco, espabila que eres un muermo! —me gritó Guille, mi primo de veinte años.

Resoplé, no tenía ganas de estar en casa de mis tíos, escuchando la mierda de música que ponían en el programa especial de Nochevieja.

Me llené la copa de nuevo y tragué de golpe aquel champán de las cajas de aguinaldo que le regalaban a mi padre. Aunque me costaba mucho, intenté ser lo menos desagradable posible… Al menos debía hacerlo por mi madre…



CAPÍTULO 20

AMY

Enero

Hacía mucho que no me iba de viaje. Igual dos o tres años. Y ya casi ni me acordaba lo que era subir en avión.

Sofía viajaba mucho, pero en modo *low cost*, por lo que escatimaba hasta el más mínimo euro. Yo no me complicaba tanto, elegí el *priority*, ya que para una vez que viajaba quería ir cómoda y llevar mi maletilla. Ella, al contrario, iba siempre cargada hasta las trancas para no tener que pagar más.

Los asientos estaban separados, pero ella, muy lista, antes de entrar al avión, hizo un simulacro para comprar un billete y ver los

asientos que quedaban libres. Casualmente había uno a mi lado, por lo que se esperó para entrar la última.

Llegó una mujer a nuestra fila y cuando la azafata anunció el *boarding completed*, le pidió si le cambiaba su asiento central por el pasillo y ella aceptó. Así, finalmente su argucia nos permitió ir juntas gracias al billete ficticio para Francisco Fernández, alias Sofía la rancia.

El viaje en avión fue breve. Durante el trayecto, charlamos con una mujer sentada a nuestro lado, cuya historia nos sorprendió. Aunque legalmente se llamaba Ana, como había decidido su madre, todos la conocían como Reyes. Esto se debía a que había nacido el 6 de enero y, según la tradición familiar, eran las abuelas quienes elegían el nombre. Así, a pesar de los deseos de su madre, el apodo que le puso su abuela terminó imponiéndose en su vida cotidiana.

—Curioso. Voy a escribir sobre ti en alguno de mis libros —le dije.

Nos intercambiamos el teléfono, y al llegar al aeropuerto de Lanzarote, nos dirigimos a la compañía de alquiler de coches. Tras rellenar los formularios y resolver algunos problemas con la tarjeta, nos entregaron las llaves de nuestro vehículo: un Fiat 500 diminuto y encantador.

Me encanta conducir, pero mis lesiones todavía no me lo permitían, así que Sofía sería la chófer oficial.

Era imprescindible alquilar un coche para explorar la isla; porque depender del transporte público, con tan poco tiempo, nos habría quitado mucha libertad.

Aunque solo estaríamos cuatro días, Sofía ya había preparado un *planning* completo para visitar todos los rincones *instagrameables.* Me advirtió de que quería hacer *muuuuuchas* fotos. Eso, viniendo de ella significaba que volveríamos a casa con un *book* de más de dos mil imágenes, fijo.

En cuanto llegamos a la casita alquilada a través de Airbnb, nos instalamos, e hicimos una videollamada a las chicas para decirles que ya estábamos acomodadas.

—Sois unas *perras*, ya me gustaría a mí estar allí con vosotras y no aquí amargada —confesó Paula.

Realmente, teníamos que repetir aquello todas juntas, ya que, desde la despedida de soltera de Nuria no habíamos hecho nada.

Como todavía había algo de sol y estábamos cerca de una de las playas más conocidas, la Playa de Famara, bajamos andando para ver el atardecer. No hacía el calor abrasador del verano, pero el aire templado permitía ir de manga corta sin problema.

De paso, entramos a un supermercado para comprar lo básico: cena, desayunos y un par de cervezas para tomar en la arena.

Nos sentamos en la toalla y brindamos con nuestros botellines, viendo cómo el sol se escondía por el horizonte. Así, así me gustaban a mí los atardeceres, y no con el sol de espaldas.

Nos quedamos en silencio. Con Sofía no hacía falta hablar, nos bastaba una mirada para entendernos. Así, ambas nos perdimos en nuestros pensamientos mientras el mar se iba tragando la gran bola de fuego. Era precioso.

Cuando empezó a hacer frío y los botellines quedaron vacíos, volvimos a casa y preparamos algo de cena. Estaba famélica, ya que no había comido nada desde el bocadillo en el aeropuerto. Saciamos nuestra necesidad con una pizza congelada que no duró ni cinco minutos.

—Bueno, ¿cómo estás? —me preguntó, recostándose en el sofá con la copa de vino en la mano.

No hacía falta que dijera nada más para entender que me estaba preguntando por Diego.

—Pues mira… no os lo había contado, pero me ha bloqueado.

—¿Qué? ¿Cuándo? —preguntó, incrédula.

—No lo sé. Me di cuenta en Año Nuevo. Ya sabes lo importante que es esa fecha para mí, y por educación quise felicitarle. Me tragué mi orgullo y le escribí, pero para mi sorpresa vi que me había bloqueado el muy hijo de puta. Así que hice lo mismo, le quité de redes y borré todas nuestras fotos. Para mí aquello fue como si ya hubiera muerto, pero joder, sueño cada día con él y no me lo quito de la cabeza. Aunque lo cierto es que ahora es diferente, ya no duele tanto.

—*Pfff,* menudo gilipollas. Pues ahora ya sabes, yo no te voy a decir que lo olvides, porque no creo que lo hagas, pero al menos

que no le des tanta importancia porque no la tiene. El tiempo irá haciendo su papel, y lo que tengo muy claro es que tú te mereces a un chico que te quiera. Es difícil encontrarlo, ya lo sé, soy la primera que todavía no ha dado con el adecuado, pero bueno, ya sabes que al final todo llega cuando menos lo esperamos, y si él era para ti, volverá.

—Qué sabia eres, maestra Shaolin.

—Ven aquí, anda —me dijo, acercándome para darme un abrazo.

Seguimos charlando, divagando sobre la vida y las perspectivas de futuro, hasta que el cansancio se hizo presente y nos fuimos a la cama.

Me gustaba mucho hablar con Sofía. De todas las del grupo era la que más me entendía y me sabía calmar. Es de estas personas que te dan paz, no sé si me entiendes…



CAPÍTULO 21

AMY

Enero

Los días en la isla pasaron volando, me encantó. Con el coche de alquiler recorrimos todos los recovecos que teníamos en nuestro planning al son de la música.

¿No crees que siempre hay una canción en concreto que se queda como el recuerdo de un viaje?

En nuestro caso, la canción que siempre me recordaría a Lanzarote sería La falda, de Mike Towers. La cantamos en bucle a pleno pulmón sacando las manos por el techo descapotable.

Esa falda chiquitita qué bonita te queda
La veía to' los día', ahora es cuando se pueda
Y de la uni yo la saco hasta donde se hospeda
Y las demá' que sigan envidiando, por eso no prosperan

No es que ese tipo de canciones tengan letras super profundas, pero sí que es verdad que algunas partes me hacían pensar.

Estábamos de camino al parque nacional del Timanfaya. Me perdí en aquellos paisajes desérticos, y entonces me di cuenta de que podía pensar en Diego sin que me hiciera daño.

Seguía creyendo que él y yo teníamos algo especial, pero debía hacerle caso a Sofía y seguir con mi vida.

Quería disfrutar y ser feliz de una vez, me lo merecía y no podía quedarme encerrada en mí misma desaprovechando el tiempo. Si tenía que venir, vendría y sería bienvenido, si no, no se acababa el mundo.

Así que fue allí, rodeada de aquellas rocas donde nació una nueva Amy.

Hicimos un millón de fotos y, creo que en cuatro días bebí más vino y bailé más que en los últimos dos años.

En el vuelo de vuelta no pudimos ir juntas, pero no nos importó porque dormí durante todo el viaje. Estaba exhausta.

Cuando aterrizamos, avisamos a las chicas para tomar algo después de descansar un poco.

¿Qué tendrán los grupos para acabar teniendo siempre ese sitio fetiche donde los camareros son casi como de la familia? En nuestro caso, llevábamos años siendo fieles al bar de la biblioteca. ¿La razón? Quizá simplemente porque fue donde empezamos a salir. O porque reunía todo lo que necesitábamos: un menú variado para contentar hasta a la más exigente, camareros que nos trataban como a reinas (y aguantaban nuestras locuras), y precios que no hacían sufrir a ninguna de nuestras carteras. El combo perfecto, vaya.

"A las nueve en la biblio", escribió Paula en el grupo.

Por suerte al vivir todas, excepto Sofía, relativamente cerca, solíamos llegar más o menos a la vez. Lo bueno era que nos

sincronizábamos muy bien. El tiempo que una utilizaba en maquillarse como una puerta, la otra se terminaba de leer algún libro, o procrastinaba viendo videos en Instagram, como yo.

—¡¿Qué tal ha ido, *perras*?!— nos saludó Paula efusiva.

Poco después llegaron las demás. Todas nos dijeron de todo menos bonitas, porque les habría gustado venir con nosotras, pero también sabían que en esos momentos me hacía falta Sofía, ella supo bien cómo ayudarme a olvidar un poco el malestar que tenía por Diego.

Esa era una de las cosas que me encantaba de nuestro grupo, parecía que cada una teníamos un "papel" y sabíamos que en ciertos momentos de necesidad, alguna de nosotras era la más indicada para suplirla.

Les contamos las anécdotas de nuestro viaje, como cuando Sofía se puso a regatear con los de las excursiones y al final consiguió que nos invitaran a unos cócteles al terminar el tour. Incluso uno de ellos le ofreció un viaje privado para nosotras dos gratis, a cambio de… ya sabemos todos qué, pero ella se negó con esa naturalidad y desparpajo que le caracteriza, dejando al pobre chico más caliente que el palo de un churrero.

—Oye, os podríais venir mañana a casa que ya nos abren la piscina climatizada —ofreció Nuria.

Vivía en una zona residencial que tenía una piscina comunitaria, pero como la mayor parte de los vecinos eran personas mayores, estaba siempre vacía.

—Venga, yo me apunto —dije con ganas.

Antes de irnos concretamos el plan y cada una regresamos a nuestras respectivas casas.

Apenas había tenido tiempo de respirar, al llegar del viaje dejé la maleta tirada, me di una ducha rápida y salí disparada a nuestra quedada. Así que, hasta las diez de la noche, cuando por fin crucé la puerta de mi casa, no pude descansar.

El agotamiento me venció sin contemplaciones. Prácticamente me tiré en la cama, y me quedé dormida con la ropa puesta y el móvil al lado.



CAPÍTULO 22

AMY

Enero

Me despertó el sonido insistente del portero de casa. Me froté los ojos con los nudillos, intentando despegar las legañas mientras el incesante martilleo en la puerta ennegrecía mi humor.

—¡Ya voy, joder! —rugí, con la voz aún ronca.

Me incorporé tambaleándome como un cervatillo recién nacido y arrastré los pies hasta la entrada. Apreté un ojo contra la mirilla... y

el corazón me dio un vuelco. Marta. De todas las personas, menos ella. Enseguida le abrí, claro.

—¿Qué pasa? —le pregunté, restregándome los párpados hinchados.

—Ay, Amy, te necesito —dijo, asustada.

Su voz sonaba frágil, como un cristal a punto de romperse.

Se me heló la sangre. Marta era la mente más brillante que conocía, sí, con sus rarezas de genio, pero nada la sacaba de quicio. Absolutamente NADA. Si había perdido esa calma de robot, el mundo debía estar terminándose.

—A ver, tranquila. Marta, ¿eres tú? ¿estás ahí o te ha poseído algún espíritu maligno?

—Soy yo, soy yo… Ay Dios, Ay Dios…

—A ver, pasa, siéntate y espera que te traigo algo, me acabas de despertar, perra —le dije.

—Lo siento, es que solo tú puedes ayudarme con esto.

Fui a la cocina mientras ella se sentaba en el salón jugueteando con el pañuelo que tenía entre las manos.

Regresé y me senté junto a ella, tendiéndole un vaso de agua y una Coca-Cola para mí, necesitaba cafeína para despertarme.

—Venga, cuéntale a la tita Amy dónde te manoseó el señor —bromeé, agitando la muñeca antiestrés que siempre guardaba para esos momentos. Necesitaba romper el hielo, aunque fuera a golpes.

—Tía, que esto es serio, no te burles —me pidió.

Y por su tono, supe que no era broma, por lo que me compuse y le presté atención. Marta no era una de las que habla por hablar, pero tenía curiosidad por saber qué había pasado porque la tarde anterior estaba tan normal.

—He pillado a mi jefe follando con una empleada que está casada —soltó a bocajarro.

Me quedé un poco en shock… Porque no entendía a santo de qué podía eso afectarle tanto y tuve que pensar bien la pregunta.

—¿Y qué pasa? Ellos sabrán, ¿no?

—Sí y no… Hay Amy… —murmuró.

Me estaba poniendo nerviosa, no paraba de mover las piernas.

—¿Qué? Venga suéltalo ya.

—Que me he enamorado… —dijo en apenas un susurro.

—¡¿Qué?! —exclamé.

Me esperaba de todo menos eso.

—A ver… ¿qué me he perdido? ¿Estas lo saben?

—¡Qué va! —dijo, casi gritando.

Se echó las manos a la cabeza, y negó, empezando a llorar.

—A ver, tranquila.. tranquila.. cuéntame, por partes porque me he perdido.

Marta me miró con los ojos llenos de lágrimas, con una mirada infantil e ingenua, cargada de miedo que nunca había visto en ella.

La persona más fuerte e inteligente que conocía se mostraba ante mí como una muñequita frágil y a punto de romperse. ¿Tan poco la conocíamos?

Se desahogó, contándome cómo había empezado todo. Él llegó a la empresa para reemplazar a su antigua jefa, pero días antes de su presentación oficial, se cruzaron en las escaleras. Él, curioso, le preguntó por el proyecto en el que trabajaba; y ella, creyendo que era un simple compañero más, con su habitual frialdad, le soltó sin filtro todos los pros y contras, dejando en evidencia más de lo debido.

Eso a él le hizo gracia y le siguió el rollo. Le dio el teléfono, empezaron a hablar, la invitó a su casa y se acostaron. Marta no había tenido muchas experiencias, así que, enseguida empezó a sentir mariposas en el estómago.

Lo que aún me desconcierta es cómo logró mantenerlo en secreto y ni siquiera contárnoslo a nosotras. Ahora, en retrospectiva, encajan aquellas fluctuaciones de humor, días radiantes, y otros hundida en la miseria.

Lo atribuía al trabajo, o a un mal día cualquiera. Me duele no haberlo visto antes y me sentí una pésima amiga. El mal de amores es bastante evidente, qué voy a decir yo.

Su relación fue más allá, quedaban cada tarde al salir del trabajo y follaban como conejos, pero cuando ella le pedía que la llevara a su casa, él siempre tenía una excusa. Solo iban cuando él decidía.

Marta, inteligente como era, empezó a sospechar. Un día, lo encaró.

Él la despreció.

"¿Ahora vas a ponerte como las demás? Esto ya era perfecto. No lo estropees."

Pero ella no era tonta y comprendió que solo la usaba para sexo. Así que lo puso a prueba.

Una tarde, en la oficina, lo calentó, lo llevó al baño, como otras veces y, cuando ya estaba a punto, lo dejó plantado.

Él se cabreó muchísimo y ella le dijo que no seguiría hasta que tuvieran aquella conversación.

Al día siguiente lo encontró follando con otra…

—Ay, mi niña… —murmuré, abrazándola mientras se desmoronaba entre mis brazos.

—Joder, Amy, me gustaba de verdad… Y pensé que yo también…

—Por lo que me cuentas, es un narcisista de manual.

— Quizá… Pero al principio era tan distinto... Todas aquellas palabras, piropos, me invitaba, incluso me regalaba cosas… No sé, me cegó y no lo supe ver… y el sexo… Dios… nunca me han follado así, Amy… No sé si podré superarlo… —sollozó.

—Tranquila, cariño. Ya verás como sí —la apreté fuerte, pero mis palabras sonaron huecas incluso para mí.

Me quedé con la mirada perdida, intentando aplicármelas a mí misma…

Cada una de nosotras éramos muy diferentes, pero, al fin y al cabo, todas tenemos nuestros sentimientos.

Marta era la fuerte, la fría, la que controlaba todo. Siempre tuvo pretendientes, pero nunca se dejaba arrastrar. Yo… era distinta. No quería justificarme, pero mi situación era diferente. Aun así, me aferré a ese "lo superarás" como un mantra propio.

Permanecimos abrazadas durante varios minutos, en los que ella se desahogó llorando, limpiando con lágrimas la decepción y el dolor que estaba sufriendo, y que por desgracia, conocía tan bien.

A veces un abrazo así sanaba más que mil terapias.

Cuando se tranquilizó, se separó y se enjugó los ojos, enrojecidos de tanto llorar.

—Ya… ya estoy mejor —dijo.

—Ay… mi Marti, que se nos ha hecho mayor —le dije con tono de burla, para quitar hierro al asunto.

Ella sacó la lengua, divertida.

—Bueno, y ¿tú cómo estás? Que al final he venido aquí a acaparar tu atención y ni siquiera te he preguntado —me dijo.

—A ti no puedo mentirte. Mal… estoy mal.

—Vaya, pensaba que con el viaje habrías mejorado. De hecho, se te veía más contenta.

—Bueno, estoy más tranquila, sí. El viaje vino bien para desconectar, pero al volver a casa se me cayó todo encima… Yo te digo que lo superarás, pero yo no puedo… qué hipócrita soy.

—No digas eso, solo intentas ayudarme. Y no es verdad, tú también acabarás superándolo. Y si no, pues aprenderás a convivir con ello, ¿no?

—Joder, pero ¿por qué no se me va de la cabeza? ¿Qué tiene para que esté así? Si ni siquiera por Héctor lo pasé tan mal.

—Tiene… un pene de veinte centímetros es lo que tiene —me dijo, soltando una carcajada.

Me reí yo también, por su respuesta.

—Ojalá fuera solo eso. Penes largos puedo llegar a encontrarlos, pero a él… a él no.

Tras mi respuesta, se quedó pensativa y las dos nos fundimos de nuevo en un fuerte abrazo cargado de muchas emociones.

Marta se quedó a comer y pasamos el día entretenidas. Ni ella quería irse ni yo quería que se fuera. Así al menos pasamos un rato en el que dejamos de martirizarnos por ser tan tontas con los tíos.



CAPÍTULO 23

AMY

Febrero

Varios días después de haber estado con Marta, volví a sufrir uno de mis episodios críticos. La rutina de inicio de año tenía muy ocupadas a todas con sus trabajos y apenas podíamos quedar.

Llegó esa época del año en la que Marta, Paula y yo cumplíamos años con apenas quince días de diferencia. Y en lugar de alegrarme, sentí que la vida se me escurría entre los dedos, veloz e implacable. No avanzaba en nada. No era productiva. No era *nada*.

Estaba estancada en la escritura, mi editor no dejaba de llamarme para pedirme explicaciones y yo, como una imbécil no sabía qué contestarle. Se me estaban acabando las excusas, pero llevaba prácticamente dos meses sin escribir ni una sola palabra.

El dolor de espalda había empeorado. Los problemas con los médicos se multiplicaban, y ya ni siquiera la lectura, mi refugio de siempre, lograba motivarme.

Me tragaba las películas y las series de Netflix, por el mero hecho de escuchar a alguien y no sentirme tan sola en casa, pero apenas les prestaba atención.

Mi mente no podía evitar volver una y otra vez a Diego. Me sentía muy gilipollas, sabiendo que estaba a apenas diez minutos de mi casa, pero no podía verle.

Las lágrimas me resbalaban sin control, calientes y saladas, colándose por las comisuras de mis labios hasta obligarme a buscar un pañuelo. Me soné con un estruendo ridículo, como una trompeta desafinada. Desde luego mi imagen era la viva estampa de la desesperación.

Moño despeinado con el pelo sucio, camiseta desteñida por el sol y pantalones de chándal con manchas de lejía y tirada en el sofá con el móvil mientras revisaba nuestras conversaciones, destrozando todavía más mi autoestima.

¿Cómo podía haberme bloqueado? El muy cabrón debía de ser un psicópata porque lo hizo sin ningún tipo de remordimiento, sin ni siquiera dar ninguna explicación.

Más de una vez pensé en ir a su casa, en plantarme en su puerta y exigir respuestas. Pero, por suerte, algo de orgullo me quedaba.

Algo. Si había tomado aquella decisión debía respetarla por mucho que me doliera, pero entonces ¿qué hice?

Revolcarme en mi propio dolor, como un animal herido, negándome incluso a levantar la cabeza. Los días, que antes volaban

cuando estábamos juntos, ahora se arrastraban como plomo fundido.

Sentía su ausencia en cada lugar, en cada momento. Mi lívido prácticamente desapareció por completo, ya ni siquiera me tocaba.

En muy poco tiempo me convertí en la típica persona que odiaba, no tenía ganas de hacer nada, no quería salir de casa, no me arreglaba y estaba completamente vacía.

Quedaban solo dos meses para cumplir treinta y cinco años. Siempre había soñado con llegar a esa edad casada, quizá con un niño o dos… y sin embargo estaba sola, desquiciada por un tío al que había visto tres veces, y sin ningún tipo de perspectiva de cambio.



CAPÍTULO 24

DIEGO

Marzo

No entiendo lo que me pasó tras conocer a aquella chica. No pensaba que pudiera volver a enamorarme así, no dejé de pensar en ella en ningún momento. Cada día.

Lo nuestro fue breve, pero muy intenso. Me transformé en una persona completamente diferente. Me hizo ver el daño que había causado a todas aquellas mujeres con las que me acosté, prometiéndoles llamadas que nunca llegaron. Y, sobre todo, comprendí el dolor que le infligí *a ella*. Fue la única que vio en mí algo que yo mismo ignoraba.

Puede sonar cursi, pero estoy convencido de que era la mujer de mi vida. Y la perdí. Por idiota. Por orgulloso.

¿Cómo era posible que aún la recordara cada día? ¿Le pasaría lo mismo a ella? Al principio quizá, pero después de lo que hice…

Me encantaría volver a verla. Suena fácil, ¿verdad? Seguramente estaría con alguien, y se lo merecía: era una mujer excepcional.

Por mi parte, desde nuestra ruptura, si puedo llamarlo así, no había estado con nadie.

Jaime y los demás me crearon un Tinder, y acabé quedando con una chica, pero no pude pasar de la cena, porque me resultó sosa y aburrida. No era como Amy. *Nadie* lo era.

Era atractiva, sin duda, y la abstinencia me consumía, pero, con toda la educación del mundo, le confesé que no podía dejar de pensar en mi ex. Me sorprendí al decirlo en voz alta.

Mi yo del pasado se estaba revolviendo dentro de mis entrañas, indignado por perder la oportunidad de acostarme con aquella diosa.

Pero con el tiempo, aprendí que no todo es esa chispa del inicio. No, lo verdaderamente bonito es lo que viene después. Esforzarse cada día por sorprender a tu pareja como si fuera la primera vez, pero con esa confianza que solo nace con el tiempo.

La había respetado durante todo este periodo, y sí, quizá vuelva a sonar cursi, pero esperaba que nos sucediera algo propio de esas películas que tanto le gustaban: un reencuentro casual, una invitación, un beso intenso en el portal, subir al piso y follar por cada rincón...

Me la había imaginado tantas veces en la cocina, con sus pintas, camiseta enorme, el pelo revuelto y esos calcetines hasta las rodillas, meneando el culo mientras preparaba sushi con desparpajo.

Me acercaba a ella por detrás, la abrazaba, ella se giraba y nos mirábamos a los ojos. Ella sonriendo, yo también y esa tensión previa a un beso perfecto, yo inclinándome, ella poniéndose de puntillas y fundiendo nuestros labios, sellando nuestro amor.



CAPÍTULO 25

AMY

Marzo

Hola, soy Golum… sí, cuando me miro al espejo me siento como él. No me reconozco… Parece que tenga dos caras y según el momento del día aparecía una o la otra.

Me estaba volviendo loca, y me estaba dando cuenta de que no podía estar sola.

Había perdido la cuenta de los mensajes que había escrito en aquella conversación muerta para borrarlos después, temiendo que me hubiera desbloqueado. Aunque no sería así porque su foto seguía sin aparecer.

Le escribía que le echaba de menos, que quería verle. Me moría de ganas…

Podría haber ido a su casa, pero no me atreví. Si me había bloqueado, sería por algo. Y ese último vestigio de orgullo me recordaba que debía aceptarlo: él no quería saber nada de mí.

Pero era difícil. ¿Cómo había podido hacerme eso? Y lo peor… ¿por qué?

Todavía no lograba entender qué hice para merecer aquel silencio. Quizá lo agobié en algún momento, pero ¿por qué no me lo dijo? No creía que fuera para tanto. Al menos podría haber tenido la decencia de explicármelo, para no repetir los mismos errores en el futuro. ¿No era eso responsabilidad afectiva?

Esa tarde solo quería vino, lágrimas y desahogo. Vaciar toda mi mierda interior. Tener un momento solo para mí.

Mis amigas habían quedado para cenar, pero no tenía ánimos. Necesitaba estar sola, aunque supiera que no me hacía bien.

Era una forma de sadomasoquismo, supongo. Empecé a beber. Creo que terminé la botella en dos o tres horas. Luego, escribí. Me desahogué a través de las palabras…

Y entonces, movida por hilos invisibles, busqué nuestras fotos en el móvil. Acaricié la pantalla con ternura mientras las lágrimas distorsionaban nuestras sonrisas felices.

Entré en la conversación. Me negué a borrarla, a pesar de lo que me insistían. No quería eliminar a nadie de mi vida. ¿Había sido un cabrón? Sí. Pero quizá esa era la lección que debía aprender.

El último mensaje era su respuesta a mi pregunta de si podríamos hablar algún día.

Un NO, rotundo, ocupaba la pantalla. Debajo, mi felicitación de Año Nuevo, con un único *tic* gris. Nunca lo leyó. Fantástico…

Retrocedí hasta el principio. No habíamos hablado mucho, la verdad. Pero allí estaban aquellos primeros mensajes, picantes, fogosos.

En ellos le decía que me escocía la vagina después de haber estado follando salvajemente. n otros, le susurraba que no llevaba nada bajo el vestido, que me humedecía solo de imaginar su cuerpo sobre el mío.

Y estaban los suyos:

"Me has embrujado. No puedo dejar de pensar en follarte".

Palabras que ardían en la pantalla. Confesiones de cómo se tocaba imaginando mis manos, mi boca, mi piel.

Llevaba semanas sin tocarme. Las hormonas jugaban a su antojo, pero al leer aquello el deseo volvió como una ola. Me tumbé en la cama y me bajé las braguitas. Seguí leyendo y me imaginé que la conversación estaba siendo en ese momento.

"Ahora mismo te estoy besando", decía uno de sus mensajes.

Cerré los ojos y lo hice. Incluso pude sentir el roce de aquellos labios tan carnosos que me encantaban, que me volvían loca, y su lengua abriéndose paso para colarse en mi boca. Encendiéndome por completo.

Abrí la mesilla y saqué el Satisfyer, el viejo, fui a lo seguro, porque al nuevo que me había regalado Paula, todavía no le había *pillado el truquillo*.

El zumbido bajo mis dedos coincidió con el latido acelerado entre mis piernas. Lo coloqué sobre el clítoris, ya hinchado, ya implorante.

Seguí leyendo. En mi imaginación, estábamos otra vez en su cama. Sus manos, grandes y cálidas, recorrían mi espalda, bajaban hasta mis muslos, jugueteaban con la piel sensible como si fueran notas de un piano.

—Así… despacio —murmuré en el vacío de la habitación, recordando cómo le gustaba provocarme.

En la fantasía, sus dedos se colaban bajo la tela de mis bragas, rozando apenas, haciendo que el aire se me escapara en un jadeo. Subí la velocidad del vibrador y un escalofrío me recorrió.

Imaginé que introducía uno, luego dos dedos, moviéndose dentro de mí con esa precisión que solo él dominaba. Buscando mi placer.

Mi cuerpo se estremeció ante aquel pensamiento. Me toqué los senos, algo más pequeños ahora, tras la pérdida de peso—, acariciando los pezones erectos. La escena en mi cabeza avanzó: él sobre mí, empujándome contra el colchón, poseyéndome con esa furia que una vez hizo que me escuchara el vecindario entero.

Aumenté la potencia, y pocos segundos más tarde exploté, a la vez que lo hacíamos los dos en mi imaginación. Me corrí en la ficción y en la realidad.

En el sueño, él se desplomaba sobre mí, pegando su sudor a mi piel, besándome la nuca entre risas.

Pero la realidad se impuso con crudeza. Me abracé a mí misma, sintiendo la soledad y el anhelo de su cuerpo y de su piel, y lloré... como me ocurría últimamente cuando tenía un orgasmo, quizá porque me sentía culpable de haberme permitido el placer sin que él estuviera a mi lado. Era una mierda.



CAPÍTULO 26

AMY

Marzo

Acabé agotada tras mi episodio épico de escritora fracasada con el corazón roto, en el que se emborracha pensando en el amor de su vida; y escupe sus penas en su futura novela (que será un Bestseller, porque la mierda vende).

Me desperté un par de veces para vomitar el vino barato que me había bebido demasiado rápido, como si el alcohol pudiera arrastrar con él los recuerdos.

Me miré al espejo y de nuevo salió el Golum que llevaba dentro para decirme que si él no fuera un gilipollas yo no estaría así. Que

todo era culpa suya, que debía arder en el infierno, y si me lo encontraba, me tirara a su cuello y lo ahogara.

Sí, lo sé, a veces puedo ser bastante violenta.

Lo nuestro no sé siquiera si podría calificarse de relación, porque al fin y al cabo fueron solo unos meses, pero tan, tan intensos que me marcaron incluso más que lo que lo hizo mi relación de años.

Porque a veces no es el tiempo lo que cuenta, sino la persona.

Había leído mucho sobre el duelo en las rupturas y sus fases archiconocidas: negación, negociación, ira, tristeza, aceptación…
Las había recorrido todas. Y más de una vez.
Dicen que tras la aceptación llega la calma, que todo se serena. Yo acepté, sí, pero luego volví a negarlo. Quizá no lo había logrado del todo.

Paula insistía en que hasta que no me acostara con otro, no lo superaría por completo.

"Si sigues sin follar, seguirás enganchada."

Y la verdad… no lo había intentado. Pero esa noche había tocado fondo, y ya nada me importaba.

Así que, con un suspiro y el estómago en un nudo, abrí Tinder y empecé a deslizar.

Ya empezamos mal, aquello era un *escaparate de carne,* como solía llamarlo. Fui dándoles corazoncitos a todos lo que vi, para que luego digan que las chicas somos superficiales. Si me gustaba la descripción, adelante. Me hicieron Match todos y empezaron a hablarme.

Seguimos peor. Algo se retorció dentro de mí al imaginarme a Diego hablando así con otras. Ya lo había hecho en su momento, y estaba en su derecho, pero la idea me revolvió. Bastante hipócrita por mi parte, lo sé.

Empecé a hablar con algunos de ellos. Y *bah*, *tercer problema*… No me gustaba, me daba pereza tener que entablar conversación, el jiji jaja que antes me gustaba al conocer a alguien, se había convertido en "*venga que sí, al grano dime cuál es tu tara*: *¿me vas a hacer ghosting en cuanto te hable de algo serio?, ¿vas a estar babeándome y diciéndome que quieres que te mande fotos de mis tetas para pajearte?, ¿vas a hacerte el ofendido, victimizándote*

porque las tías no te quieren y tú eres genial?, o ¿vas a venderme la moto diciendo que eres el mejor del mundo y que sabes hacer maravillas en la cama?"

Dios qué horror. Solté el móvil como si quemara, sin saber muy bien por qué estaba haciendo aquello. Yo no quería *eso*. Sinceramente lo que más me apetecía en aquel instante era compartir uno de aquellos momentos de mantita y peli que pasé con Diego.

Salí al balcón. Estaba ya atardeciendo y el cielo tomó un color rosado precioso. Inspiré y cogí aire, llenando mis pulmones.

Aquello no podía ser, porque él no quería… Tenía que hacerme a la idea, él había pasado página, y yo tampoco podía quedarme agarrada en el pasado de aquella manera tan perjudicial para mí.

Regresé al salón y cogí el móvil. Solo uno de los chicos me había preguntado si estaba bien, al haberle dicho que debía irme un momento.

Pues justo a ese fue al que le di una oportunidad.

Fui clara. Le mandé un *parrafón* explicándole que no me sentía preparada para una nueva relación por mi ex, que no buscaba aventuras de una noche, pero tampoco quería cerrarme a conocer gente. Que prefería avanzar con calma y, si no surgía nada más, poder ser amigos, porque sí, soy de esas que creen en la amistad entre un hombre y una mujer.

También le aclaré que borraría Tinder en cuanto alguno de los chicos con los que hablaba aceptara mi postura; no quería malentendidos con nadie más. No le exigía que hiciera lo mismo, pero si iba a seguir lanzando anzuelos a todo lo que se moviera mientras probaba algo conmigo, prefería que me lo dijera.

El chico tardó en contestar, y pensé que me habría bloqueado, asustado por lo que le había puesto. Dejé el móvil y me puse a recoger la ropa del tendedor, resignada y maldiciendo entre dientes: *"Todos son unos cabrones asquerosos"*.

Entonces escuché el *clin* característico de la aplicación.

Lo miré y había sido él.

"Jaja, madre mía… Perdona que no te haya contestado antes, no sabía muy bien qué poner. Me alegro mucho de que hayas sido tan clara conmigo y admiro tu sinceridad.

La verdad es que a mí me gustaría serlo muchas veces, pero suele espantar a las chicas, por eso no lo hago. Pero que tú te hayas atrevido a hacerlo, sin importarte que te bloqueara o dejara de hablarte, dice mucho de ti.

Me gustas. Te confieso que comparto contigo la misma opinión, no quiero un simple rollo, ni busco solo sexo. Soy un chico muy tímido al que le cuesta conocer chicas, pero no quiero quedarme solo. Tuve una mala experiencia en el pasado y tampoco estoy curado del todo, pero soy de la vieja escuela y no soy de los que desaparece a la primera de cambio.

Más bien me pasa al revés; son ellas las que desaparecen. Cuesta encontrar a alguien como tú por aquí. Ya empezaba a hartarme de niñatas engreídas.

Así que sí, acepto. Sí quiero. Jajaj :P"

No pude evitar sonreír, me gustó aquella respuesta.

"¿Te apetece quedar esta tarde para tomar un café?", le pregunté, atrevida.

"Sí, venga. Conozco un bar que está muy bien, hace un té Matcha buenísimo que me encanta y encima ponen galletitas con la consumición. Se llama el Bar de Pepi, ¿te apetece?"

Lo busqué en internet y no estaba muy lejos de casa, así que incluso podía ir andando.

"Venga, vale, perfecto. ¿Allí a las cinco?"

"Hecho"

Dejé el móvil con una sonrisilla. ¿Me hacía ilusión tener una cita?

Les escribí al grupo de las chicas para contárselo y te imaginarás el montón de mensajes que me enviaron.

Paula, siempre sutil, me soltó: *"No olvides condones y lubricante, cielo. Llevas tanto sin follar que se te habrá oxidado el conducto"*.

"Cerda", le escribí.

Las demás me desearon suerte entre bromas. Nuria me dijo que les enviara la ubicación por si era un asesino en serie. No podía ser que fuera tan majo y no podíamos fiarnos de él a la primera.



CAPÍTULO 27

AMY

Abril

Eran las tres y cuarto y todavía no había comido. Me preparé algo rápido, porque tampoco tenía mucha hambre, recogí, me duché y a las cuatro y media ya estaba lista.

La verdad es que no me entretuve mucho en arreglarme, lo primero porque no me apetecía, y lo segundo porque prefería que me viera lo más natural posible. Si le gustaba así, estaba segura de que le gustaría de verdad.

Estaba un poco nerviosa. Le envié un mensaje avisándole de que salía al encuentro.

Él me dijo que ya estaba allí.

De camino al bar me fijé en dos chicas que charlaban en un banco. No sé por qué llamaron mi atención y escuché su conversación.

—Amor, no puedes seguir pensando en el innombrable. Ya ves lo que te ha hecho. Por muy bien que le caiga a tu familia, la pareja es cosa de dos, y Sebastián te quiere, te lo ha demostrado….

—Ya lo sé, Alex, pero me cuesta mucho…

Me sentí completamente identificada con aquella chica que miraba cabizbaja la punta de sus zapatillas, mientras su amiga le decía verdades como puños. A veces es lo que nos hace falta, esas buenas amigas que nos abran los ojos.

Finalmente, llegué al bar, y al abrir la puerta busqué al chico. Solo tenía una foto en el perfil de Tinder y tampoco la había analizado mucho. No me importaba el físico.

Me fijé en que en el bar había varias parejas que conversaban tomando unos tazones de café humeante y platitos con pastas. Tenía buena pinta, la verdad. Al fin localicé a un chico sentado en una mesa al fondo leyendo un libro.

Primera cosa que me gustó, no estaba con el móvil enganchado. Enseguida me entró la curiosidad por saber cuál era. ¿Y si era uno de mis lectores?

Me detuve un momento a analizarle, aprovechando que no me había visto.

Era guapo, normalito, buena espalda, al menos la que le marcaba aquel jersey apretado. No parecía de los típicos de gimnasio, pero tenía muy buena planta. Llevaba el pelo muy corto y tenía unas incipientes entradas. Las manos finas de dedos largos pasaban las páginas del libro con gracia y un cierto toque sensual.

No le veía bien los ojos, pero en la foto se le veían claros. Su rostro estaba presidido por una imponente nariz puntiaguda, y un mentón con un hoyuelo muy particular. En su conjunto tenía un aire muy especial, me gustó.

Me acerqué decidida, y como no me vio, me puse detrás y miré el libro. Era un thriller, uno de los buenos, buenos...

—¿Qué opinas de la niñera? —le susurré.

Él se giró, sobresaltado por mi voz.

—¡Joder!¡Qué susto! —exclamó, soltando una carcajada.

—Vaya carta de presentación —dije, sonriendo.

—Ya te digo.

Colocó el marcapáginas y se levantó, dejando el libro en la mesa.

Era mucho más alto de lo que pensaba. Me sacaba una cabeza, y eso que llevaba tacones.

—Empiezo, va. Hola, soy Amy —le dije, dándole dos besos.

Él sonrió.

—Hola Amy, yo soy Joel, encantado.

Me senté enfrente de él, colocando mi chaqueta en el respaldo de la silla, y el bolso en el colgador de debajo de la mesa.

—Creo que ha sido ella la asesina —me dijo.

Me costó relacionar aquella frase con lo que le había preguntado sobre el libro.

Solté una carcajada.

—Ya verás, ya verás. ¿Te está gustando?

—*Puff* sí, lo empecé ayer y estoy súper enganchado, no puedo parar. Hacía mucho que un thriller no me enganchaba tanto ¿Lo has leído? —preguntó, con curiosidad.

—Oh, sí.

—¿Te gusta el autor? Yo es la primera novela suya que leo y *buff*. Me lo recomendó mi primo.

—Sí, no está mal —respondo, sonriendo.

—¿Has visto qué pasada de giro cuando la protagonista encuentra el cuerpo en la habitación? Oye y, ¿por qué dices lo de la niñera? —preguntó con carrerilla; se le notaba nervioso.

—Si te digo que lo sé porque lo he escrito yo, ¿qué me dices?

—Que no me lo creo.

Solté una carcajada.

—Pues créetelo.

—Venga ya. Estás de coña.

—Nup, nup —dije, negando con la cabeza.

—¿Tú eres George Wall? —preguntó atónito.

—Yes…. —contesté, orgullosa.

—Joder, qué guay. No me podía imaginar que fueras escritora. ¿Por qué no lo pones en el perfil?

Solté una carcajada.

—Porque así puedo sorprender, ¿no? Además, escribo con pseudónimo porque no me gusta dar la cara. En realidad, oficialmente soy escritora de erótica, pero con George Wall tengo varios thrillers.

—Anda… Jo pues cuéntame más, qué ilusión, nunca había conocido a un escritor.

—¿Vas a hacerme ahora las típicas preguntas de "dónde encuentras la inspiración, o qué te llevo a publicar", ¿verdad?

—¿Siempre eres tan directa?

—Antes no tanto, pero últimamente sí.

—Bueno, podría hacértelas, sí. Pero lo que en realidad te quería pedir era que me dediques el libro.

Sonreí por su sinceridad. Me cayó bien. Me gustó, principalmente, que no hiciera la broma de *"Oh, escritora de erótica ¿eh? Seguro que son tus fantasías las que escribes."*

—Eso está hecho.

Empezamos a charlar sobre mi profesión, aunque no me hacía mucha gracia ser el centro de atención de la conversación. Pero también era casualidad que justo él estuviera leyendo uno de mis libros.

No es que fuera una escritora ultra famosa, pero bueno, no me quejaba de mis ventas. Quizá ese fuera el thriller que más alcance tenía, aunque personalmente no era mi favorito.

Sin darnos cuenta el tiempo voló, y tras degustar el maravilloso té Matcha que me recomendó, y unos mini croissants de chocolate, mi tripa comenzó a rugir.

Estaba relajada, y se me había abierto el apetito. Miré el reloj, marcaban las ocho y cuatro de la tarde.

—¿Oye, te apetece que vayamos a cenar? —pregunté.

—Sí, claro. ¿Qué te gusta?

—Todo, prácticamente. ¿A ti? ¿Alguna cosa en especial?

—*Mmm,* no sé —dijo, indeciso.

—¿Sushi? —propuse.

—Venga, vale que hace mucho que no como.

—Genial, sé de un restaurante por aquí cerca, lo único es que hay que reservar porque siempre hay mucha gente. ¿Pruebo a ver si tienen hueco?

—Vale.

Saqué el teléfono y vi que tenía varios mensajes en el grupo de las chicas. Los leí un poco por encima porque no quería entretenerme delante de él.

Marqué el número del restaurante y por suerte sí que tenían una mesa disponible para dos a las nueve y media. Nos daba tiempo para ir caminando tranquilamente.

—Hecho. Voy un momento al baño —me disculpé.

Él asintió.

Abrí los chats, aquello era un caos: que si me había secuestrado porque llevaba horas sin dar señales de vida, Nuria estaba preocupada porque la ubicación en tiempo real se había cancelado, Susana decía que me habría atracado y robado el móvil, y Paula decía que me lo estaría follando sin piedad.

"Chicas, tranquilas, va todo bien. El chico es majo, ¡es lector mío! Así que ya tenemos tema de conversación. Nos vamos a cenar sushi, luego os cuento. Os quiero."

Sonreí y guardé el móvil. Tenía a las mejores amigas del mundo.

Cuando salí, Joel me estaba esperando con la cazadora puesta.

—¿Vamos? —me dijo.

—Espera que habrá que pagar, ¿no?

—No, ya está, estás invitada —respondió, elevando los hombros.

—No hacía falta, bueno, gracias. La próxima invito yo —respondí con una sonrisa.

Nos dirigimos a la salida tras saludar a los camareros.

—¿Has venido en coche? —le pregunté.

—No, vivo por aquí cerca, así que he venido andando. ¿Tú?

—No, me gusta caminar y llegaba antes que en autobús. El restaurante no está muy lejos, igual a unos veinte minutos. ¿Quieres ir a pie o cogemos el tranvía?

—A pie mejor. Así estamos más tranquilos y nos da un poco el aire.

—Genial.

Caminamos sin dejar de hablar. Lo cierto era que no me estaba aburriendo nada con él. Era muy ameno y además se le veía un chico culto. Se podía hablar de cualquier cosa, desde programas informáticos hasta de recetas de cocina.

Era ingeniero y trabajaba como analista senior en una empresa. Soltó una carcajada, al confesar que su trabajo no era tan emocionante como el mío.

Sabía la visión romántica que la gente suele tener de los escritores, pero la realidad dista mucho del mito. Sí, existe ese momento mágico de jugar a ser Dios con tus personajes, pero la mayor parte del tiempo es puro trabajo duro: investigación exhaustiva, análisis constante, especialmente en el thriller, el desafío de equilibrar misterio y coherencia...

Y luego está el temido bloqueo, ese en el que yo misma estaba sumergida, incapaz de escribir dos palabras seguidas sin cuestionar su valía.

La escritura erótica me resultaba más natural, aunque no por ello menos compleja. Eran mundos distintos, con sus propias exigencias.

Al llegar al restaurante, compartimos varios platos mientras la conversación fluía sin esfuerzo. Con él todo era sencillo. No hubo tensiones incómodas, ni esos silencios que pesan. Era todo muy natural.

Cuando terminamos, estaban ya cerrando el restaurante. Eran ya las doce de la noche y decidimos despedirnos. Nos dimos dos besos, y prometimos volver a quedar algún día.

De camino a casa llamé por WhatsApp a las locas de mis amigas, que estaban como las marujas esperando el cotilleo. Les conté con pelos y señales la cita hasta que quedaron satisfechas.

Al llegar a casa dejé el teléfono en la encimera y me tumbé en el sofá. No sabía lo que estaba sintiendo, era como una especie de ilusión mezclada con resentimiento… No lo sabía muy bien.

El móvil se iluminó al llegar un mensaje.

Me levanté, era de Joel preguntándome si había llegado bien a casa, y mandándome una foto suya indicándome que ya estaba en la cama. Estaba guapo, no era una foto provocativa, ni mucho menos. Al revés, era dulce.

"¡Sí! Ya estoy", le contesté.

Dudé un poco, pero al final le envié también una foto mía en el sofá.

"Preciosa", dijo junto a un emoticono de vergüenza.

"Tenemos que repetir lo de hoy", respondí, emocionada.

"Sí, cuando quieras :). Bueno, me voy a dormir. Que descanses, preciosa. Buenas noches"

"¡Gracias, igualmente! Buenas noches, Joel"

Solté el teléfono y me quedé un rato mirando al techo. Hacía ya mucho tiempo que no tenía aquella sensación, y me gustó.

Era tarde y me fui a la cama, pero no me conseguía dormir… Empecé a dar vueltas y vueltas, y un sentimiento extraño se apoderó de mí.

Y entonces, no sé muy bien por qué, empecé a llorar… Me empecé a sentir mal por haber quedado con otro chico, cuando realmente con quien quería estar era con Diego.

Porque sí, con Joel me lo había pasado bien, pero no había sentido esa chispa que tenía con él… Era diferente y no lograba entender por qué.

La frustración se apoderó de mí y entré de nuevo en la fase de la ira. ¿Por qué tenía que salir con otros, si sólo quería estar con él?



CAPÍTULO 28

DIEGO

Junio

El tiempo avanzaba… Recordé ese capítulo de Los Simpson en el que las hojas del calendario se sucedían una tras otra, marcando los días hasta Acción de Gracias, y las estaciones giraban en un ciclo interminable: invierno, primavera, verano, otoño.

Así era mi vida. Un ciclo interminable, como atrapado en el día de la marmota. Había caído en una rutina implacable: despertar, desayunar, asistir a rehabilitación, regresar a casa para comer, desplomarme en el sofá frente a alguna serie hasta la cena, y

finalmente llegar a la cama, donde los pensamientos sobre ella giraban en mi cabeza sin tregua.

Nunca debí hacer caso a Jaime cuando me insistió en borrar su número y nuestra conversación. La decisión me pesaba cada día, y sin copia de seguridad, cualquier posibilidad de recuperar ese contacto se había esfumado. Me quedé sin forma alguna de contactar con ella.

Era como si se hubiera esfumado, como si todo hubiera sido un sueño y hubiera existido únicamente en mi cabeza. Aunque estaba seguro de que había sido real, muy real.

Hacía un par de días, cuando estaba de camino al supermercado, me quedé en shock al ver una chica que se le parecía mucho.

No era la primera vez que me ocurría, la veía en todas partes, pero esa vez estaba seguro de que era Amy. Todo mi cuerpo parecía percibirla, ya que mis sentidos se pusieron alerta.

Protegido por la falsa seguridad de las gafas de sol, la observé con detenimiento mientras cruzaba el paso de cebra, hablando animadamente con un chico. ¿Un nuevo novio? Una punzada de dolor me atravesó. Había rehecho su vida, definitivamente la había perdido por gilipollas. Estaba radiante, más guapa que nunca, charlando sin parar con aquel tipo. Cruzaron y desaparecieron entre la multitud, mientras yo seguía ahí, observando como un imbécil.

Di media vuelta. Ella estaba bien… Debería alegrarme, pero hubiera preferido ser yo quien caminara a su lado.

Recordé las palabras de Jaime: quizá lo mejor era dejarla ir. Si ya estaba con alguien, no tenía derecho a entrometerme. Olvidarla sería lo justo, aunque no lo más fácil.

Bajo presión de Jaime, intenté quedar con alguna chica. Él insistía en que debía dejar de pensar en ella porque echaba de menos al "*fucker*" de siempre.

No tenía ganas, pero accedí. Esa noche salimos y conocimos a dos jovencitas con un par de tetas perfectas. Él se enrolló con la rubia y a mí me tocó la morena. Ambas eran casi idénticas, clones de un modelo que antes me excitaba y que ahora me parecía ridículo. ¿Cómo había podido fijarme en ese prototipo de plástico?

Nos liamos en la discoteca, pero ella propuso ir a mi casa, y el picor de meses de sequía me hizo aceptar. En el sofá, mientras nos devorábamos a besos, una imagen intrusiva apareció: Amy. Justo ahí habíamos compartido nuestro primer beso. Reaccioné de golpe; no podía profanar aquel lugar sagrado con una tía que acababa de conocer.

Nos fuimos a la cama, y allí me pasó igual. Intenté pensar en el sexo, ella me quitó los pantalones y sacó mi polla, que ya estaba dispuesta. Al menos no me fallaba, aunque la mente estuviera en otra parte.

Su reacción fue la misma que la de todas… Pero recordé cómo Amy jugaba con ella como ninguna lo había hecho. Joder. No se me iba de la cabeza…

Cerré los ojos y dejé que la fantasía tomara el control: eran sus labios, sus manos delicadas, su pelo entre mis dedos. La presión aumentaba, el clímax se acercaba. Con un movimiento brusco, la giré y la coloqué a cuatro patas. Me puse un preservativo y la penetré sin miramientos.

De espaldas no se parecía en nada a Amy. Aquella chica era mucho más alta y huesuda. Apenas tenía carne, y sus tetas operadas ni siquiera se bamboleaban como a mí me gustaba. Parecía que me estaba follando a una muñeca hinchable.

Cerré los ojos y me abstraje, pensé que era Amy e incrementé mis embestidas con rabia. Quería que fuera ella de verdad, quería volver a verla, quería escucharla gemir, quería que nada de lo que pasó fuera real. Seguí penetrándola con fuerza hasta que se corrió a borbotones. Noté cómo sus fluidos me empaparon.

Entonces rápidamente salí de ella y me fui al baño. Me metí en la ducha y me toqué. No quería correrme dentro de aquella chica, quería hacerlo dentro de Amy.

Ese simple pensamiento bastó, y la explosión llegó sin aviso, proyectando contra la mampara de la ducha toda la rabia acumulada durante meses.

Me desplomé contra el cristal, dejando que el agua ardiente me golpeara la espalda, lavando la vergüenza, arrastrando el remordimiento. Y entonces, inevitablemente, llegaron las lágrimas.

No las pude contener. Lloré con la amarga certeza de haber perdido, por mi propia estupidez, a la única mujer que había amado de verdad.



CAPÍTULO 29

AMY

Junio

Llegó el verano, el calorcito, el buen tiempo y el momento de cambiar de temporada de armario.

Tenía mucha más ropa de verano que de invierno, y me sentía mucho más identificada con esas prendas de colores alegres y joviales, que con los tonos más apagados.

Además, los días empezaban a ser más largos, y cálidos, así que ya no tenía alergia estacional, al fin podía ser feliz.

Durante los últimos dos meses había vuelto a quedar en un par de ocasiones con Joel. Repetimos la quedada para hablar y pasear, pero no llegamos a más. Nuestra relación era más de amistad, a pesar de que los dos nos atraíamos físicamente.

Aquella tarde habíamos vuelto a quedar, esta vez para ir a su casa, porque me quería enseñar una mesa nueva que se había comprado para el salón.

Me preparé y puse rumbo a la dirección que me había enviado. En apenas veinte minutos estaba llamando en la puerta de su casa.

Vivía en un edificio bastante alto y moderno. No me lo imaginaba así. Abrió el portal y subí hasta el octavo piso. Donde me estaba esperando con la puerta entreabierta.

—Es por aquí —me indicó, al verme salir en la otra dirección del pasillo.

—Uy —exclamé.

Le di dos besos y se apartó un poco para dejarme entrar.

—Bienvenida a mi humilde morada, preciosa.

—*Uuuoo,* mola —exclamé.

La casa estaba prácticamente vacía, parecía una de las de exposición del Ikea. Pero me llamó la atención una pequeña vitrina que había en el salón.

—¿Puedo? —pregunté, ya que me vio con intención de acercarme.

Soltó una carcajada.

—Claro, mira.

Estaba llena de muñequitos frikis que ya había visto en casa de Marta. A ella le encantaban.

Me estuvo explicando los personajes que eran cada uno, y me mostró una colección de Warhammer que tenía en uno de los cajones. Estaba pintando las figuritas enanas a mano y cuando la terminara, las colocaría en la vitrina.

—Qué chulo. Me gusta mucho.

—Gracias —respondió con orgullo.

Nos movimos a la parte ancha del salón, que estaba separada por un arco de obra, era enorme.

—Y… ¡Tachán!, aquí tienes mi nueva adquisición —dijo, enseñándome un escritorio de madera maciza con adornos barrocos, acompañada de varios cajones y una tapa articulada.

—*Aiba*. Esta me iría muy bien para escribir. Con un cajón de doble fondo y cosas así para inspirarme en los thriller —respondí, con una

sonrisa pícara.

—¡Ya! bueno, igual no parece muy espectacular, pero si tú supieras el tiempo que llevo detrás de esta mesa…

Solté una carcajada. Entendía que a él diera emoción, cada uno tenemos nuestras ilusiones.

—¿Te apetece celebrarlo con la cena? —preguntó, entusiasmado.

—¡Claro! —le dije.

Sonrió.

—¿Pedimos comida china?

—Genial.

Parecía que nos conocíamos de toda la vida, nos entendíamos muy fácil.

Elegimos los platos e hicimos el pedido, que llegó apenas media hora después.

Entre risas devoramos los rollitos de primavera, el cerdo agridulce, el pollo con almendras y el arroz con gambas, *tipiquísimos* platos del chino, aunque en la China profunda se comen más bien otras cosas. Creo que aquí hacen una especie de "adaptación para occidentales"

Cuando acabamos, sacó dos helados de postre y nos tumbamos en el sofá.

Cuando terminamos, la atmósfera empezó a cambiar, y no sé muy bien cómo, pero empezamos a hablar de sexo. De las experiencias que habíamos vivido, y poco a poco empezamos a acercarnos.

Estábamos tan cerca que podía sentir su respiración en mi piel, hasta que, finalmente nuestros labios se encontraron.

Cerré los ojos y acepté su beso, que fue aumentando de intensidad a medida que nuestras lenguas se abrían paso para entrelazarse.

Hacía mucho tiempo que no besaba a alguien. *Sabes quién me vino a la cabeza, ¿verdad?* Diego… Diego.. el maldito Diego.

Intenté ahuyentar su imagen, concentrándome en los labios expertos de Joel, y en sus manos que exploraban mi cuerpo con seguridad.

Me puse a horcajadas sobre él y empecé a acariciarle por debajo de la camiseta.

Sus manos agarraron mi culo, sus dedos empezaron a apretarme las nalgas y a dirigirse hacia mi entrepierna.

Me moví para dejarle más acceso, y él introdujo uno de sus dedos en mi abertura. Estaba mojada, pero a la vez había algo que me impedía dejarme llevar.

Noté su vacilación, un espejo de mi propia confusión.

Entonces de repente los recuerdos de la primera vez que estuve con Diego vinieron a mi mente, era como si ya lo hubiéramos hecho antes, como si nuestros cuerpos ya se conocieran. Su manera de saber exactamente dónde debía tocar y lo que tenía que hacer.

Aquel recuerdo se afianzó en mi mente y me bloqueé. Me quedé petrificada y me aparté de manera brusca de Joel, ocultando las lágrimas que empezaban a caer por mis mejillas.

—Lo siento… No puedo —balbuceé.

Joel retrocedió, en su mirada había una mezcla de preocupación y... ¿alivio?

—No pasa nada. ¿Ha sido por algo que he hecho?

—No, yo… creo que no estoy preparada.

—Ya, te entiendo tranquila. Me atraes muchísimo, pero pienso lo mismo. Creo que ninguno de los dos queremos seguir con esto, ¿verdad?

—*Puff.* No… Creo que no.

—No te preocupes, ven aquí —me dijo, abriendo los brazos para acunarme.

Me derrumbé sobre su pecho mientras sus manos trazaban círculos cálidos en mi espalda, como si intentara recomponer mis pedazos.

Allí me quedé, ahogada en lágrimas absurdas por un hombre que jamás supo ver mi valor, abrazada a alguien que, sin apenas conocerme, me ofrecía más consuelo que él.

Mis lágrimas mancharon su hombro, demasiado puras para aquel recuerdo tóxico, mientras maldecía a Diego por seguir habitando mis pensamientos, por robarme la paz incluso cuando ya no estaba.

¿Por qué era incapaz de sacármelo de la cabeza? ¿Qué me había hecho aquel chico?

Quería ser feliz. Lo necesitaba. Pero su sombra, larga y fría, seguía interponiéndose entre yo y la luz.



CAPÍTULO 30

AMY

Junio

Joel y yo seguimos hablando, a pesar de haber estado a punto de cometer un error acostándonos sin realmente tenerlo muy claro.

Le agradecí que se comportara tan bien conmigo. Era un chico increíble y me habría gustado sacar de mi cabeza al imbécil de Diego.

Aquella tarde era el cumpleaños de Marta y Paula, y habían decidido celebrarlo en uno de los sitios más frikis que te puedas imaginar.

Como sabía que a Joel le iba a gustar, y como mis amigas no paraban de insistir en conocerlo les pregunté a las cumpleañeras si podía invitarlo. La respuesta fue un sí rotundo.

Tras nuestro *casi-error* que, por supuesto les había contado, me dijeron que quizá estábamos yendo deprisa y que eso no significaba que no pudiera ser el amor de mi vida.

Marta estaba casi recuperada de la mala experiencia con el cabrón de su jefe. Había urdido un plan junto con la otra compañera para que su esposa descubriera la infidelidad. Ahora el tipo le hacía la vida imposible en el trabajo, pero no le importaba porque había conseguido joderlo igual que él le hizo a ella, y eso la mantenía satisfecha. Se le veía feliz.

Marta y Paula cumplían sus 35 años y era una fecha importante. Querían tener un fiestón por todo lo alto.

Cuando se lo dije a Joel, aceptó gustoso y quedamos para ir juntos.

Al llegar ya casi estaban todos, y Marta vino hacia nosotros como un torbellino.

—Amyyyyyyy, qué bien que ya estás aquí. Ya verás que chulo es todo esto. Te va a encantar, ya verás. —saludó, efusiva.

—¿Estás borracha?

Ella se rio de manera estruendosa.

—Puede que haya bebido un poquito antes, sí, pero *oyeee* que es mi *cumpleee.*

Me reí y la abracé con cariño.

Entonces ella se quedó mirando a Joel.

—Jo-der. Qué bueno estás —soltó, sin ningún filtro.

Joel se sonrojó un poco, y muy educado le dio dos besos.

—Gracias. Felicidades.

—Gracias las que tú tienes —respondió ella.

—Madre mía…. Marta, no te reconozco —le dije.

—Esta es la más formal de mis amigas, perdónala, será la edad…. Miedo me da cuando conozcas a las demás —susurré a Joel cuando nos fuimos a saludar al resto.

Él se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza, divertido.

Cuando llegaron Paula, Nuria y Sofía el pobre tuvo que aguantar de nuevo varios piropos y comentarios sobre qué paciencia tenía que tener para aguantarme, blablablá. Le resultó curioso que las dos amigas que cumplían años el mismo día fueran tan diferentes.

La fiesta comenzó. Habían preparado una yincana de juegos en los que varias preguntas versaban sobre temas de anime, de los que yo no tenía ni idea, pero Joel acertó todas.

Me di cuenta de que Marta no dejaba de mirarle, y de que él también la miraba a ella. ¿Había temita?

Nos lo pasamos bien, cenamos, y después les cantamos el cumpleaños feliz mientras las dos soplaban las velas de la tarta.

Les dimos los regalos y Marta se quedó alucinada con el nuestro. Era un Satisfyer de última generación, como el que me había regalado Paula, que tenía una aplicación que se sincronizaba con el ritmo de la música. Una pasada.

Me alegraba de verla feliz y contenta.

Marta era de estas personas que lo analizaba todo, que parecía incluso a veces tan fría que tenía todo bajo control con su parte racional, pero las que la conocíamos sabíamos que no era así. Que ella también lo pasaba muy mal.

A Paula le regalamos una sesión de estética y un masaje, y enseguida nos dijo si podía tener final feliz. Todos nos reímos por sus ideas, siempre pensando en lo mismo, pero en realidad la culpa era nuestra por provocarle.

Había barra libre para la fiesta, y quise aprovecharla.

Joel no bebía, como mucho una cerveza, pero yo me dejé llevar por Paula y Nuria, que estaban a tope. Mientras Rubén hablaba con Sofía y Joel, nosotras tres lo dábamos todo en la pista junto a una Marta desinhibida que bailaba como si no hubiera un mañana.

—¿Quién te gusta más, Amy o Marta? —le preguntó Rubén a bocajarro.

Joel no había dejado de mirar a Marta desde que les había presentado.

—Buena pregunta —respondió él.

Nosotras seguimos nuestra fiesta y cuando empezaron a echarnos, regresamos junto a la cumpleañera, que estaba *on fire*.

Nunca la habíamos visto así.

En esos momentos me di cuenta de que Marta se comía a Joel con los ojos, y él a ella.

Cuando salimos a la calle y la gente empezó a despedirse, le pedí que me acompañara un momento.

Marta me confesó que le atraía, pero estaba tan borracha que pensé que no era el mejor momento para que hicieran nada.

No obstante, confirmé mis sospechas sobre Joel, cuando ella se quedó dormida en uno de los sofás y se acercó para quitarle el vaso de la mano.

Sonreí porque supe que aquellos dos podrían funcionar muy bien como pareja. Una pizca de envidia pasó por mi cabeza, al pensar en que, poco a poco, mis amigas empezaban a encontrar a la pareja de sus sueños, y yo era incapaz de avanzar con nadie que no fuera Diego.

Estaba bloqueada, su mera imagen me tenía atrapada y me dolía cada vez más su ausencia. ¿Quizá debería tragarme el orgullo e ir a hablar con él?



CAPÍTULO 31

AMY

Julio

Estaba exhausta de tanto llorar, había pasado demasiado desde nuestro último beso, pero mis ruegos al universo, por fin, habían dado fruto.

Me preparé con el esmero de una primera cita: vestido ceñido, escote pronunciado, el sujetador que sabía le volvía loco. Limité mi perfume, porque sabía que le gustaba mi aroma natural.

Me arreglé el pelo frente al espejo, coqueta, añadí rímel y pintalabios rojo. Me lancé un beso, satisfecha con el resultado, y salí de casa.

El viento, como siempre, se burló de mis esfuerzos. En dos minutos destrozó mi peinado y levantó mi falda al estilo Marilyn, dejando al descubierto mis modestas bragas de algodón. Nada sexy, nada de malentendidos.

Lo vi reír desde dentro del coche, y cuando abrí la puerta intenté recomponerme.

—Ya te las he visto, tranquila —me dijo con su característica sonrisa.

—Ja, ja —expresé con sorna.

Me abracé a su bíceps mientras arrancaba. Estaba más fuerte, quizá había estado yendo al gimnasio. Ya no llevaba muletas y poco después me dijo que hacía unos meses que le habían dado el alta.

De camino nos pusimos al día. Durante el trayecto, hablamos de su padre enfermo, de mis retrasos con los encargos. Él asentía, ese silencio cómplice que siempre me calmaba.

En la puerta del restaurante japonés, otra ráfaga me despeinó, pero esta vez ni me inmuté; dejé que el aire jugueteara entre mis piernas.

Nos pusimos al día, entre risas y miradas y no sé cómo, pero acabamos planeando unas vacaciones juntos.

Intenté mantener la compostura, aunque por dentro las mariposas me revolvían. ¿Cómo me hacía sentir eso?

El garaje estaba en silencio cuando nos bajamos del coche. El abrazo de despedida comenzó siendo inocente, pero duró demasiado. Sus manos descendieron hasta mi cintura y mi piel ardió al instante.

Estábamos tan cerca que mis pechos se aplanaban contra su torso, y yo sentía su erección crecer entre nosotros, dura e innegable. Intenté separarme, pero mi cuerpo no respondió. Quedé paralizada, hipnotizada por el ritmo acelerado de su respiración y el golpeteo violento de su corazón contra mi oreja.

Apoyó la barbilla en mi frente e inhaló profundamente, como si quisiera guardar mi esencia en su memoria.

—Deberíamos parar— musité, pero mis manos traicioneras se aferraron a su espalda.

Con un esfuerzo sobrehumano me solté y le miré desde abajo a través de mis pestañas.

Él bajó la cabeza y nuestros labios estuvieron a un milímetro durante una eternidad, ¿veinticinco o treinta segundos?, sin llegar a besarnos. O quizá sí. No lo recuerdo bien. Si fuera hombre, diría que la sangre me abandonó el cerebro, pero yo no tenía esa excusa… aunque el efecto era el mismo.

Fui yo quien se apartó. (Me costó, eh).

—Uff… — jadeé, con la boca seca.

—Uff… —me imitó él.

—Bueno, me voy… Gracias por la comida, ya nos veremos —dije, intentando hablar normal.

—Gracias a ti —respondió con la voz ronca.

Se estaba conteniendo tanto como yo, o más. Por el rabillo del ojo, lo vi recolocándose la erección dentro del pantalón. Tragué saliva y me alejé. Debía irme antes de que las cosas se descontrolaran.

Habíamos pactado ser solo amigos. Nos habíamos hecho demasiado daño. Pero juntos… la química siempre jugaba en nuestra contra.

Inspiré de nuevo y me di la vuelta para irme. Apenas me había movido un metro cuando sentí su mano en mi hombro.

—Espera…

Me quedé inmóvil.

—Quiero probar una cosa —me pidió.

—¿El qué?

—Cierra los ojos…

—No —respondí, seca.

—Por favor, cierra los ojos. Si te molesta, pararé.

Le di un voto de confianza, no sabía qué esperar, pero si hubiera sido un ratón, ya estaría atrapado.

Cerré los ojos, y permanecí inmóvil. ¿Me habrá dejado aquí como una idiota? Hasta que sentí su aliento en mi nuca.

Un escalofrío eléctrico me recorrió de arriba abajo, clavándose entre mis piernas. Abrí los ojos de golpe.

—¿Qué has hecho?

No contestó, simplemente sonrió con picardía.

Se agachó, me atrajo hacia él con un brazo firme y... no pude resistirme. Me besó, me besó con ganas y yo me dejé.

Le rodeé el cuello, colgándome sobre su cintura como un mono.

Nuestras lenguas se enroscaron con avidez. Ya estaba perdida… Ya no podía parar. Le atraje más fuerte, acelerando el ritmo. Sus labios eran como caer en una cama mullida después de un día infernal. Como volver a casa.

De pronto, me agarró el culo con furia y me llevó hasta el coche. Abrió la puerta trasera y casi me tiró sobre el asiento, colocándose entre mis piernas.

Me levantó el vestido con lascivia y con uno de sus suaves dedos me acarició el pubis, tan despacio que quemaba.

Me tocó apenas rozándome con la yema y creo que en ese mismo instante me corrí. Solo con un roce, impresionante… Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, gimiendo.

—Pufff, cuánto lo había echado de menos. Me encanta cuando te corres así —dijo, con superioridad. Con la chulería que puede tener alguien que te provoca un orgasmo con un mínimo roce.

Tras tanto tiempo en letargo había despertado a mi bestia. Moví las caderas pidiéndole más. Él me miró entrecerrando los ojos y sonrió malévolamente.

Mi mirada se desplazó a su paquete. La polla ya le salía por la parte superior del pantalón. Dirigí mi pie hacia ella, si él jugaba conmigo yo también jugaría con él.

Soltó una carcajada.

—Tranquila, fierecilla, todo a su tiempo.

Introdujo sus dedos en el elástico de mis braguitas empapadas, y las bajó muy despacio, dejándome expuesta ante él como una muñeca indefensa.

Poco tardó en acercar su boca a mi vagina. Me hizo cosquillas con su barba de varios días y me retorcí, pero me agarró las piernas para que no las cerrara.

Sacó la lengua y, tan despacio que me dieron ganas de darle un empujón, la dirigió hacia dónde sabía que me gustaba.

Lo bueno de repetir el sexo con alguien que te conoce después de tanto tiempo era precisamente eso, que ya sabe lo que te gusta, no tienes que enseñarle ni guiarle, puede ir directo al grano.

Apenas noté su saliva en mi clítoris mi sexo se activó. Abrí la boca de manera involuntaria y él aprovechó para introducirme un dedo que chupé con ganas, cubriéndolo con mi saliva que instantes después deslizó por mis labios inferiores, haciéndome vibrar.

¿Cómo había aguantado tanto tiempo sin aquello?

Podría pasarme horas así. La tensión fue subiendo y él incrementó la presión, introduciendo su dedo dentro de mí sin esfuerzo. Estaba empapada.

Mi vagina lo admitió sin reticencia, y él lo movió exactamente en el punto donde tenía que moverlo. Contemporáneamente volvió a acariciar mi clítoris con su lengua, con lametazos certeros que hacían que se hinchara cada vez más.

Estaba a punto de correrme de nuevo, pero no quería, no podía darle tanto tan fácil. Intenté reprimirme y fue peor, porque en un giro de su lengua y un rápido movimiento de su mano, introduciéndolo hasta mi punto G, exploté llenándole los dedos con mi flujo. Me vacié sobre él como hacía tantos días había soñado, aunque la realidad superaba con creces la imaginación.

Todo mi cuerpo vibró sobre su mano. Gemí, vaciando también mi frustración, relajando todos y cada uno de mis músculos, atrofiados por la "sequía".

Tras el orgasmo, me recuperé, seguía queriendo más.

Me incorporé con esfuerzo, era mi turno.

Era muy grande y apenas cabía en el asiento, pero se recolocó como pudo y yo todavía chorreando me senté a su lado, mirando el rosado y suave glande que asomaba por el elástico del pantalón.

Acerqué mi mano y se lo bajé. Tuve que bajar mucho, tanto que no recordaba que fuera tan grande. Cada vez que la veía me impresionaba. Allí estaba la Anaconda, lista y preparada solo para mí.

Le acaricié igual de despacio que había hecho él y se estremeció soltando un gruñido.

Yo no tenía tanta paciencia, así que enseguida me agaché, acerqué mi boca a su glande y la abrí para meterla dentro.

Gimió y me puso una mano en la cabeza, acariciándome el pelo con sus dedos.

Saqué mi lengua y la pasé por su glande para humedecerlo antes de engullir su polla con ganas. Era enorme y no me cabía entera, pero intenté abrir la garganta para llegar al máximo posible.

Gimió y aumenté el ritmo ayudándome con la mano. Yo también contaba con ventaja porque sabía cómo le gustaba y cómo volverlo loco.

Jugué con la lengua, me la saqué y después la metí entera y así repetí una y otra vez variando la cadencia de mis succiones.

Noté cómo empezaba a vibrar, estaba a punto de correrse. Me empujó la cabeza cuando hice ademán de parar, pero me resistí y me incorporé, colocándome a horcajadas sobre él e introduciéndomela en la vagina. Gemí cuando él movió sus caderas para ganar mayor profundidad.

Nuestros cuerpos se acoplaban a la perfección, parecían estar programados para el sexo porque empecé a moverme sobre su polla de manera automática, dándonos placer a ambos. Él me ayudó sujetándome por la cintura con sus manos y penetrándome con fuerza.

Sentía su enorme pene dentro de mí y en pocos segundos exploté, llegando a un maravilloso y devastador orgasmo seguido por el suyo, en el que se vació por completo dentro de mí.

Continuamos follando como animales a pesar de habernos corrido y, rebotando sobre él escuchando el chapoteo de nuestros fluidos, alcancé otro brutal orgasmo que me hizo vibrar, liberando toda la pasión y el deseo acumulado durante meses.

Me estiré hacia detrás para sentirle al máximo dentro de mí. No quería que saliera, y él parecía no querer sacármela. Todavía estaba duro, pero sabía que tenían que pasar algunos minutos para el siguiente asalto, por lo que me desplomé sobre el respaldo del asiento, exhausta, colocándole los pechos en la cara.

Subió su mano hacia uno de ellos, lo sacó del sujetador sin esfuerzo y me lamió el pezón ya endurecido.

Todavía estaba dentro de mí y contraje los músculos mi vagina. Bajó su mano hasta mi clítoris, todavía palpitante y me tocó haciendo círculos suaves con la yema de su dedo anular. Preciso y certero, excitándome de nuevo.

En un movimiento rápido, agarrándome de la cintura me levantó, y su polla ya morcillona, salió de mí, golpeando sobre su pierna.

Me introdujo los dedos anular y corazón arqueándolos para llegar hasta el fondo mientras seguía acariciando mi clítoris con el pulgar.

Hizo el movimiento aquel que tan loca me volvía, el Spiderman lo llamaba, continuó tocándome hasta que minutos después volví a explotar, esta vez con mayor intensidad.

Orgulloso sacó la mano y me dio una cachetada en el culo.

Regulé mi respiración y sonreí, relajada.

Le agarré la cara sudada con las dos manos y le besé los labios hinchados. Nos fundimos por nuestras bocas, sellando con nuestros labios uno de los mejores polvos de mi vida.

Quizá volcamos en él lo que ambos habíamos reprimido durante aquella ausencia.

No sabía lo que ocurriría después de aquello, pero si de algo tenía certeza era de que estábamos hechos el uno para el otro.

Mi respuesta llegó unos minutos después, en forma de absoluta decepción, al despertar en la cama sola y con una lágrima cayendo por mi mejilla. Otra vez había vuelto a soñar con él.



CAPÍTULO 32

AMY

Julio

Seguía en el bucle… Pensé que había llegado el momento de pedir ayuda profesional. No era normal que estuviera tan obsesionada con un chico. Tras despertar de aquel sueño, decidí concertar una cita con un psicólogo especializado en rupturas amorosas, aunque no estaba segura de que mi caso encajara en esa categoría. Después de todo, no éramos nada que pudiera romperse; sin embargo, las sensaciones que me invadían eran idénticas a las de un desamor.

La primera sesión, aquella misma tarde, fue por videollamada. El terapeuta no me inspiró demasiada confianza, pero supuse que era el precio de exponer mis inseguridades ante un desconocido. Me escuchó con profesionalidad, y me recomendó llevar un cuaderno para registrar mis pensamientos entre sesiones.

Aunque escéptica, reservé otra cita para la semana siguiente, previo pago de setenta *eurazos*, y me obligué a confiar en el proceso. Al fin y al cabo, lo importante era mi voluntad de cambiar, y eso, según dicen, ya es un paso crucial.

Hice varias gestiones relacionadas con el accidente, y pensé que había llegado el momento de intentar escribir algo.

Entre todo lo que me estaba pasando, era imposible encontrar un momento de tranquilidad mental, y tras la sesión con el psicólogo me vi animada para intentarlo.

Me dolían mucho las cervicales, por lo que me tomé la medicación, y me senté frente al ordenador.

Mi pobre portátil, lleno de pegatinas cual carpeta de adolescente, parecía quejarse al arrancar. Llevaba al menos cuatro meses sin escribir nada. Tim me había dejado por imposible, pero lo tomé como una "excedencia". Cuando fuera capaz de terminarla se la entregaría, pero ya fuera de plazo.

Releí lo escrito meses atrás y, para mi sorpresa, no estaba mal. *Quizá era demasiado íntimo, pero al final, ¿qué más daba?* Muchos escritores impregnaban sus novelas con retazos de vida real. Al fin y cabo, la realidad suele superar a la ficción.

Me preparé un té, dejé que el calor calmara mis nervios y, con los dedos suspendidos sobre el teclado, permití que las palabras volvieran a fluir.

Cuando me quise dar cuenta llevaba tres horas, que me habían parecido escasos diez minutos. Sonreí orgullosa por volver a sentir de nuevo la satisfacción que me daba escribir.

Miré el móvil que había dejado abandonado en la mesa del salón, y tenía cien mensajes del grupo de las chicas. ¿Qué les pasaba?

Al abrir la conversación, tenía al menos diez menciones de Paula para que respondiera. Tardé cinco minutos en leer todo, y justo cuando iba a responder, su llamada irrumpió.

—¡¿Se puede saber por qué ignoras el grupo?! ¡¿Dónde te metes?! —vociferó al descolgar.

—Tranquila, respira —contesté, forzando un tono sereno.

—¡Llevamos tres horas esperando!

—Que sí, que estoy libre para el ultimo finde. ¿Dónde quieres que me vaya? La que no se sabe dónde está es Sofia, no yo.

—Bueno, pero es importante que reserves ese día, porque si no luego te *rajas* y nos fastidias.

Habían propuesto celebrar mi cumple en un bar y querían reservar una sala para hacer la fiesta.

Le conté mis avances con la novela y mi decisión de empezar terapia. Ella, con la experiencia de años de psicólogo, se alegró y me dio consejos.

Al colgar, era hora de cenar. Bajé a la calle a tomar el aire, pero mis pasos, sin pensar, me llevaron al portal de Diego. No sé por qué. Allí estaba, como una tonta, mirando los telefonillos, tentada de llamar solo para oír su voz.

Durante unos segundos en los que me sentí como un adolescente que está jugando al "ding dong piro" [i], valoré las consecuencias que podría acarrearme, y finalmente, mi mano se alargó sin consultar a la razón y pulsó el botón.

Durante un momento esperé que contestara, pero no lo hizo, y cuando me iba a dar la vuelta para marcharme, lo escuché.

—¿Diga?

Parecía haber sido arrancado del sueño, su voz estaba cargada de esa ronquera espesa que deja el descanso interrumpido.

—¿Diga? —repitió.

Esta vez lo escuché con claridad.

¿Cómo podía algo tan simple como el roce del aire contra sus cuerdas vocales, desatar semejante tormenta en mi pecho?

El clic del telefonillo al colgar me devolvió a la realidad. Inspiré hondo, fingiendo que era alivio lo que sentía y no ese nudo de vergüenza y fascinación. *¿En qué estaba pensando?*

El camino de vuelta lo hice con la mirada clavada en las baldosas, dividida entre el remordimiento por haberle molestado... y ese calor

clandestino que me dejaba escuchar su voz.

Al llegar, me sumergí en la escritura, ignorando incluso la cena. Necesitaba desahogarme, y volcar en el papel todas las emociones.



CAPÍTULO 33

DIEGO

Julio

Dicen que la primavera la sangre altera, pero tras conocer a Amy, ni siquiera eso me afectó. Al llegar el verano, y ver más "carne" por la calle, me solía poner muy cachondo, pero fue la primera vez que ni siquiera me fijaba en las chicas con las que me cruzaba.

Me había dejado totalmente. Ya no me afeitaba y ni siquiera me esforzaba en vestir bien. Y eso, por contradictorio que pareciera, todavía las atraía más.

La rodilla me dolía mucho más. Los fisios me regañaban por saltarme las sesiones, pero ¿para qué? Cada mañana era una batalla para salir de la cama. Solo pensaba en ella.

—Oye, esa morena te está devorando con los ojos —susurró Jaime en el bar.

Ni miré, me daba absolutamente igual.

Soy un tío bastante reservado, y quizá Jaime no era el más indicado con el que hablar del tema, pero no aguantaba más guardándome aquel secreto.

—Tío… la he visto —confesé.

No sé si Jaime se hizo el tonto, o lo hizo a posta, pero me dio largas en la respuesta.

—¿A quién?

—A Amy…

—Ah... —Hizo un gesto vago—. Oye, Liam me habló de una app viral, y todas las tías buenas están ahí…

—¡Joder, tío! —protesté—.¿No puedes dejar de pensar en follar o qué? ¡Tienes un problema!

—¿Y tú no puedes dejar de pensar en esa tía? Estás obsesionado con ella. Ya está, supérala. Te dije que te vendría bien salir con otras. ¿No te gusto follar con el pibón que te llevaste el otro día? Echo de menos al Diego de antes.

—No puedo, joder… No sé qué tiene esa chica, pero no se me va de la cabeza. Y lo peor es que la vi con otro. Ella ya ha pasado página, y la he perdido por gilipollas.

Jaime no dijo nada, se limitó a beber un trago de su cerveza.

—Tienes que olvidarla… Te lo digo por tu bien. Da igual que la hayas visto, déjala, deja que viva su vida y céntrate en la tuya. Ella ya está con otro, ves, poco luto te ha guardado, es una zorra, como todas —añadió de repente, sin mirarme a los ojos.

Al escucharle hablar así de Amy, tuve que contenerme mucho por darle un puñetazo. A veces Jaime se comportaba como un verdadero cabrón.

—No vuelvas a hablar así de ella, ¿me entiendes? No sé ni para qué te digo nada.

—Pues eso digo yo, para qué me dices nada, esa ni me interesa, ni me importa.

Nos quedamos en silencio, masticando la tensión que flotaba en el ambiente. Terminamos nuestras cervezas y nos fuimos cada uno para su casa.

La noche anterior no había dormido nada, para variar. El agotamiento me pudo, y acabé cayendo rendido en el sofá. Me pasaba eso, no dormía por la noche, después caía por la tarde y había empezado un círculo vicioso del que no sabía cómo salir.

Estaba soñando con ella y tuve una sensación muy extraña cuando el timbre de casa me sacó de mi limbo.

Dudé en si levantarme o no. No insistieron, pero estaba esperando un paquete, por lo que fui a preguntar medio somnoliento.

No respondió nadie. Así que extrañado regresé al sofá, donde intenté sin éxito volver a mi mundo de los sueños en el que estaba feliz con ella…



CAPÍTULO 34

AMY

Julio

Había llegado el día de mi cumpleaños. Treinta y cinco "tacos"… Me quedé con la mirada perdida en una foto que me encantaba de cuándo hice los dieciocho.

Siempre he parecido más joven, pero al cumplir la trentena algo me sentó muy mal, porque ya me trataban de usted en el supermercado.

Pasaba bastante de mi cumpleaños, pero cumplir los 35 era algo especial… Me había motivado para hacer esa fiesta que querían

organizar las chicas. Aunque tenía el ánimo por los suelos, estaba segura de que ellas me lo subirían.

Lo cierto era que la terapia no me iba mal. Al menos me desahogaba un poco, pero acababa de empezar, así que todavía quedaba mucho trabajo por hacer.

Poco a poco empecé a sentirme mejor y a pensar menos en Diego. Me acordaba todos los días, pero ya no me dolía tanto.

Me sentía bien, a pesar de ser lunes, tenía mucha energía. La primera en felicitarme fue Sofía, con una foto desde Ibiza, era una salamandra de arena, nuestro símbolo particular desde aquel viaje a Canarias.

Después empezaron a llegar el resto de mensajes y llamadas, entre ellas la de mis padres. Comería con ellos como hacía cada año y me hacía ilusión. Hacía bastante que no les veía.

Estaría también mi hermano, porque había venido a España a grabar un episodio de una de las series en las que participaba. Ya… no te había contado esa parte particular de mi familia. Mi hermano es reconocido actor de prestigio que vive en Londres y teniendo en cuenta su apretadísima agenda, era todo un honor que viniera a casa a celebrar mi cumpleaños.

Él estaba al tanto de mi situación. Le había hablado de Diego, y pienso que por eso había forzado sus grabaciones para esta fecha.

Me duché y me arreglé un poco. Hacía muy buen día, y tenía ganas de estrenar uno de los vestidos que me compré en un arranque de consumismo puro y duro.

Me encantaba el buen tiempo, me ponía de buen humor. Decidí ir andando porque no vivía muy lejos y me evadí durante el trayecto.

Me pasaba a menudo, sobre todo cuando estaba escribiendo. Me fijaba mucho en las personas y me gustaba imaginar sus vidas.

Atravesé un parque, y me di cuenta de que había muchas parejas jóvenes paseando con carritos de bebé.

Mi idea sobre la maternidad fue variando con la edad. Nunca me habían gustado mucho los niños, y de hecho seguían sin hacerme mucha gracia, pero a los treinta, algo dentro de mí despertó. Ese…

no sé, llámalo X. Era como un instinto de protección… Un sentimiento de querer que los de mi alrededor estuvieran bien.

Uno de los motivos de mi ruptura con Héctor fue ese. Él no quería tener hijos, lo tenía muy muy claro, y al final me dejó porque decía que no sería capaz de hacerme feliz si no me daba lo que quería.

Tantos años han pasado y sigo sin ser madre… así que quizá fuera una excusa, no lo sé.

De todas maneras, al tener experiencia con nuestro "sobrinito", me lo llegué a replantear.

Tener un hijo conlleva una gran responsabilidad, sabía que mi vida cambiaría por completo y que no podría hacer muchas de las cosas de mi rutina actual, como levantarme a las doce de la mañana, pasar un día entero sin comer porque llegan las musas, o no salir de casa en una semana.

Pero quizá si llegaba el chico indicado todo aquello no me importaba, y merecía la pena por poder criar a nuestro hijo.

En ese momento, me pregunté si Diego querría hijos y cómo sería él de padre.

Ni siquiera salió el tema, supongo que porque no nos dio tiempo.

Algo me decía que no tenía mucho instinto paternal, pero quizá me equivocaba.

Sacudí de mi cabeza aquellos pensamientos. Estaba demasiado obsesionada con Diego. No sabía por qué, ni qué podía tener para que en tan poco tiempo me hubiera llenado tanto, y hablo en todos los sentidos.

El sonido de mi móvil me hizo desconectar. Era Héctor.

—*Ey* —respondí, con una sonrisa en los labios.

—*Cumpleeeaaaños feeeeliz, cumpleaaaaños feeeelizz, te deseo yooo, cumpleeeaaañoooss felizzz* —me cantó.

Solté una carcajada.

—Gracias, gracias —le dije.

—Te estás haciendo vieja ya, ¿eh? —me dijo con voz chinchosa.

Saqué la lengua, aunque no me estuviera viendo. Estuvimos charlando hasta que llegué a casa de mis padres.

Me gustaba mucho la relación que teníamos. A los dos años de dejarme, empezó a salir con una chica. Un día quedamos y me la

presentó. Me alegraba mucho por él. Mis amigas no entendían que me llevara tan bien con mi ex, decían que era "raro", pero si has estado con una persona muchos años y no ha salido bien, pero ha acabado sin problemas ¿por qué voy a querer que desaparezca de mi vida?

Para mí era un lujo. Aunque lo pasé muy mal al principio, después lo asimilé y en ese sentido estaba muy orgullosa de nuestra relación.

Me peiné en el reflejo del portal y llamé al timbre. Mi madre siempre quería verme perfecta.

Me abrieron sin preguntar y subí hasta el quinto piso por las escaleras. No me gustaban los ascensores. Igual que a una de mis protagonistas.

Antes de entrar, puse el móvil en silencio, y me extrañó que ninguna de las chicas, excepto Sofía me hubiera felicitado.

Al abrir la puerta, me quedé parada porque tras ella no había nadie y empecé a olerme algo... Caminé con una sonrisa, esperando que salieran todos detrás del sofá gritando ¡SORPRESA!, pero no… Mi sonrisa se borró de un plumazo. No había nadie.

—¿Hola, hay alguien? —pregunté, cual víctima de una película de terror.

Seguí caminando hacia la cocina, cuando de pronto la oscuridad me envolvió. Algo áspero y pesado me cubrió la cabeza.

—¡Eehhh! —grité, intentando defenderme.

Entonces escuché las risas de mi madre.

—No le hagas daño, eh —susurró.

Estaba segura de que quien me había cogido era mi hermano. No lo veía desde hace meses, pero su olor era inconfundible.

—¡Suéltame, sinvergüenza! —le grité, como hacía siempre.

—No, de esta no te escapas. Ahora te vas a estar muy quietecita y obedecer —me dijo, poniendo la voz de uno de los personajes a los que interpretaba.

—¡Venga ya! —protesté.

—Hija, colabora un poco anda… —dijo mi madre.

Puse los ojos en blanco, aunque no pudieran verme y me resigné.

—Vaaale —respondí con sorna.

A partir de entonces me dejé hacer. Noté que me colocaban algo por encima y después que nos movíamos, seguramente hacia el garaje.

Efectivamente, unos minutos después nos pusimos en movimiento.

—¿Podéis quitarme este cacharro de la cabeza? Me estoy ahogando.

—No. Aguanta —dijo mi hermano.

Perdí la cuenta de los minutos que pasaban hasta que al final el coche se paró y me dejaron salir.

El aire fresco me alivió.

Caminamos unos pasos, escuché una puerta abrirse y cerrarse y me quitaron el saco.

¡¡¡¡SORPRESA!!!!!

Me volví loquísima. Ante mis ojos estaban todas estas, incluidos Carlos con el niño, Rubén, Joel, mis padres, mi hermano y mi prima delante de una pancarta que ponía *Felicidades Amy* y 35 gigante flotando sobre un mar de globos de colores.

Empecé a saltar como una loca y mi madre fue la primera en abrazarme. Les saludé a todos con efusividad.

—¡Cabronazos, para haberme dado un infarto! —grité, emocionada.

Me miré y me habían puesto un vestido de princesa con una banda de *"Hoy es mi cumple"*

No podía dejar de sonreír y pasé uno de los mejores días de mi vida.



CAPÍTULO 35

AMY

Julio

Aquel cumple era como una boda gitana, porque, no contentos con la sorpresa que me organizaron, había llegado el día en que las chicas habían reservado el local para la fiesta.

Íbamos en el coche de Paula, ella conducía. Delante iba Marta y detrás Susana y yo.

En otro coche iban Nuria y Carlos, habían dejado al niño con los abuelos, Joel y Rubén.

Me hacía gracia porque Joel ya se había integrado completamente en el grupo y decidí sacar el tema para que Marta confesara.

—Bueno qué… Joel… es majo, ¿no?

—Sí, la verdad es que se ha adaptado bien, incluso pasó la prueba de fuego que le hizo Carlos —dijo Susana.

Recordé lo mal que lo pasó aquel día de mi cumpleaños y solté una carcajada. Le habían preparado una lista de preguntas comprometidas para "iniciarlo" en el grupo. El pobre no sabía dónde esconderse, con lo tímido que era, pero sus respuestas ingeniosas les sorprendieron y acabó ganándose a todos.

Noté las miradas furtivas que le lanzaba a Marta... y las que ella le devolvía.

—Venga Marta, suéltalo ya… —le chinché.

—Psss —dijo, finalmente.

Paula estaba muy callada y vi por el retrovisor que tenía muy mala cara.

Susana empezó a chincharle también y al final acabó confesando que habían tenido tonteo cuando nos fuimos.

—¡Qué perrilla! Y bien callado lo tenías —le dijo Susana.

Seguimos hablando sin parar, hasta que me di cuenta de que ya llevábamos una hora de camino.

—Pero ¿dónde vamos? ¿La fiesta no era en el bar el Troncal?

El silencio me contestó. Pero vi que había miradas cómplices entre ellas.

—*Mmm* ¿Esto no será otra de vuestras fiestas sorpresa? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Ya lo verás… Tú relájate y disfruta —dijo Marta.

—Maaadre mía, qué miedo me dais.

Seguimos el viaje, y no entendía por qué nos estábamos acercando a la playa.

—¿No será una fiesta ibicenca? Me lo podríais haber dicho, para traerme el bikini —recriminé.

De nuevo el silencio fue mi respuesta.

Vi que cuando nos paramos en un semáforo, Marta le hizo unas señas a Nuria, que iba de copiloto en el coche de al lado y Rubén me sacó la lengua al ver mi cara de desconcierto.

Unos minutos después, aparcamos en un descampado desde el que se veía el mar.

—Hala, ya hemos llegado —dijo Paula.

—¿*Eing*? ¿Pero dónde vamos? —repetí.

Cerraron los coches y me dejé llevar hasta una de las mesas de picnic del descampado.

Mi mosqueo máximo llegó cuando Sofía sacó el móvil y empezó a grabar…

Les miré con el ceño fruncido.

—Vale que necesito ideas para las novelas y tal… pero igual ya son demasiadas emociones juntas, ¿no?

Nuria se puso de pie al lado de Sofía.

—A ver, Amy. Llevas un tiempo bastante… digamos… amuermada. Solo hablas de Diego y su pollón… de Diego y su lengua… y de Diego y sus dedos… estamos un poco cansadas ya… y creemos que ha llegado el momento de que tengas una experiencia de verdad que te haga soltar toda esa adrenalina que tienes acumulada.

—¡¿Me vais a traer un puto?! —exclamé, alarmada.

Las veía capaces de eso… sin duda. Soltaron una carcajada tan estridente, que un hombre dio un respingo, casi pisando a su perro, y nos lanzó una mirada entre indignada y asustada antes de apretar el paso.

—Ha llegado el momento de que sepas la verdad. Marta, por favor, procede —continuó Nuria, haciendo caso omiso a mi pregunta.

Marta se levantó y me entregó un papel enrollado con unas cintas.

Miré a todos, desconcertada y poco a poco desenrosqué el papel.

Cuando leí lo que ponía, grité como una loca y empecé a saltar. No me lo podía creer.

—¡¿Salto en paracaídas?! ¡¿De verdad?!

Asintieron con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Gracias! —grité.

Les di a todos un abrazo. No me lo podía creer. Era algo con lo que había soñado en multitud de ocasiones, incluso escribí un libro dedicado al paracaidismo.

—Sí, sí.. pero date prisa, porque se nos va la avioneta —dijo Paula.

—¿Qué? ¿Es hoy?

—¡Es ahora! —gritó Susana.

—¡¿Ahora?! —pregunté, extrañada.

—Sí. El aeródromo está a cinco minutos de aquí y tu turno es a las dos de la tarde. ¡Así que venga… mentalízate de que te tiramos de una avioneta! —explicó Marta.

—¿Y vosotras no os tiráis? —pregunté.

—¿Yoo? Ni loca. Yo me quedo abajo a hacerte fotos —dijo Nuria.

—Jooo. ¡Si tiene que ser muy guay! —dije.

—Bueno… ya nos lo contarás. Pero venga, vamos que no llegamos—dijo Rubén.

Fui saltando todo el camino como si fuera una niña pequeña y diciendo, que me tiro, que me tiro, imitando el sonido de la sirena de las ferias.

—*Ahh,* ahora entiendo por qué me insististeis tanto en que me pusiera de sport —dije cuando se me iluminó la bombilla—. No era porque me fuerais a hacer pruebas de yincana, perras.

Llegamos al aeródromo y Nuria entró en la oficina para gestionar la reserva.

—En el siguiente avión te tiras —anunció.

—¡Yujuuu! —exclamé.

No podía contener la emoción. Me movía de un lado a otro como un resorte, incapaz de quedarme quieta.

Nos sentamos en los bancos frente a la pista, donde varias avionetas esperaban en fila para despegar.

Un monitor se acercó y anunció que saltaría con él. Nos explicó a otro chico y a mí las posturas para la caída y el aterrizaje, y luego nos dirigió hacia la zona de *montaje,* como él la llamó.

Besé a mis amigas y, entre risas, les dije:

—Si me mato, os dejo mis novelas en herencia.

—Exagerada —respondió Marta—. ¡Disfruta!

Sofía, mientras tanto, me hizo mil fotos mientras me colocaban el arnés. Por supuesto, también había insistido en que me grabaran un vídeo extra.

—Listos —dijo Raúl, el instructor, señalando hacia la avioneta.

No sentía nervios, solo felicidad. La idea de tirarme me hacía vibrar. Siempre me había encantado estar en el aire. Un año, Héctor

me regaló un vuelo en túnel de viento por mi cumpleaños, y me flipó. Raúl me dijo que, si ya había probado eso, tenía mucho ganado.

—¿Quieres hacer giros? —preguntó.

—Sí, sí. Todo que se pueda —respondí, emocionada.

Él sonrió por mi entusiasmo y me explicó cómo hacerlos.

El plan era un minuto de caída libre y siete de vuelo con el paracaídas. Saltaríamos desde 4.500 metros, alcanzando 300 km/h durante el descenso. Cada palabra suya me daba más ganas de lanzarme ya.

Subimos a la avioneta, una veterana que parecía sacada de una película bélica, y saludé a los compañeros antes de entrar.

Me coloqué sentada delante de Raúl; yo era la única en tándem, ya que los demás eran expertos que saltaban solos para hacer figuras en el aire.

Durante el ascenso, nos atamos y repasamos las posturas y la posición de "plátano" que debía mantener en la caída. Pensé que lo peor sería estar colgando en el borde de la puerta, pero lo que más me impactó fue ver cómo los otros saltaban y desaparecían en segundos.

Cuando llegó el momento, le pedí a Raúl gritar:

—¡Hasta el infinito y más allá!

Se rio.

—¿Fan de Toy Story?

—Es algo que me decían mi padre y mi abuelo —respondí. Quería rendirles homenaje.

Él accedió y se uniría al grito. Fue un detalle.

A medida que ascendíamos, miré por la ventanilla.

—¿Madre mía, vamos a saltar desde aquí?

Raúl se rio y me mostró su altímetro.

—Todavía estamos a la mitad.

Llegó nuestra hora. Éramos los penúltimos. Me senté en el borde, sin ser consciente de que mis pies ya colgaban en el vacío a 4.500 metros. Y sí, lo recalco tanto, porque me impresionó muchísimo la altura.

—¡Hasta el infinito y más allá! —gritamos.

Y nos lanzamos.

Fue… indescriptible. En el vídeo se me ve con cara de pánico, pero no era miedo. Era respeto. Era pensar: *"Estoy a cuatro kilómetros y medio del suelo, colgando de un tipo que apenas conozco, y nuestras vidas dependen de un trozo de tela."* Pero la libertad lo compensaba todo, el mar turquesa, la tierra bajo nosotros… Era alucinante.

Sin darme cuenta, abrí la boca. Y, claro, se me llenó de aire como a un perrillo sacando la cabeza por la ventanilla del coche, algo de lo que nos reímos como locos después al ver la grabación.

Tras lo que me pareció un suspiro, Raúl abrió el paracaídas. Sentí el tirón, pero fue como balancearme en un columpio. Seguíamos a dos kilómetros de altura, pero iba tranquila.

Fue increíble, pero duró demasiado poco, porque a lo que me quise dar cuenta ya casi estábamos en el suelo.

Aterrizamos como habíamos practicado, levantando las piernas y cayendo de culo. Pero, viniendo desde los cielos, una *culetada* era lo de menos.

Me despedí rápido de Raúl, porque tenía que saltar de nuevo, y me quedé flotando en una nube de adrenalina.

Esperé con el chico que estaba recogiendo el paracaídas y fuimos hacia las mesas donde ya estaban todas como locas gritando y saltando de alegría.

—Diooooooss ¡Ha sido bestial! No me lo creo ¡Gracias! —grité, todavía emocionada—. ¡Otra vez, otra vez!

Me quitaron el arnés y me despedí de los compañeros con los que había saltado. Me contaron que ellos también empezaron como yo, pero se engancharon tanto que ahora repetían casi cada fin de semana. Intercambiamos un saludo propio de ellos y regresé con mis amigas.

Prometieron enviarme los vídeos a lo largo del día. Antes de abandonar el recinto, hablé con una chica que esperaba su turno, paralizada por el miedo. Saltaba como una niña pequeña. Aún con la adrenalina corriendo por mis venas, salimos del aeródromo.

—¿Entonces lo de reservar el bar era mentira? —pregunté.
—Sí y no. No hay local reservado, pero sí un buffet libre de sushi —aclaró Marta.
—¡Sushi! Sois las mejores —exclamé, abrazándolas con fuerza.

Marta odiaba los abrazos, todo lo contrario a Sofía y a mí, las más pegajosas del grupo.

—Paulita, ¿qué te pasa? —noté su actitud inusual.
Era el alma de la fiesta, pero llevaba días apagada.

—Nada, nada… —murmuró con una sonrisa falsa.

Decidí no insistir y seguí a Nuria. Al llegar al restaurante, ya pasadas las tres, los dueños nos permitieron quedarnos pese al horario, comprensivos con nuestro numeroso grupo. Nos asignaron las mesas y nos sentamos.

Empezamos a pedir platos como locos, porque teníamos hambre y todo tenía muy buena pinta, y mientras nos lo traían, Sofía dijo que ya habían subido los videos del salto.

Casi se mean cuando lo reprodujeron porque estuve prácticamente un minuto gritando y diciendo palabrotas.

—Amy… un poquito de por favor, que eres escritora —me chinchó Susana.

—¡A ver lo que dirías tú, cayendo a 300 km por hora, guapa! —le recriminé.

Realmente muy favorecida no salía… porque entre mis pelos y la boca abierta, era todo un cuadro.

Después vimos un video de una chica que se había tirado antes que yo, una influencer y salía perfecta, todo mona ella, haciendo el corazón, mirando a cámara… ¡Venga ya! Es imposible que salgan siempre tan *perfectas.*

Empezaron a sacar la comida y se hizo el silencio en nuestra mesa. Estaba todo riquísimo, y Nuria siguió apuntando los platos que le pedíamos para lanzar el siguiente turno.

Me hinché, literalmente no me cabía ni un solo trozo de arroz en la boca.

Sofía me recordó que si quedaba algo en el plato nos hacían pagarlo, y como buena rancia, nos amenazó con que nos lo metía a la fuerza antes de pagar.

Así, seguí comiendo. Hasta que Carlos pidió que no nos sacaran nada más porque iba a reventar. Quién sabe qué caras estaría poniendo…

Sofía respiró, pero a mí me seguía dando pena tirar la comida y les dije que mi plato no se lo llevaran todavía.

—¿Sabéis que aún faltaban quince platos por sacar? —informó Nuria.

—Madre mía, sois unos bestias —dijo Paula.

—Habla por ti, guapa, que has sido tú quien quería a toda costa el Udon —le recriminó Marta.

Yo ya no podía ni hablar. La risa tonta me invadió, contagió a Susana, que escupió arroz de tanto reír. Rubén le dio un codazo, pero era inútil.

—Esto va en mi libro *La Manzana Gordincha* —dijo él, recordando nuestro chiste interno, lo que desató más carcajadas.

Nos intentamos calmar un poco, porque nos estaba mirando todo el mundo, y cuando ya no podía más y se iban a llevar mi plato, le dije al camarero que las fresas me las comía, que me habían dejado sin postre y soltó una carcajada.

Después cada vez que salía a la sala y me miraba, sonreía.

Nuria, poniendo un poco de seriedad, dijo que era hora de irnos, se estaba haciendo tarde y tenían que ir a por Nachito, así que empezaron a levantarse, pero yo no podía ni con mi alma.

—Si quieres te la dejamos ahí —le dijo Paula al camarero, quien sonrió al verme todavía repanchingada.

—Oye, yo por mí, encantado —dijo, guiñándome un ojo.

Paula, recuperando su esencia, pues había estado todo el día bastante apagada, me dio un codazo.

—Tía, este quiere tema. Pídele el número.

—Sí, mira, estoy yo como para hacer nada ahora mismo —le dije cual foca medio moribunda.

Se marchó en su dirección con una sonrisa en los labios y supe enseguida lo que estaba haciendo cuando sacó el móvil y apuntó algo.

Puse los ojos en blanco y me incorporé poco a poco.

—Venga, anda —me dijo Susana, agarrándome del brazo para ayudarme.

Gracias a su apoyo, logré moverme y alcanzamos al resto que ya habían pagado en la entrada. Salimos del restaurante, y caminamos con lentitud hacia los coches.

—Puff.. no puedo más Susi… —le dije, con mirada cómplice, pues sabía a lo que me refería.

—Dale, mujer, ahora no hay nadie.

Proomm.

Entonces Susana y yo empezamos a reírnos como dos locas, al punto de que se me saltaban las lágrimas.

—¿Qué les pasa? —preguntó Joel, alarmado.

—Que se ha *rilao*[ii]… —contestó Marta con sorna.

Mientras tanto, Susana y yo seguimos riéndonos como locas, y creo que en aquel momento gané al menos diez años de vida.

Me encantaban esas pequeñas cosas junto a mis amigas. Las querré siempre.

El viaje de vuelta fue un show. Al dejarme en casa, les agradecí el día inolvidable y me desplomé en el sofá, agotada por la avalancha emocional. Sin duda, uno de mis mejores cumpleaños.

Me duché a regañadientes y el sueño me venció antes de ponerme el pijama, ignorando los mensajes que empezaban a llegar al móvil.



CAPÍTULO 36

AMY

Julio

Me desperté todavía desorientada y poco a poco fui recordando la bomba de emociones que había vivido el día anterior. Por suerte era domingo y no tenía que hacer nada, porque me sentía como si me hubiera pasado por encima una apisonadora.

Cogí el móvil y casi me asusto al ver la cantidad de mensajes sin leer que tenía.

Me fui poniendo al día. Vi que Sofía había hecho un montaje con los videos del paracaidismo y le había quedado superprofesional. No sé cómo lo hacía, pero tenía un don con las tecnologías. Hasta la

foto más horrible era capaz de transformarla en una maravilla. No llegaba a la altura del video de la *influencer*, pero mi imagen había mejorado con creces.

Al llegar al final de la lista de mensajes, vi uno de un número que no conocía.

Cliqué en la foto de perfil, y reconocí al camarero del restaurante de sushi.

Ya no me acordaba, puñetera Paula…

"Hola, guapa, ¿no querrás más sushi? Invita la casa"

No sabía muy bien qué contestar a eso…

Miré de nuevo la foto de perfil, salía él sin camiseta en la playa. Estaba bueno, la verdad… Aunque no me habría fijado en él de primeras, tenía pinta de ser un poco chulo.

No tenía intención de nada, pero no me gustaba hacer lo que no quería que me hicieran a mí, así que le contesté.

"Me encanta el sushi, pero creo que comí suficiente como para cubrir mi cupo de todo el mes, gracias"

Lo leyó al instante, pero no dijo nada.

Dejé el móvil en la mesilla y fui a la cocina. Eran casi las dos y media, y hacía meses que no dormía tanto del tirón. La verdad es que me sentó fenomenal.

Puse la radio y me lancé con una receta para la Airfryer que había visto. Reconozco que la cocina no es lo mío, aunque a veces, contra todo pronóstico, mis platos quedaban para chuparse los dedos.

Me vine arriba, pero el resultado final me dejó satisfecha y me lo comí mientras veía un capítulo del anime que me recomendó Sofía.

Estaba metida en la serie cuando sonó mi teléfono. No esperaba ninguna llamada porque no habíamos quedado, y me extrañó.

Fui corriendo a la habitación y justo entonces colgaron.

—¡Joe! —exclamé, con rabia.

Lo cogí y era un número que no conocía, pero al ver la foto me di cuenta de que era el chico del restaurante. ¿Para qué me llamaba? Igual se había equivocado.

Abrí el chat.

"¿Me has llamado?"
"Hola, sí, me apetecía charlar contigo", respondió.

Me extrañó, porque ni siquiera sabía ni su nombre. No tenía muchas ganas de hablar, pero estaba un poco aburrida, así que devolví la llamada.

—Hola —saludé.
—¡Hola! ¿Qué tal? Seguro que te resulta extraño, pero tenía ganas de escucharte.
Subí la ceja un tanto escéptica. ¿Ese chico sabía quién era o me estaba confundiendo con algún ligue que tuviera por ahí?
—Ah… Pero si ni siquiera nos conocemos —dije, quizá con más dureza de la que quería.
—Bueno, pues eso lo podemos solucionar pronto. Soy Jota, tengo treinta y tres años. Me encanta nadar, el atletismo, viajar, el mar, leer por la noche, también me gusta salir de fiesta y las chicas guapas, la música pop, la cerveza y el vino, aunque mi top preferido son los gintonics y odio el sushi, pero si una chica como tú me pide que le ayude a acabar con el plato, lo hago.
Solté una carcajada por lo extraño de la situación.
—Vale, encantada. Yo soy Amy, treinta y cinco años recién cumplidos, soy escritora, ermitaña, cada vez me da más asco salir, me encanta la montaña, el vino, la música clásica y soy muy amiga de mis amigas, aunque ahora mismo odie a una de ellas por haberte dado mi número.
Le escuché reír al otro lado del teléfono y algo se activó en mí. Me empezó a llamar la atención.
Seguimos hablando un poco de nosotros y la conversación tomó un tono natural, como si fuera un amigo de toda la vida.
Me gustaba mucho cómo hablaba, tenía un acento un poco particular.
Sin darme cuenta se había hecho de noche. Miré el móvil que estaba ya ardiendo en mi oreja ¡llevábamos hablando dos horas!
—Oye, pero ¿has visto cuánto llevamos en llamada? —le dije.
—Pues se me han pasado como cinco minutos, la verdad —dijo con parsimonia.

Me despedí entre risas, aunque él habría alargado la conversación toda la noche.

Antes de dormir compartí el cotilleo en el grupo de amigas. Todas reaccionaron... excepto Paula. Extraño, siendo la más chismosa. Ni siquiera había leído los mensajes.

Antes de apagar los datos, leí que Jota me había escrito un *parrafón.*

"Oye Amy, espero que hayas estado cómoda hablando conmigo. La verdad es que en cuanto te vi en el restaurante no podía dejar de mirarte. Nunca me había sentido atraído por alguien sin conocerlo. Eres muy guapa, y muy sexy, pero encima hablando contigo me he dado cuenta de que me gustas todavía más.

Espero no asustarte. Ojalá vuelvas pronto por aquí y podamos vernos, me haría mucha ilusión y tengo muchas ganas de verte"

No le contesté. A mí también había gustado hablar con él, pero estaba todavía bastante resentida y me había vuelto muy desconfiada.

Si tanto le gustaba, debería demostrármelo.



CAPÍTULO 37

AMY

Julio

Bebí un sorbo de mi cerveza, perdida en mis pensamientos.

—Chicas, ¿no habéis notado que Paula está un poco rara últimamente? —dijo Nuria, cortando el silencio.

—Sí, la verdad es que lleva un tiempo que no parece ella, ¡ni siquiera contestó a tu salseo! —dijo Marta, mirándome.

—Ya, ni al tuyo con Joel. Ella dice que no le pasa nada, pero no me lo creo —añadí, con preocupación.

—¿Igual está preocupada por algo del trabajo? —dijo Sofía a través del teléfono, porque estaba en Noruega.

Habíamos quedado en nuestra guarida de siempre, pero Paula ni siquiera contestó cuando la llamamos. Había pasado ya más de una semana desde que fuimos al paracaídas y no había dicho ni mu…

—Puede ser… Creo que había dicho que tenía varias ferias, pero siempre que ha estado liada nos ha dicho algo. No sé… Quizá deberíamos hacerle una intervención, como en las pelis americanas, a ver qué le pasa —propuso Marta.

Nos reímos ante su ocurrencia, pero si seguía sin dar señales de vida, iríamos a su casa.

Nos pusimos al día sobre *salseos* varios.

Marta seguía tonteando con Joel, todavía no habían llegado a la cama, porque él tenía miedo de que se asustara pensando que solo buscaba sexo, y quería ir despacio.

Susana y Rubén estaban viviendo un amor de película, al fin. No se despegaban y Susana empezó a llegar tarde a nuestras quedadas porque estaba con él y no quería separarse.

A Nuria se le caía la baba con su pequeño que ya empezaba el cole el próximo año y decía que le daba penita no estar con él. Lo miró con dulzura mientras jugaba entretenido en la mesita de niños que tenía el bar. Era un niño muy bueno y tranquilo.

Nos confesó que estaban buscando el segundo, pero que no conseguía quedarse embarazada. Carlos no estaba porque había empezado a jugar a pádel con los del trabajo, y salía cada dos por tres con los partidos, se había enganchado.

—Si estuviera aquí Paula ya sabes lo que te diría, ¿no? —dije.

—¡Folla más! —gritamos todas al unísono.

Soltamos una carcajada con sabor amargo. Estábamos preocupadas por ella.

Sofía nos contó que los próximos meses se quedaría en la ciudad, porque no tenía más viajes de trabajo, y le apetecía tener un poco de relax.

Al fin y al cabo, en lo que llevábamos de año había estado en casa apenas quince días, por eso decidieron esa fecha para mi tiro en paracaídas.

Por mi parte, les conté que hablaba cada día con Jota. Tras nuestra conversación habíamos empezado un tonteo que nos duraba

toda la noche. Ya habíamos tocado el tema sexual, y lo cierto era que me habían entrado ganas de ir a verle.

Tenía un puntillo interesante, pero algo me decía que no era de fiar. No era la misma sensación que sentía con Diego. A él se le veía un picaflor, pero no mala persona, pero Jota tenía algo que no terminaba de convencerme.

Era como muy intenso, y como si supiera demasiadas cosas de mí que no me acordaba de haberle dicho. Era raro.

—Bueno, si al menos con él se te ha ido un poco de la cabeza el Anaconda… valdrá la pena, ¿no? —dijo Marta.

—Sí… no sé. No se me va del todo, pero entre la terapia y él, lo voy llevando mejor.

—Pues adelante…

Escuché sus consejos y cuando terminamos de desahogarnos, nos despedimos y volvimos a nuestras casas.

Me encantaba quedar con mis amigas, era como una sesión de vitamina que me revitalizaba.



CAPÍTULO 38

AMY

Julio

"Buenos días, preciosa. ¿Cuándo vas a venir a verme?"

Así eran los mensajes de Jota que leía cada día al despertar.

Me insistía con que fuera, o si no vendría él a verme a mí, pero que no aguantaba ni un día más sin verme.

Me desperté un poco tontorrona y tenía ganas de jugar. Así que le mandé una foto de mis piernas para provocarle.

"Uff, no me hagas eso, que ahora estoy fuera"

"Jeje, pues vuelve", le dije picarona.

"O mejor, coge el coche y ven aquí. Te espero en la cama", añadí.

"*No me lo digas dos veces…",* dijo.

"Ven, ven", respondí.

"Uff… mala…"

Para seguir picándole le mandé otra foto atrevida.

"*Te iba a dar yo bien",* escribió.

Me hice otra foto picante.

Entonces él me mandó una en la que se veía el bulto que estaba creciendo bajo sus pantalones.

Solté una carcajada, sintiéndome poderosa.

Saqué el Satisfyer y le envié un audio con el sonido.

"Diooooss, para ya", dijo.

"Si acabo de empezar…", añadí con picardía.

Llevé el aparato hacia mi clítoris y le dejé que hiciera su magia.

"*¿Qué estás haciendo?",* preguntó.

"*Pues lo que tendrías que hacerme tú",* respondí.

"Uff… ¿sabes yo lo que te haría?"

"Dime"

"Primero te acariciaría la espalda, muy despacio, casi tanto que te quemaría. E iría bajando una de mis manos hacia tu culo"

"*Mmm, sigue",* le insté.

"Con la otra mano te tocaría los pechos tan despacio que no podrías aguantar el quitarte la camiseta"

"Mmm"

"Después me llevaría uno de tus pezones a la boca y lo lamería muy despacio… mientras te acaricio. Y te besaría, mordiéndote el labio. Seguiría bajando mi boca por tu cuerpo ya desnudo y entregado para mí, dándote pequeños lametazos, mimando tu piel. Llegaría a tu ombligo y con un dedo recorrería tu monte de Venus."

Aumenté la velocidad del Satisfyer y un calambre eléctrico me atravesó, no aguantaría mucho más sin correrme.

"¿Qué más?", pregunté.

"Bajaría mi boca hasta tu clítoris y lo lamería muy muy despacio, a la vez que te tocaba con la yema de mis dedos, sintiendo como te mojas.

Me abriría paso dentro de tus labios y te metería un dedo sintiendo lo apretada que estás.

Lo movería buscando tu punto de placer mientras seguiría lamiendo tu sexo. Sintiendo tu sabor en mi boca.

Seguiría así hasta que movieras las caderas pidiéndome más penetración. Entonces te metería otro dedo y los empezaría a mover muy fuerte, mientras tú te contraes y me pides más.

Con mi boca seguiría lamiendo cada vez más intensamente hasta que al final no pudieras más y te corrieras a borbotones sobre mi boca"

Y así fue. No sobre su boca, pero me corrí vaciando sobre mis sábanas toda la tensión acumulada.

Dejé el móvil a un lado y me coloqué como si fuera una estrellita de mar, regulando mi respiración. Un minuto después, cuando recuperé fuerzas lo cogí de nuevo.

"Imagino que misión cumplida, jeje", dijo.

"Sí", respondí, todavía en estado post orgasmo.

Me levanté de la cama con energía renovada y me di una ducha, dispuesta a ponerme a escribir. Me había venido la inspiración de golpe.

Si por mensaje era capaz de hacerme eso, no quería ni imaginar lo que podría hacerme en persona.



CAPÍTULO 39

AMY

Agosto

Había pasado otra semana desde que quedamos en nuestro bar, y seguíamos sin saber nada de Paula. Era como si se la hubiese tragado la tierra.

—Creo que deberíamos ir a su casa. Esto ya no es normal —dije con preocupación.

—Ya… Viva está porque lee los mensajes, y el teléfono lo tiene activo. Pero no sé por qué no contesta ni responde a las llamadas.

Decidimos ir a casa de Paula esa misma tarde. No entendíamos si estaba enfadada con nosotras o qué le pasaba.

De nuestro grupo, ella fue la primera en independizarse. Provenía de un pueblo malagueño, y abandonó el hogar familiar al cumplir los dieciocho. Con sus ahorros y un trabajo que le permitió acceder a una hipoteca, logró comprar su propio piso.

Caminamos las cinco por la calle, con una actitud de comando de rescate.

Llegamos a su portal. Sabíamos que debía de estar en casa, porque conocíamos sus horarios de trabajo.

Llamamos al telefonillo y no hubo respuesta. Pero no nos iríamos de allí sin verla. Volvimos a insistir, y nada.

—Espera, Marta, ¿no tenías una llave de su casa de cuando se fue a Méjico para que le cuidaras las plantas? —pregunté, al iluminarse mi bombilla.

—¡Es verdad! Las tengo en casa. Voy a por ellas.

Mientras iba y volvía seguimos intentando que nos abriera. Unos minutos más tarde llegó Marta corriendo con una sonrisa triunfal y la llave en la mano, como si fuera un trofeo.

—Vamos —dijo con seguridad.

Abrió el portal y subimos las escaleras hasta el segundo piso. Marta introdujo la llave en la cerradura y la giró dos veces. Algo extraño, porque Paula nunca cerraba por dentro cuando estaba en casa.

La puerta se abrió y todas nos miramos, intrigadas. En ese momento, me sentí como una detective.

Entramos en silencio, intentando no asustarla, pero fuimos nosotras quienes nos llevamos el susto al descubrir la casa irreconocible.

Ella adoraba la decoración, y había amueblado su casa como si fuera un escaparate de revista con figuritas de madera y cerámica de exquisito gusto, cada detalle cuidado al milímetro. No escatimaba en gastos cuando se trataba de su hogar.

Sin embargo, lo que encontramos fue una casa fantasma. Los muebles habían desaparecido; en el salón solo quedaban un sofá solitario y una televisión apoyada en cajas de cartón, como sacadas de un contenedor.

La mesa negra de madera, de la que tanto había presumido, se había convertido en una mesilla plegable de camping, una sombra mínima de lo que fue.

—¿Qué le ha pasado a esta chica? —susurró Sofia en un tono apenado.

—¿No nos habremos confundido de piso? —preguntó Nuria.

—No… mira, ahí está su foto —señalé el cuadro en la pared donde ella sonreía.

—Joder… —murmuró Susana.

Avanzamos hacia la cocina. Era evidente que no había nadie. A medida que recorríamos las habitaciones, la preocupación crecía. La casa estaba prácticamente vacía.

Incluso en su dormitorio, el elegante cabecero había desaparecido, dejando solo un colchón en el suelo, como un náufrago abandonado.

Por suerte, los armarios eran empotrados, de lo contrario, quizá tampoco habrían sobrevivido.

La cocina y el baño seguían la misma suerte. Los frascos de perfumes caros que solían alinearse con orgullo en la estantería, habían sido sustituidos por botes de colonia barata.

—*Puff*… Vámonos… —les dije, cuando ya habíamos visto suficiente.

Ellas estuvieron de acuerdo, y salimos de casa sin tocar nada que evidenciara nuestra presencia. Cerramos la puerta y salimos a la calle.

No éramos capaces de decir nada. Nos quedamos completamente mudas.

Regresamos a nuestro bar de confianza donde nos pedimos unas cervezas para pasar el mal trago.

—¿Y si volvemos por la noche? —dijo Susana.

—¿Y si llamamos a la policía? Igual le han robado y por eso está así —dijo Nuria.

—Igual se muda y se ha llevado los muebles —dijo Marta.

—A ver… calma, chicas. Todo tendrá una explicación. Es muy raro, pero si ella no nos lo quiere contar igual es por algo, ¿no?

—Ya, bueno, pero no sé. ¿Y si no lo dice por orgullosa? Ya sabemos todas como es —añadí.

Estuvimos debatiendo sobre qué le podría ocurrir y qué podíamos hacer nosotras para ayudarla, pero aquella tarde no llegamos a ninguna conclusión.



CAPÍTULO 40

AMY

Agosto

La tensión sexual entre Jota y yo iba aumentando por minutos. Habíamos establecido una rutina, hablábamos todos los días, y casi siempre terminábamos excitándonos el uno al otro, ya fuera con palabras ardientes o imágenes provocativas. El deseo era un juego constante, un fuego que alimentábamos a diario.

Estaba empezando a ilusionarme un poco. Aunque nos habíamos dejado claro que ninguno de los dos nos queríamos como pareja.

Yo pasaba de las relaciones a distancia, era incapaz, sobre todo si quería mantener mi salud mental.

Pero era cierto que aquel pique y los jueguecitos me gustaban mucho. Apenas recordaba a Diego, y había vuelto a sonreír.

Quería poner freno, pero mi pasión y romanticismo me lo impedían y acabé enchochándome de él. Así que, al final, acepté su invitación para visitarle ese fin de semana.

La semana anterior, había propuesto venir a verme, pero tenía planes con mis amigas, y ellas siempre están por encima de cualquier rollete. Cuando le sugerí postponerlo, rechazó la idea con una excusa barata. Quizá herido en su orgullo.

Como aún no me sentía capaz de conducir tantos kilómetros, consideré viajar en un coche compartido. Era caro, pero él se ofreció a ayudarme con el gasto.

Mis amigas me pidieron que compartiera mi ubicación en tiempo real para estar tranquilas.

Paula leyó mi mensaje, pero ni siquiera a eso contestó. Esperaba que se le pasara pronto lo que fuera, porque la echaba mucho de menos.

Después de todo, si Jota y yo acabábamos casándonos y teniendo hijos, en parte se lo deberíamos a ella.

El viaje transcurrió con tranquilidad. En el coche viajaban dos amigas, en busca de fiesta y desenfreno. El conductor nos contó que hacía ese trayecto cada fin de semana para visitar a su novia.

Observé a las chicas, veinteañeras, quizás, con una mezcla de nostalgia y alivio. Ni por todo el dinero del mundo repetiría aquellas locuras de juventud: dormir en la arena, alimentarme de tortillas precocidas, colarme en campings para ducharme... o esconder alcohol en tarritos entre el escote en los festivales. Suspiré al recordarlo. ¿Cómo había sobrevivido a todo aquello sin terminar en urgencias o entre rejas?

Al llegar, concretamos la recogida de vuelta y deseé buenas fiestas a las chicas. Jota estaba ya esperándome y lo saludé con la mano tras despedirme del chico.

—Hola, preciosa —saludó.

Me acerqué dispuesta a darle dos besos, pero él se lanzó directamente a mi boca.

No me gustó ese arrebato, no éramos pareja, ni siquiera había entre nosotros esa tensión sexual que justificase tanta urgencia. Pero tengo que admitir que besaba muy bien.

Al terminar, me dejó hablar por fin. Le conté que el viaje había sido muy ameno y que tenía muchas ganas de ir a la playa.

No sé por qué, pero me pareció que no le sentó muy bien que quisiera hacer otros planes que no fuera follar, pero yo no había ido solo para eso, y prefería al menos hablar un poco en persona.

Fuimos a su casa a dejar mi mochila y cambiarnos para ir a la playa. Era por la tarde, pero aún quedaban horas de luz.

Le pedí que me pusiera crema en la espalda, mientras aprovechó para sobarme el culo. Me gustaba el tacto de sus manos. Eran pequeñas a diferencia de las de Diego. Fue imposible no acordarme de él en ese momento.

Me separé, porque me estaba sintiendo un poco invadida… Su cercanía, que antes me había electrizado en las llamadas, ahora me ahogaba. Notaba su deseo en el modo en que sus dedos se quedaban demasiado tiempo en mi piel, en la forma en que su respiración se aceleraba sin motivo. Yo también había llegado caliente por nuestros mensajes, pero no quería ser solo una vagina con patas.

El agua estaba fría al principio, pero la necesitaba. Me sumergí hasta que los escalofríos limpiaron el calor incómodo de su mirada. Habría permanecido allí horas.

Él fue a por helados al chiringuito y, cuando el sol comenzó a caer, salimos a la arena.

Me quería quedar a ver la puesta de sol, pero él insistió en que quería volver ya a casa para ducharnos porque había reservado para cenar.

A regañadientes, recogí las cosas y con el pelo todavía mojado y lleno de salitre, volvimos a su casa.

Vivía un poco más lejos del aeródromo, pero a diez minutos caminando del restaurante. Motivo por el que empezó a trabajar allí.

Había vivido muchos años en Madrid y estaba acostumbrado a largas distancias, por tanto, para él aquello era un lujo.

Al llegar a su casa, supuse que nos ducharíamos por turnos, pero apenas llevaba veinte segundos bajo el agua cuando se abrió la puerta del baño.

Me cubrí instintivamente, aunque ya había visto mis fotos. Entró en la ducha y se enjabonó sin prisa, como si fuera lo más normal del mundo.

Yo me quedé inmóvil, me sentí invadida en mi intimidad. Aquello no era complicidad, era un territorio tomado sin permiso.

De todas maneras, no perdí la oportunidad de fijarme en su paquete, aunque estuviera flácida la tenía bastante grande.

Me dio un pico fugaz, húmedo, a medio camino entre lo cariñoso y lo posesivo, y salió diciendo: *"Te espero fuera"*.

Terminé de ponerme la mascarilla del pelo y cuando salí de la ducha me envolví en las toallas que me había dejado en el radiador.

Eran muy *mulliditas,* me recordaron a las que ponían en los hoteles.

Me miré al espejo y me vi demasiado roja. Me escocía la cara y al quitarme la toalla, descubrí que tenía todo el pecho igual.

—¡Mierda, me he quemado! —exclamé.

—¿Qué pasa? —preguntó desde el otro lado de la puerta.

—Que me he quemado —repetí.

Entró y se quedó mirando mi piel enrojecida por partes.

Las piernas y la tripa seguían impolutamente blancas, pero en el pecho y en la cara parecía que me habían teñido con un tomate.

—¿Te escuece? —preguntó.

Me toqué suavemente con los dedos y la piel se volvió blanca, pero no me dolía.

—De momento no, pero creo que me pelaré.

—Eso seguro… Vaya pues sí eres delicada —murmuró.

—Ya te lo he dicho… Soy la hija rebelde de una estirpe de pieles inmaculadas, que se empeña en parecer campesina.

Se quedó mirándome con cara de circunstancias y no dijo nada.

Mientras me aplicaba la crema de aloe vera, que había traído con premeditación, sentí cómo el frescor calmaba no solo las quemaduras, sino también la inquietud que me roía por dentro.

Me puse un vestido blanco ibicenco, ceñido a las caderas, el mismo que llevé la primera vez que Diego me miró como si yo fuera el postre.

Me maquillé con precisión, peiné las ondas salobres de mi cabello, y cuando salí al salón, él se giró con esa mirada que ya conocía demasiado bien.

—Guauuu. ¿Quieres que nos quedemos en casa y pasamos de la cena?

Al decir eso, vino a mi mente el recuerdo de aquella vez que me arreglé a conciencia para ir a casa de Diego, y me folló nada más abrir la puerta. Una punzada de dolor me atravesó. ¿Por qué con él lo sentía todo más fluido?

—Sí, hombre. Después de lo que me ha costado arreglarme y camuflar este rojo cangrejo —protesté.

Soltó una carcajada y se levantó.

Él estaba guapísimo. Llevaba unos pantalones beige y una camisa azul claro con el cuello un poco abierto. Dejando entrever un collar de cuero y sus marcados pectorales.

—Vamos —dijo, mostrándome su perfecta sonrisa.

Salimos del piso y caminé siguiendo sus pasos sin saber dónde nos dirigíamos.

—Está aquí al lado. Tranquila no es sushi, no quiero traerte rodando a casa —dijo, riendo.

Llegamos al restaurante y me encantó. Tenía una decoración como si fuera un bosque mágico. El camarero nos indicó nuestra mesa y nos acomodamos en un pequeño rincón que parecía una casa árbol.

Una chica vestida de duende nos trajo las cartas en unas tablas con textura de corteza. Estaba todo muy bien ambientado. Los cubiertos y los vasos también eran artesanales, tallados en madera.

Dejé que pidiera él, pues me parecía todo buenísimo, y prefería dejarme aconsejar.

—¿Quieres vino? —preguntó.

—Sí, blanco —respondí.

—Vale.

Se notaba que él era camarero pues estaba atento a todo, y tenía el defecto profesional de recoger los platos de comida sobrante y rellenar los vasos cuando se quedaban vacíos.

La comida estaba realmente buena. Empezamos con unos entrantes de la casa que llevaban *cosas* exóticas de las que no recuerdo el nombre. Luego compartimos dos principales y seguimos bebiendo vino hasta que terminamos con dos botellas. Mi ánimo lo empezó a notar y, al parecer, el suyo también pues hablaba mucho más.

Poco a poco empezamos a quedarnos solos, pero antes de marcharnos pedimos dos cócteles que también venían con una decoración súper chula, como si emitieran humo misterioso. Eran muy curiosos y estaban buenísimos.

Cuando el camarero nos indicó el cierre del restaurante, los terminamos de un trago y al levantarme para marcharnos me di cuenta de la cantidad de alcohol que llevaba en mi cuerpo.

Por suerte mis tacones eran anchos, si hubiera llevado los de aguja con los que solía salir me habría caído, fijo.

Me ayudó a bajar la escalerilla de madera que llevaba a la salida del restaurante, donde pagó la cuenta a escondidas mientras yo estaba en el baño.

—Pues te invito a una copa —claudiqué tras discutir porque quería compartir los gastos de la cena.

Después de todo, ya me había pagado parte del viaje.

—Vale, tú invitas y yo te la sirvo, pero en mi casa, porque aquí ya no hay nada a estas horas… —dijo con una sonrisa pícara.

Protesté, pero tenía razón. La zona estaba desierta. Me explicó que era porque todos los garitos de fiesta estaban por el centro y para ir desde allí había que ir en taxi.

Solo con eso me convenció.

Caminamos de vuelta como pudimos hasta su casa. No podía parar de reírme, me entró ese no sé qué tonto y parecía una payasa. Pero a él pareció gustarle.

Cuando llegamos, me fui directa a las escaleras, y me gritó que había ascensor.

—Prefiero ir por aquí —dije agarrada a la barandilla.

Me siguió, sujetándome como si fuera una niña pequeña. Por suerte no vivía muy arriba, si no habría tenido que quitarme los tacones.

Me soltó un momento para abrir la puerta y entré como un elefante en una cacharrería.

Quería ponerme cómoda y quitarme el maquillaje. Me sentía sucia, y me fui corriendo al baño.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sí. Quiero quitarme esto. Ahora salgo.

Empecé a desmaquillarme con gestos lentos, y un suspiro escapó de mis labios al sentir por fin mi piel libre de productos, fresca como el aire nocturno.

Me quité el vestido y me puse una camiseta holgada que me devolvía a mí misma. *Por fin*, pensé. Cuando salí, Jota se me quedó mirando con lascivia.

—Antes estabas guapa, pero ahora estás… *uff.*

Solté una carcajada.

—No me digas que te gusto más con estas pintas que arreglada —dije.

—Me gustas de todas formas —dijo, acercándose a mí para agarrarme de la cintura.

Me atrajo hacia él y me besó.

El alcohol derribó mis últimas inhibiciones, y correspondí al beso sin pensarlo.

Había pasado tanto tiempo sin sexo que casi había olvidado cómo se sentía el roce de otro cuerpo. Un fuego lento me encendió las mejillas. Nuestros labios se apretaron con urgencia y las lenguas se entrelazaron como cómplices, mientras las manos exploraban nuestros cuerpos con avidez.

Ahora sí quería. Era el momento perfecto: sin prisas, sin dudas.

Me gustó. Besaba con destreza, y en su boca encontré un ritmo intenso. De pronto, sus brazos me rodearon la cintura con una facilidad abrumadora, levantándome como si no pesara nada.

Antes de que pudiera reaccionar, el sofá recibió mi cuerpo y él me miró desde arriba, mordiéndose el labio con una lascivia que erizó mi piel.

—Me encantas —dijo.

Me recoloqué, coqueta y le dejé hacer.

Haciendo realidad lo que tantas veces me había narrado en conversación, bajó su boca a mi clítoris y lo lamió con ganas, llevándome al orgasmo en apenas unos minutos.

Aquello fue el botón de activación de mi monstruo sexual.

—*Bufff* estás buenísima. Muchísimo mejor así que por el móvil, ¿no crees? —murmuró.

—Mucho mejor.

Me incorporé de un salto y le obligué a ponerse abajo. Me miró interrogativo mientras me recogía el pelo en una coleta, preparada para bajar mi boca hasta su erecto pene.

Se recolocó para facilitarme el acceso y comencé acariciando su miembro con mis dedos muy despacio. No estaba nada mal, no era como la Anaconda de Diego, pero no estaba mal.

Empecé a lamerle desde los testículos y hacia el tronco, poco a poco y haciéndole sufrir como minutos antes había hecho él conmigo.

Finalmente, me la introduje en la boca y rocé su glande con mis labios. Moviéndolo como si me los pintara. Saqué la punta de la lengua y la humedecí antes de metérmela a la boca.

Mi mano se unió al ritmo, empujando y acariciando en sincronía con cada movimiento de mis labios, como si ambos conspiraran para extraerle cada gemido.

Él me agarró la cabeza, bajándomela para que se la comiera entera y continué hasta que me dijo que estaba a punto. La saqué y dejé que se corriera entre mis tetas.

Se vació, emitiendo un gemido gutural y después echó para atrás la cabeza y dejó caer los brazos para relajarse.

Me incorporé y fui al baño para ducharme. Esa vez, una parte de mí esperaba que viniera conmigo, pero no lo hizo.



CAPÍTULO 41

AMY

Agosto

Tras nuestro desfogue, fuimos a la habitación donde caímos rendidos en la cama. Pero a mitad de noche, me desperté con muchas ganas de sexo y llevé mi mano a su pene, que reaccionó casi al segundo.

No sabía si estaba despierto o no, pero seguí tocándole hasta que se puso muy duro.

Levanté la sábana y me puse a horcajadas sobre él, restregándome por su cuerpo.

—*Mmm* —gruñó, todavía medio dormido.

Me contorneé como una gata en celo y seguí frotándome.

Él levantó las manos y las llevó a mis pechos desnudos. Me tocó con suavidad e hizo círculos en mis pezones, endureciéndolos.

Ante la alerta de sexo, se despertó de inmediato. Alargó la mano hacia la mesilla y sacó un preservativo. Se lo colocó y me frotó el pene por mi vagina, haciendo que se humedeciera todavía más.

Me agarró por las caderas y me coloqué para introducirme su miembro poco a poco.

Gemí. Cuando entró del todo me acoplé y empecé a cabalgar con brío.

—Sí, así —me dijo.

Contraje mi vagina para que sintiera mayor presión.

—Dios, sí, hazlo otra vez —pidió con la boca seca.

Seguí moviéndome mientras él me agarraba el culo, me acariciaba el clítoris y me lamía las tetas, alternativamente.

Estaba a punto de correrme y aumenté el ritmo. Él lo notó y me ayudó a conseguir una mayor penetración. Hasta que no pude aguantar más y me deshice sobre su palpitante polla. Minutos después él hizo lo mismo, vaciándose dentro de mí.

Me coloqué a su lado y suspiré, satisfecha.

Agotada, acabé quedándome dormida espatarrada como una estrella de mar.

***

El coche de vuelta salía antes de comer para evitar el atasco de la operación retorno dominical. Así que, tras levantarme y ducharme, recogí la mochila y fuimos a desayunar a un bar cerca del punto de recogida.

Lo sugirió alegando que no tenía mucho en casa y no le había dado tiempo a comprar. Y era cierto: el piso estaba casi vacío, sin ningún detalle que lo hiciera personal. Me recordó levemente al de Diego, pero llevado al extremo. Al menos él tenía una PlayStation en el salón.

—Me da mucha pena que te vayas —me dijo Jota, dándome un abrazo al salir del bar.

—Y a mí…

—¿Te lo has pasado bien?

Me rechinó un poco la manera en que lo preguntó. Parecía que esperara una valoración del polvo o algo así.

—Sí, mucho. Se me ha hecho corto. ¿Y tú?

—También. Muy bien.

El conductor me mandó un mensaje para avisarme de que estaba llegando y fuimos a la parada del autobús donde habíamos quedado.

—Bueno, guapa. Ten buen viaje de vuelta. Aquí tienes tu casa para cuando quieras. Ya lo sabes.

—Gracias. Ya te avisaré cuando lleguemos.

Me acerqué para darle un beso, pero él fue más rápido y me giró la cara para abrazarme.

¿Acababa de hacerme una cobra?

Me quedé bastante chafada, pero intenté disimularlo. Me monté en el coche, y al arrancar lo busqué con la mirada para despedirme, pero ya no estaba.

Durante el trayecto, el chico estaba bastante triste. Y yo me sentía un poco incómoda con tanto silencio.

Viajábamos solos, las dos amigas habían optado por regresar más tarde, y cada kilómetro que pasaba parecía amplificar el vacío entre nuestros asientos.

—¿Cómo ha ido el finde? —pregunté para romper el hielo.

Entonces empezó a hablar sin parar casi hasta que llegamos.

Llevaba siete años con su novia. Se conocieron en la misma ciudad, pero al año ella se mudó por trabajo e intentaron mantener una relación a distancia.

Al principio era ella quien viajaba, pero acabó acomodándose, y si querían verse, le tocaba a él recorrer dos horas cada fin de semana. Se le notaba destrozado. Nada que ver con ilusión que desprendía a la ida, cuando estaba emocionado por verla.

—La echo de menos —suspiró—. Ahora, volver a casa después de estar con ella es lo peor. Es como si me cayera el mundo encima. Con los días me animo, porque queda menos para verla otra vez... pero los domingos son una tortura. Ya no sé cuánto aguantaré. Estoy dispuesto a dejarlo todo e irme con ella, pero siempre me dice que no. Que tengo un buen trabajo, que no lo tire por la borda...

—¿Tú crees que te quiere? —le pregunté, intentando ser lo menos hiriente posible.

—Sí, sí que me quiere. Al inicio era ella la que tiraba más, ahora simplemente se está dejando llevar tomando la posición más cómoda, pero sí que me quiere.

—Pues entonces, aguanta como puedas y ya verás como al final encontráis una solución.

No parecía muy convencido, y yo tampoco, pero no era quien para meterme en la relación de nadie.

Por lo que a mí tocaba, estaba bastante molesta con el comportamiento de Jota. No entendía por qué se había vuelto tan frío. Quizá estaba todavía algo dormido… No sé.

Al llegar a casa, me despedí del chico y le mandé un mensaje a Jota para avisarle de que ya había llegado. No le llegó, quizá tenía el móvil sin cobertura.

Avisé a las chicas, aunque ya lo sabían porque tenían activa la posición, y quedamos por la tarde para que les contara todos los detalles. Estaban ansiosas de salseo.



CAPÍTULO 42

AMY

Agosto

De nuevo nos encontramos en nuestro cuartel general.

—Venga, confiesa. ¿La tiene tan grande como el Anaconda? —dijo Susana, ante el asombro de todas.

Esa pregunta era típica de Paula, no de ella.

—No. Ni de coña… Es difícil superar eso. Pero no está nada mal, la verdad.

—Bueno a veces, no es el tamaño, sino cómo lo usan —dijo Marta, poniéndose roja.

Estaba segura de que lo decía por Joel y sonreí.

—¿Sabéis algo de Paula? —pregunté.

—Nada... Todo igual. Lee los mensajes, pero no responde —contestó Susana.

—El otro día me pareció ver su coche aparcado cerca de mi oficina —dijo Carlos.

—¿Y eso? ¿Qué hay por allí que le pueda interesar a ella? —preguntó Sofía.

—Pues… que yo sepa nada. Solo el Ayuntamiento y un parque —explicó.

—Qué raro… ¿Qué día fue? —pregunté.

—El sábado. Tuve que ir a coger unos papeles por la mañana.

—Deberíamos hacerle otra visita. ¿Qué pensáis? —dijo Marta.

—Sí… ¿Vamos de vuelta a casa? A esas horas debería estar —propuso Nuria.

Todas estuvimos de acuerdo. Así que nos pusimos al día sobre el fin de semana. Ellas habían quedado para ir a cenar sushi y se acordaron de mí y mis extravagancias.

Soltamos una carcajada recordándolo.

Yo les conté los detalles con Jota, incluyendo ese adiós extraño.

Y hablando de él… Me entró la duda: ¿me habría contestado? Saqué el móvil y abrí nuestro chat. Mi último mensaje seguía ahí, frío y mudo. Nada más. Raro, porque él siempre contestaba, aunque fuera un emoji.

Seguí hablando con mis amigas, no era momento de escribirle.

Cuando se empezaba a hacer tarde, pagamos la cuenta y nos dirigimos a casa de Paula. Esa vez no llevábamos la llave. Llamamos al telefonillo. Nada. El mismo silencio espeso de la vez anterior, como si nadie hubiera vivido allí en años.

—¡Qué coño...! —exclamó Susana.

La llamó por teléfono mientras yo pulsaba el botón otra vez. El pitido del telefonillo sonó como un lamento vacío, ahogado en algún rincón de ese piso que parecía abandonado.

El coche de Paula seguía ahí, aparcado junto a la acera, mientras las luces de la calle se reflejaban en los cristales, como ojos que nos observaran burlones

—¿Quién? —escuchamos finalmente la voz de Paula en el telefonillo.

—*Eeeeeeeh,* joder Paula. Somos nosotras, ¡abre!

La escuchamos bufar y después colgó el telefonillo. Pero no abrió.

Nos miramos incrédulas. ¿Pero qué le pasaba? Volvimos a llamar, insistiendo hasta que respondió.

—Iros, por favor. Ya hablaremos. De verdad es mejor que os vayáis…

—Pero Paula, ¿qué te pasa? ¿Estás enfadada con nosotras? ¿Te hemos hecho algo?

—No, no es eso… de verdad. Iros por favor…

—Joder… —murmuré con rabia.

No queríamos que se cabreara, así que nos fuimos como nos había pedido, sin entender nada.

Al llegar a casa abrí la conversación con Jota. Todavía no me había escrito nada y me extrañó.

Le mandé un mensaje saludándole y lo leyó prácticamente al instante, pero no contestó.

Me quedé bastante a cuadros. ¿Qué le pasaba? Mientras estaba cenando, mi móvil sonó. Era él.

"Ey, hola Amy. ¿Qué tal? ¿Cómo fue el viaje entonces?"

Puse cara de *"¿Este tío es gilipollas?",* pero intenté buscarle alguna explicación lógica. Estaría trabajando y no podía contestar... O se había quedado dormido y estaba todavía medio *zombie*… quién sabe. Por tanto, intenté contestarle normal.

"Bien, un poco triste porque te echaba de menos"

Lo leyó y de nuevo se desconectó unos minutos antes de contestar.

"*Yaaaa, yo también*", dijo junto a varios emoticonos de carita triste.

"Espero que puedas venir pronto otra vez", añadió al no contestarle.

Le dejé en leído y tiré el móvil en la cama. No tenía ganas de hablar con él y fue la primera de las noches desde que habíamos empezado a hablar que no se despidió antes de ir a dormir.

¿Qué narices le pasaba?



CAPÍTULO 43

AMY

Septiembre

Las semanas siguientes a nuestro fin de semana juntos, Jota se transformó en otra persona. Apenas hablábamos y si lo hacíamos siempre tenía que escribirle yo.

No entendía nada. Hasta que me harté y le escribí.

"Oye, ¿se puede saber qué cojones te pasa? Que precisamente tú, quién me prometió que no me utilizaría para el sexo tras todo lo que te conté, me esté haciendo justo lo mismo que todos…"

Lo leyó, y como venía siendo costumbre, me dejó en visto. Lo cual hizo que me hirviera la sangre.

"Eooo, ¿Puedes contestar?"

Empezó a grabar un audio.

"*Ey, Amy, no me pasa nada. Parece que me estés echando la bronca. Está todo bien, yo quiero ser tu amigo. Nos divertimos, y me gustaría volver a verte. No pasa nada, de verdad"*

"*No pasa nada mis cojones. Sabes perfectamente que has cambiado de un día para otro. He intentado justificarlo, pero no me trates de imbécil porque eso sí que no"*, escupí con rabia sobre el teclado.

Lo leyó y volvió a repetirme que no le pasaba nada, que quería ser mi amigo, y básicamente que me estaba inventando todo. Que estaba todo igual.

—Vete a tomar por culo, Jota —grité con rabia tirando el móvil encima de la cama.

No pude evitarlo, y aunque no se merecía ni una sola lágrima, lloré. Lloré de rabia y de impotencia, porque, aunque no debía, me había ilusionado con ese imbécil. Me había vendido bien la moto.

Habíamos hablado tanto… le conté prácticamente todos mis miedos, incluso le hablé de Diego. No esperaba flores y corazones, pero tampoco que me tratará así justo después de conseguir llevarme a la cama.

Me sentí utilizada, vejada incluso. Me dio vergüenza y asco haberme acostado con él.

Cabreada con el mundo me puse a escribir y descargué todo mi enfado sobre el papel, como si fuera mi terapia, y cuando quise darme cuenta había casi anochecido.

La rabia me corroía por dentro. Detestaba que los hombres nos redujeran a simples objetos, a instrumentos para satisfacer sus necesidades sexuales. Sí, también existían mujeres así, lo sabía, pero ese no era mi caso. Y entonces me asaltó el pensamiento: en pleno siglo XXI, seguíamos luchando contra esa losa ancestral que convertía a la mujer en poco más que un vientre con patas.

Necesitaba aire. Necesitaba escapar de mis propios pensamientos.

Mis pasos inconscientes me llevaron hasta el portal de Diego y me dieron ganas de entrar para verle. Necesitaba un abrazo y tras lo ocurrido con Jota, le eché todavía más de menos. Al fin y al cabo, con él había mantenido una relación, quizá no muy duradera, pero sí intensa, principalmente intensa.

Pero me dije a mí misma que no debía. Me mordí el labio y seguí caminando. Si volvíamos a encontrarnos, quería que fuera el universo quien tirara de los hilos, no mi desesperación.

Lo que no sabía era que él estaba a escasos metros, volviendo a casa después de dar vueltas sin rumbo y me vio allí, dudando ante su puerta como un fantasma.

Él también se quedó paralizado, incapaz de pronunciar mi nombre, ambos prisioneros de nuestro propio orgullo y de todo lo no dicho que nos ahogaba.

Seguí caminando hacia el barrio de Paula, arrastrando los pies, pero con determinación. Necesitaba respuestas, necesitaba que por fin me explicara de una vez qué le ocurría.

El aire olía a tormenta de verano, y las farolas parpadeaban como si el mundo entero estuviera a punto de apagarse.

Entonces me fijé en su coche, aparcado más adelante, a unos metros de su portal.

Me acerqué, y el corazón se me heló. No me esperaba ni por asomo lo que pude ver a través de los cristales…



CAPÍTULO 44

DIEGO

Septiembre

Había perdido toda la esperanza de volver a ser feliz con una chica. Tras años sin conocer lo que era el amor y haberlo experimentado con ella me sentía incapaz de volver a estar igual con nadie.

Había conseguido tener algunas amigas con las que quedaba de vez en cuando para "satisfacer necesidades básicas" pero no era como antes de conocerla.

Casi eran ellas las que se aprovechaban de mí. Era yo quien se sentía mal proponiendo quedar a alguien para tener sexo.

Había quedado con Jaime para tomar algo. Hacía mucho que no lo veía, meses. Pero ya me apetecía saber de él, aunque fuera un capullo con las tías y se hubiera puesto muy pesado con que saliéramos de fiesta, era mi amigo.

—Venga tío, vente este finde. Lo pasaremos guay. He hablado con Guille para que nos deje usar la parte de atrás del restaurante y montar allí las mesas y lo que queramos.

—No sé. Sabes que tampoco voy muy bien de pasta. Entre la fisio y el traumatólogo por la rodilla me están dejando *pelao*…

—Por eso tú no te preocupes. Te puedo dejar algo yo y ya me lo devolverás.

—Bueno, te digo algo el viernes, pero no te prometo nada.

Seguimos charlando y vi como no dejaba de escribir algo en su móvil. Lo leía, sonreía y después ponía mala cara.

—¿Con quién hablas tanto, eh, eh? – le dije para picarle como hacía él.

—Nah, con una —dijo sin darle importancia.

—¿No me digas que el picaflor ha encontrado a su abeja reina?

—¿Yo, solo con una? No lo verán tus ojos. Yo no soy como tú con esa. Que parece que no existan más tías en el mundo —me respondió con maldad.

—Ya… ya claro.

Seguimos hablando, pero el móvil continuó sonando y cuando lo desbloqueó para ponerlo en silencio vi algo que me llamó la atención.

Intenté acercarme, pero él se alejó.

—Eh… a ver…

—No —dijo, bloqueando su teléfono.

Estaba seguro de que era la foto de Amy. ¿Qué hacía Jaime hablando con Amy?

Regresé a casa tras divagar sin rumbo. No quería encerrarme solo, necesitaba al menos que me diera un poco el aire.

A escasos metros de mi edificio un espejismo, de los que ya hacía tiempo no tenía, me sorprendió.

Había una chica en el portal. Tenía el pelo más largo y quizá más claro, pero estaba seguro, era ella: Amy.

¿Qué hacía en mi casa? ¿su nuevo novio sería vecino mío?

Rápidamente hice una lista mental de los chicos jóvenes que vivían en mi edificio, pero no me sonaba haber visto ninguno en las reuniones de la comunidad. Quizá fuera algún alquilado.

Ella permaneció unos instantes dubitativa, y yo me quedé completamente petrificado. No sabía qué hacer, si acercarme a ella o analizar sus movimientos.

Si había llegado hasta allí era porque iba a visitar a alguien, no quería que se sintiera incómoda al verme y pensar que la estaba siguiendo, por lo que me quedé inmóvil.

Entonces ella, contra todo pronóstico, dio media vuelta y se marchó. ¿Qué significaba eso?

¿Había ido a mi edificio para verme a mí?



CAPÍTULO 45

AMY

Septiembre

Golpeé el cristal con los nudillos. Paula estaba tumbada en el asiento de detrás del coche tapada con una manta, como si estuviera durmiendo.

Estaba claro que no esperaba que nadie la descubriera, y menos yo. Porque cuando me escuchó, intentó cubrirse, pero era inútil, ya la había visto.

—Paula… Cariño… ¿Qué haces aquí?

Ella sin más remedio, se destapó y abrió la puerta del coche.

Salió y se colgó de mi cuello dándome el abrazo más desesperado que me había dado nadie.

—¿Qué pasa?... —volví a preguntar.

Estaba llorando, no podía apenas hablar y no quería que estuviera en aquellas condiciones. Le propuse subir a su casa, pero negó con la cabeza, y entonces la invité a la mía.

Casi sin hablar cerró el coche y caminamos juntas hasta mi casa, rasgando el silencio de la noche con sus sollozos.

***

Paula estaba destrozada. Nunca la había visto así. Ella era la más fuerte de todas nosotras, la que siempre estaba alegre, la que siempre te sacaba una sonrisa.

Verla así me sorprendió mucho, pero intenté dejarle su tiempo para que empezara a hablar.

Nos sentamos en el sofá con dos vasos de agua y entonces, inspiró y comenzó a contarme.

—Hace unos seis meses conocí a una chica en el trabajo, empezamos a hablar y, por casualidades de la vida, resultó ser muy amiga de mi prima. Alguna vez cuando salíamos después de trabajar, mi prima venía con nosotras y retomamos el contacto. Ya os había hablado un poco de ella. Nos llevábamos muy bien de niñas, pero al crecer nos distanciamos hasta entonces.

Me llamaba casi cada día. Ella es un poco como yo, bastante liberal, no se encapricha de nadie y es muy independiente. Pero un día me pidió un favor extraño. Había conocido a un chico con el que llevaba tiempo hablando, pero se tenía que ir fuera unos días, y quería que yo quedara con él en persona para ver cómo era.

No acabé de entender muy bien el favor, pero ya sabes cómo soy y le dije que sí. Así que, quedamos. El tío estaba como un tren, y empezamos a hablar. Era muy majo, me empezó a gustar. ¿Te acuerdas en la celebración de nuestro cumple que me fui un momento de la discoteca?

—Sí —dije, tras intentar recordarlo.

—Pues me fui con él. Vino a verme y me regaló una pulsera preciosa. Seguimos hablando, y yo le dije a mi prima que era muy

guapo y tal, pero sin más detalles. Ella estaría fuera todavía un par de meses más, así que seguimos quedando. Hasta que un día, ninguno de los dos se pudo contener más y acabamos acostándonos. Al principio fueron solo unos besos tontos, pero la cosa llegó a más y me terminó dando lo mío y lo de mi prima, nunca mejor dicho —añadió, esbozando una sonrisa amarga—. Se lo confesé a ella. Me sentía muy mal por lo que había pasado pero, al fin y al cabo, ellos no estaban saliendo, solo se estaban conociendo y no habían llegado a nada. Pero sentí que debía contárselo. Ella me dijo que no le importaba, que si me gustaba de verdad, aprovechara, porque ella no le quería para una relación. Yo en principio tampoco, sabes que no soy de novios…

—¿Por qué no nos lo contaste? —pregunté, con curiosidad.

—No sé, la verdad es que no lo sé. Creo que me daba vergüenza confesaros que me estaba pillando de aquel chico —murmuró cabizbaja antes de continuar—. La cosa es que al final empezamos a vernos más, el sexo era brutal, con él hacía cosas que no había probado con nadie más. Al final acabó viniendo a mi casa y pasábamos mucho más tiempo juntos. Pero noté que algo no iba bien. Empezó a comportarse raro conmigo, me decía que tenía problemas de dinero, que debía más de cinco mil euros y si no los entregaba le habían amenazado. Entonces descubrí que se dedicaba a traficar con droga. Aquello me espantó, y lo dejamos, pero seguía muy enganchada, Amy… como no lo he estado nunca de nadie. Igual que lo estabas tú con Diego, solo que en mi caso no era algo sano. Le dije que le ayudaría y vendí varios muebles de mi piso, los que más valor tenían, para darle el dinero. A partir de entonces volvió a ser cariñoso conmigo, hasta que se le olvidó. Pasamos de la ilusión y las ganas, a discutir cada dos por tres. Se volvía violento, me insultaba, me decía cómo vestirme… y lo peor, empezó a ponerme los cuernos.

—¿Qué? —pregunté, alarmada.

—Sí… Por eso estaba en el coche. La primera fue mi prima. Un día quedamos los tres cuando ella volvió, porque tenía curiosidad por conocerla. Empezaron a tontear delante de mis narices y yo me fui a dormir. Sabía lo que iba a pasar, pero algo dentro de mí quería

negarlo. Los escuché follar en el salón. Al día siguiente mandé a tomar por culo a mi prima. Le dije que no quería volver a saber nada de ella, y a él le eché de casa.

Al día siguiente me llamó, intentando explicarme lo que le había pasado. Me pidió perdón mil veces, me dijo que solo me quería a mí, que yo era la única, que no tenía donde ir, que estaba metido en problemas, me dio pena, subió a casa y follamos. Y así seguimos, hasta que volvió a ocurrir y entró en una dinámica muy fea. Salía de fiesta, conocía a alguna, se la subía a casa y yo tenía que irme mientras se las tiraba en MI propia casa… Dejé de hablar con mis padres, porque él me tenía absorta y también me alejé de vosotras, y después ya no sabía cómo volver. De verdad… nunca me había arrastrado tanto por nadie. Pero siempre conseguía de alguna manera que volviera.

—Dios mío, Pauli… ¿Por qué no nos lo habías contado? —repetí, asustada.

—Porque no me atrevía. Tenía miedo a que me juzgarais, no sé… ha sido todo demasiado fuerte y ha pasado muy deprisa. Ni siquiera yo misma fui consciente de lo que me estaba pasando.

La abracé con cariño mientras una lágrima caía por su mejilla.

—¿Ahora está en tu casa? —pregunté con delicadeza.

—Sí, había subido con unos amigos y yo no aguantaba más y me fui. No es la primera vez que duermo en el coche. Con tal de no aguantar sus palizas…

—Dios mío, Paula… Tienes que acabar con él. Tienes que sacarlo de tu casa.

—No puedo… —murmuró.

—¿Cómo que no puedes?

—Es mi marido…

—¡¿Qué?! —exclamé.

—Sí… Cuando me dijo los problemas que tenía con los papeles, nos casamos para que no lo deportaran.

Me llevé las manos a la cabeza. De cualquier cosa que podría haberme dicho, eso era lo que menos me esperaba.

Paula, la mujer más independiente que conocía, ¿casada?

—Dios mío, Paula… —murmuré.

Ella no pudo responder y empezó a llorar y así permanecimos juntas toda la noche.



CAPÍTULO 46

AMY

Septiembre

La historia que me contó Paula me dejó muy conmocionada. Ella tenía miedo de contárselo a las chicas, por lo que decidimos esperar un poco.

Se quedaría conmigo el fin de semana y en cuanto volviera a casa tomaría cartas en el asunto.

—Es que el problema es que yo le quiero, Amy. Me tiene enganchada hasta las trancas y es una maravillosa persona, el problema es que cuando se junta con esos amigos suyos se

transforma. No sé si es la testosterona o qué, pero cambia completamente —murmuró.

—Bueno, cariño, una cosa es que le quieras y otra lo que te está haciendo. Tienes que dejarle las cosas claras.

Intenté animarla como pude durante el fin de semana, y me dijo que hablarían al regresar a casa para empezar la rutina.

Me daba mucha pena verla así. Sobre todo, porque ella era una mujer muy fuerte y ningún hombre merecía que derramara ni una lágrima por él.

Al marcharse me quedé muy pensativa, por una parte, esperaba que realmente lo arreglaran porque se notaba que le quería de verdad, pero por la otra… no conocía al chico, pero no me gustaba lo que le estaba haciendo. Ella no se lo merecía.

Me quedé muy chafada y pensé en Jota. Ya no sabía nada de él. Le llamé un par de veces, pero no me lo cogió. Me gustaría haberme desahogado un poco y saber cómo estaba, pero no pensaba ir detrás de nadie. Me dolió, claro que me dolió; pero no podía humillarme más por nadie.

Decidí salir a dar un paseo para airearme. Cuando sin darme cuenta, me vi de nuevo bajo el portal de Diego. Le echaba mucho de menos.

Ya había perdido la cuenta de los intentos fallidos que había hecho por retomar el contacto con él, era como si mi cuerpo me guiara atraída como si fuera un imán.

Ya había pasado medio año desde la última vez que nos vimos. ¿Y si me tragaba el orgullo y lo intentaba?



CAPÍTULO 47

DIEGO

Septiembre

Jaime se estaba poniendo bastante pesado. No me gustaba nada cuando le salía esa vena de baboso. Había unas chicas muy monas en la mesa de al lado con mucho escote.

Era imposible no mirarlo. Yo también las había visto, y ya está. Fin. Pero él empezó a hacerse el *gallito*. Las miraba sin parar, y consiguió llamar la atención de una de ellas.

Casi sin darme cuenta, un minuto después las chicas estaban en nuestra mesa.

Resoplé, porque sabía cómo quería que acabara aquello, pero yo no. Yo había quedado con Jaime porque quería estar con mi amigo, no ligar. Pero él, ya había activado su piloto automático y no le haría cambiar de idea.

Me di asco al recordar a mi yo de antaño, viéndome reflejado en sus actos y sintiendo ahora vergüenza ajena.

Intenté disimular mi malestar, más por las chicas que por mi amigo. Al fin y al cabo, ellas no tenían culpa de nada. Me fijé en cómo poco a poco se iba camelando a una de las dos, y visto desde fuera era bastante patético.

Me reí yo solo porque sabía todos los pasos que iba a dar. Primero se acercaría más a ella, le pasaría el brazo por encima y le hablaría al oído, diciéndole cualquier chorrada que la hiciera reír.

Después, para dejarle con las ganas, se soltaría y con la excusa de ir a pedir algo, me llamaría y las dejaría solas, mirándolas desde la distancia para comprobar si hablaban entre ellas.

Tal cual…

Me dio un poco de pena por la amiga, porque yo no estaba por la labor de tener nada con ella, aunque me dio la impresión de que ella tampoco.

Regresamos a la mesa con las copas y Jaime siguió con su proceso de conquista.

Me acerqué a la amiga porque había bastante tensión en el ambiente.

—¿Sois de por aquí? —pregunté, rompiendo el hielo.

—No. Bueno, yo no, ella está aquí trabajando y yo he venido a verla unos días —contestó, tímida.

—Ah, bueno…

—Ya —respondió, cortante.

Intentó disimular su malestar bailando. Cuando nos giramos, Jaime y su amiga ya se estaban liando.

Me alivió saber que ella no estaba interesada en mí, por lo que le propuse salir fuera para hablar más tranquilos y dejarles intimidad.

—Uf, gracias —dijo ella, aliviada.

—Yo también lo estaba deseando, la verdad —confesé—. ¿Cómo te llamas?

—Kyle. ¿Y tú?

—Yo soy Diego, encantado.

Parecía una chica muy tímida. Me fijé en que no había tocado su copa.

—¿No te gusta?

—No suelo beber, pero me parecía mal decirlo.

Solté una carcajada.

—No pasa nada, mujer.

—Bueno, ya sabes, la mayoría bebe… si no lo haces eres un bicho raro, y yo ya soy bastante "especial".

—¿Por qué dices que eres "especial"? —pregunté con curiosidad.

—Pues mira, porque no me gusta nada salir de fiesta. Yo prefiero viajar, conocer nuevas culturas, me pirra la fotografía y los animales. Sería feliz en un retiro espiritual en una granja escuela, no aquí rodeada de niñatos babosos —explicó.

Sonriendo se disculpó por si me había ofendido por lo de "babosos".

Solté una carcajada de nuevo.

—Tranquila. Jaime sí lo es, es un baboso de manual. Yo antes era así, pero…

Mi voz se fue apagando poco a poco al recordar cómo había cambiado mi vida desde que conocí a Amy.

—¿Qué ocurrió con ella? —me preguntó, dejándome asombrado.

¿Cómo lo había sabido?

—Pufff.. No sé si quieres que te aburra con mis historias… —dije, cabizbajo.

Ella apoyó la copa en la mesa y se acercó a mí.

—Soy psicóloga, entre otras muchas cosas… aunque no hace falta serlo para darse cuenta de cómo estás.

Me quedé muy sorprendido. No me esperaba ni mucho menos que se me notara algo. Siempre había sido muy introvertido, solía callar mis cosas y pensaba que era lo que manifestaba. De hecho, nadie de mi entorno, excepto Jaime, que lo sabía, me había notado nada.

Ella sonrió, triunfal, como quien sabe más de lo que tú quieres que sepa.

Entonces me abrí y le conté todo. Absolutamente todo. No sabía muy bien por qué, pero me di cuenta de que había pasado mucho tiempo cuando Jaime y su amiga salieron del bar, agarrados y con los labios hinchados.

—Nos cierran. ¿Dónde vamos para seguir la fiesta? —dijo la amiga con dificultad.

Se notaba que ya había bebido bastante.

—¿Podemos ir a tu casa? Está aquí al lado y así vosotros dos también podéis seguir con lo vuestro —propuso Jaime, mirándome.

Le hice un gesto de negación. No tenía ganas de llevar a nadie a mi casa. Pero él lo omitió y dio por hecho que haríamos lo que él quería.

Lo odié y le lancé una mirada a Kyle.

Ella entendió lo que quise decir, y me dio una palmada en el hombro.

Resignado caminé junto a Kyle mientras Jaime y su amiga iban dando tumbos, besándose sin parar.

Si el trayecto normal desde el bar a mi casa era de quince minutos, tardamos casi media hora.

Al subir, Jaime y su amiga fueron directos a la habitación de invitados, y Kyle y yo nos quedamos en el salón.

Puse algo de música ambiente para no escuchar los gemidos de la chica.

Si debo ser completamente sincero una parte dentro de mí hacía que estuviera celoso. Llevaba tanto tiempo sin disfrutar del sexo que prácticamente lo había olvidado.

Kyle y yo seguimos charlando. Dejé mi monólogo y ella me dio varios consejos muy importantes. Era una pasada de chica, había estudiado bioquímica y había trabajado en un laboratorio durante muchos años, pero siempre le había gustado la psicología y empezó a estudiar, dejando su trabajo para sacarse el título con la mejor nota de su promoción y montarse su propia clínica.

Nos intercambiamos el número para poder seguir en contacto, ya que me pidió ponerle al día sobre mi historia con Amy. Me insistió en que debía luchar por ella, y que dejara de hacer el tonto con el orgullo porque eso no llevaba a ningún sitio.



CAPÍTULO 48

AMY

Septiembre

Una semana después de conocer la historia de Paula, nos envió un mensaje al grupo. Quería quedar y contarnos todo lo que le había pasado.

Quedamos en vernos en nuestro bar de siempre cuando salieran del trabajo.

Durante esa semana, me centré en mí. Tuve que hacer varias gestiones relacionadas con mi accidente. Estaba harta de todo, pero empezaba a ver la luz. Hablé con mi abogado y ya habían puesto en

marcha todos los trámites, así que, al fin, podía dedicarme de lleno a mi salud física y mental.

Tuve otra sesión con el psicólogo y me animó a continuar por el camino que estaba siguiendo. Le dije cómo me sentía, estaba como anestesiada, no era capaz de experimentar las emociones como antes y me dijo que era un mecanismo de defensa de mi propio cuerpo al haberlo pasado tan mal. Necesitaba tiempo y trabajar en ello para volver a ser yo misma.

Tenía ganas de ver a las chicas, me apetecía que volviéramos a estar todas juntas. Al final, éramos un grupo grande, pero todas formábamos parte de esa familia. Si faltaba una, ya nada era igual.

Llegué la primera al bar y pude elegir mesa, aunque Ermenegildo, el dueño, al que llamábamos "Erme" por abreviar su imposible nombre, siempre nos guardaba la misma cuando nos reuníamos.

—¿Qué tal, Amy? —saludó al verme.

—Bien, tirando —respondí con media sonrisa.

—Hacía mucho que no te veía por aquí. ¿Cómo te va con ese grandullón?

Erme había estado fuera, ayudando a su hermana con un restaurante en su pueblo, y no lo había visto desde que empecé a salir con Diego. Siempre sospechamos que estaba al tanto de todos nuestros cotilleos. Incluso bromeábamos con que tenía un agujero en la pared junto a nuestra mesa para espiarnos, porque era imposible que supiera tanto.

—*Emm* bueno, hace mucho que no sé nada de él —confesé.

El hombrecillo, con su pelo revuelto a lo Einstein, se sorprendió elevando sus cejas de leñador.

—Oh, hija. Si la culpa es suya, es un gilipollas que no te merece. Y si la decisión fue tuya, pues mejor todavía —dijo, encogiéndose de hombros—. No te convenía.

Solté una carcajada por sus ocurrencias.

—¡Papá, deja de chismorrear y ven a ayudarme! —lo llamó su hija desde la barra.

El hombre puso los ojos en blanco y, guiñándome el ojo, se fue arrastrando los pies.

Minutos después, empezaron a llegar las chicas. La primera fue Sofía, radiante y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Uh, ¿qué tienes que contar? —le pregunté, directa al grano.

—Nada, nada. Hoy quedamos por Paula, lo mío puede esperar.

—Bueno, seguro que es salseo —le dije, subiendo las cejas.

Ella asintió con picardía.

Después llegó Nuria con el niño. De nuevo Carlos estaba con los compañeros jugando a pádel. Seguro que él también agradecía poder quedar con alguien que no fueran las locas amigas de su mujer.

Tras ella llegaron Marta y Susana, y por último llegó Paula.

Estaba muchísimo más delgada, pero tenía mejor cara que la última vez que la vi. Todas nos levantamos para darle un abrazo grupal y ella no pudo contener las lágrimas.

—Mi vida… pero ¿qué te ha pasado? —preguntó Nuria, con la voz quebrada al verla tan frágil.

Paula hizo un gesto para que nos sentáramos y tras pedir nuestra comanda, respiró hondo.

—Chicas… lo primero de todo, gracias. Gracias por vuestra paciencia conmigo… Sé que estabais preocupadas, y yo habría hecho lo mismo por cualquiera de vosotras. Lo que voy a contaros es duro, y no os había dicho nada porque no podía... pero ahora estoy lista.

Narró la horrible historia que había estado viviendo. Yo les expliqué cómo la encontré aquel día en el coche, y cómo me hizo jurar que no diría nada. Nosotras le confesamos nuestra intrusión en su casa con las llaves de Nuria, pero en lugar de enfadarse, nos sorprendió.

—Si alguna hubiera hecho lo que yo hice, habría echado la puerta abajo —dijo con una sonrisa triste.

Las caras de las chicas reflejaban el mismo shock que yo había sentido. Era algo que ninguna podía siquiera imaginar.

Cuando terminó nos dijo que había hablado con él, que se habían dado un tiempo y lo había entendido. Seguían casados, pero ella le pidió que se marchara de casa. Necesitaba tiempo para estar sola y poner orden en su vida.

—Lleva una semana mejor —nos contó, jugueteando con su copa —. Hablamos cada día, y parece que las cosas van encajando. Ojalá todo se solucione para poder presentároslo algún día... al hombre de verdad, no al monstruo en que se convirtió.

Todas nos alegramos por ella. Al menos según lo que contaba, parecía estar mejorando.

—Bueno, Sofi… cuenta —la insté, ya que tras saber que Paula estaba mejor, volvió a sonreír.

No dejaba de mirar el móvil, algo rarísimo en ella.

—Pues... —arrastró la palabra mientras seleccionaba una foto y nos la mostraba—. Me he enamorado, chicas.

—¡¿QUÉEEE?! —gritó Marta, casi tirando su copa.

En la pantalla aparecía un chico rubio, piel de porcelana con pecas, y unos ojos azules que parecían de Photoshop.

—¿Sofía la trotamundos, echando raíces? Esto hay que grabarlo —bromeó Nuria, haciendo el gesto de sacar un móvil imaginario, como siempre hacía Sofía.

—Pues… sí. Bueno, estamos conociéndonos, pero me gusta mucho… yo creo que este sí, este es el definitivo —respondió Sofía, mordisqueando el borde de su vaso.

—Dios mío, pronto seré la única soltera del grupo —me quejé, abanicándome dramáticamente—. La escritora amargada con tres gatos y una colección de tazas de «Mejor soltera que mal acompañada».

Soltaron una carcajada por mis ocurrencias, aunque mi comentario escondía una pizca de verdad. Nuria con Carlos, Marta con Joel, Susana con Rubén, Paula reconciliándose... y ahora Sofía. Si al menos Diego...

Sacudí la cabeza para alejar al Anaconda de mis pensamientos, pero ya era tarde, ellas ya supieron lo que estaba pensando.

—El indicado llegará, Amy… —dijo Nuria, apretándome la mano con esa ternura de hermana mayor que siempre tenía.

Me encogí de hombros y escuché con atención la historia de Sofía.

—Llevaba meses queriendo mejorar mi francés. Después del viaje a París, me di cuenta de lo oxidada que estaba. Instagram empezó a

recomendarme cuentas de profesores... y ahí apareció él. No pude resistirme a escribirle. Se obsesionó con mis videos de viajes, empezamos a hablar... y hablar... Me daba clases (aunque él habla español perfectamente). ¿Y sabéis dónde vive?

—Venga, suéltalo ya —dije, impaciente.

—A quince minutos de mi piso.

—¡No jodas! ¿Y qué hace un francés influencer aquí? —preguntó Paula, recostándose en la silla.

—Pues... practicar español y conocerme a mí —respondió Sofía con un guiño que nos hizo reír a todas.

Nunca la había visto tan ilusionada. Su entusiasmo era contagioso, aunque en mi pecho anidaba un pequeño temor: ¿y si poco a poco todas estas parejas las alejaban de mí? Seguimos charlando hasta que el bar cerró, pero esa inquietud me acompañó de vuelta a casa.



CAPÍTULO 49

AMY

Septiembre

Sin darme cuenta ya estábamos a finales de verano. En esa época en la que los días empiezan a ser más cortos, pero en los que todavía se respira ese ambiente veraniego. Las noches todavía cálidas y las mañanas más frescas.

La gente que luce sus bronceados de la playa, y la nueva época de bodas. Tenía Instagram lleno de fotos de gente feliz de fiesta y videos de los novios en su viaje en las maldivas.

No había planeado casarme, no era algo que me preocupara en exceso, pero desde que empecé a ver que todos los de mi círculo empezaban a hacerlo, me lo replanteé, imaginándome incluso mi propia boda. ¿A quién invitaría?

Perdida en mis pensamientos me puse a escribir. Estaba alcanzando un buen ritmo con la novela, aunque seguro que cuando la leyera no me gustaba, como me estaba pasando últimamente, me había vuelto demasiado perfeccionista.

Mi móvil sonó. Eran las chicas.

"Amy, esta noche ponte guapa que tienes una cita" , escribió Marta.

"¿Eh?", pregunté.

Me pidieron que estuviera preparada y guapa a las nueve de la noche, y que no hiciera más preguntas.

Sonreí, aunque un poco preocupada, porque a saber lo que me tenían preparado.

Seguí escribiendo y cuando se acercó la hora, me empecé a preparar. Llevaba tanto tiempo sin salir que sentía que no tenía nada que ponerme.

Pero al final, rescaté del armario un vestido rosa pastel que me encantaba, uno de mis favoritos, pero hacía una eternidad que no me lo probaba. Hice cálculos, más de diez años. Era increíble lo bien que aguantaba la tela; parecía que lo había comprado ayer.

Me maquillé y al terminar me miré al espejo. Me vi guapa. Hacía mucho que no me sentía así, y algo en mi interior me dijo que debía dejarme llevar y no estar siempre con el freno echado.

A las nueve en punto, sonó el telefonillo. Me habían avisado de que pasarían a buscarme, así que contesté, cogí el bolso y bajé. Allí estaban, esperándome con una sonrisa pícara.

Me extrañó un poco que fuera todo tan precipitado, *¿qué se traían entre manos?*

Me vendaron los ojos y me obligaron a avanzar a tientas.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—Ya lo verás…

—Qué miedo me dais… ¿Otro salto en paracaídas?

Escuché una carcajada, pero no me contestaron.

Avanzamos unos minutos hasta entrar en un local lleno de bullicio.

Me quitaron la venda de un tirón y, ante mis ojos, apareció un restaurante de ambiente cálido y seductor.

—¡Tachan! —dijo Sofía.

Mis ojos se habituaron poco a poco a la luz y los vi. A su lado estaba el chico que nos enseñó en la foto, el francés, y junto a Paula el que supuse sería su marido, qué raro se me hacía decir eso.

—¿Y esto? —pregunté, mirando a todas sin entender nada.

—Esto es para que no te sientas sola —explicó Nuria.

No lo entendí, pero Marta me lo explicó. Habían ido todas con sus parejas, pero estábamos en un restaurante de citas a ciegas en el que se cenaba con los ojos vendados y en silencio. Únicamente se permitía la comunicación mediante el tacto. Cada uno cenaría con su acompañante y a los solteros como yo nos asignarían a alguien con gustos afines.

Levanté la ceja, escéptica… Estaba todavía decidiendo si era buena o mala idea, pero apliqué las palabras de la psicóloga y decidí pasármelo bien y disfrutar de la experiencia.

Tras hacer unas breves presentaciones con los nuevos chicos, Jean, el "novio de Sofía" y Pedro, el marido de Paula; un camarero nos guio hasta la sala donde estaban las mesas.

Estaban separadas por unas pantallas, por lo que no había interferencia con las parejas de al lado.

Al salir, la idea era ir a tomar algo todos juntos. Nos separamos y las chicas me dedicaron una mirada curiosa, dándome suerte. El camarero se acercó entonces con la venda en la mano. La ajustó con cuidado, asegurándose de que no se moviera, y me guio hasta la silla con esa mezcla de profesionalidad y discreción que solo tienen los mejores. Por un instante, todo fue oscuridad... y posibilidades.

—Queríamos recordarle que durante su cena no pueden hablar, sólo tocarse. El juego está pensando para intensificar los sentidos del gusto, del olfato y del tacto. Deben estar en silencio. ¿De acuerdo? En unos minutos llegará su acompañante —me explicó.

Asentí con la cabeza, aunque no vi si seguía allí todavía. Permanecí inquieta sin saber lo que me esperaba.

Pocos segundos después noté unos pasos que se acercaban a la mesa. Sonreí involuntariamente, y entonces sentí el perfume de mi acompañante que me resultaba dolorosamente familiar.

—La cena da comienzo, pueden tocarse las manos como saludo y en unos minutos empezaremos a traerles los platos.

Él extendió la mano buscando la mía hasta encontrarla. Me habría gustado hablar, pero debíamos seguir las reglas. Nos palpamos con las yemas de los dedos, analizándonos.

Tenía las manos grandes, algo ásperas, pero a la vez muy suaves. Dedos largos y las uñas cortas. Estaban calientes y algo se activó en mi interior, haciendo volar mi imaginación. ¿Qué haría aquel hombre con esas manos?

Reconstruí su silueta a ciegas: hombros anchos, por cómo colocaba las manos sobre las mías, alto, por la distancia a la que sentía su respiración. Tenía ganas de explorar más, de tocar su rostro, su pelo... Pero el camarero irrumpió con los entrantes.

Comer sin ver era todo un reto que hacía imposible no reír, pues era difícil atinar en la boca con la comida. No quería ni pensar en cómo me estaría poniendo la cara.

Pero a su vez, era un juego de sensaciones extremas y cada bocado era una explosión de sabores, que normalmente habría pasado por alto. Los sonidos que él emitía al probar la comida eran casi indecentes.

No supe si fue el vino, la oscuridad o ese desconocido, pero el calor me subía por el cuello. Algo se removía dentro de mí, algo que llevaba años enterrado... desde la última vez que estuve con Diego.

El camarero nos explicó los platos principales, que estaban casi tan buenos o más que los entrantes. Cuando terminé, tenía ganas de ir al baño. Avisé en la mesa como habían indicado los camareros, y un segundo después uno de ellos me agarró por el brazo para guiarme hasta el servicio.

Allí me quité la venda, agradeciendo por fin ver. Estaba bien eso de "anular" temporalmente los sentidos, pero no podía ni

imaginarme lo que debía ser perderlos para siempre o ni siquiera haber podido disfrutar de ellos.

Cuando terminé, me miré al espejo y por instinto me atusé el pelo, aunque mi acompañante no me fuera a ver.

Me refresqué el cuello con agua fría para calmar mis ganas, estaba realmente demasiado alterada. ¿Qué me pasaba?

Cuando estuve lista volví a ponerme la venda y avisé al camarero al salir al pasillo para que me acompañara hasta la mesa.

Estaba todo en silencio, excepto el tintineo de los cubiertos contra los platos y algunos vasos. Era curioso el restaurante.

Al llegar de nuevo a mi mesa volví a sentir esa sensación extraña que me había despertado. ¿Qué tendría aquel chico que me excitaba tanto?

Tras traer el postre, helado de vainilla salado con piezas de caramelo frito, que estaba buenísimo, el camarero nos explicó el siguiente paso: Nos moverían a una especie de privè donde nos servirían unas copas.

Aun allí deberíamos seguir manteniendo la venda y el silencio, pero la diferencia era que tendríamos más espacio para poder conocernos con el tacto.

Algo en mi interior se revolvió, porque tenía muchísimas ganas de descubrir más de mi misterioso acompañante.

Me pregunté cómo lo estarían pasando las chicas. Supuse que en su caso sería diferente, ya que ellas ya sabían con quién estaban cenando. Pero para mí tenía ese plus de misterio al desconocerlo.

Me levanté, un poco mareada por el vino y caminé agarrada por el brazo del camarero. Mi acompañante iba a nuestro lado. Entonces confirmé que era bastante grande, pues se notaban sus pisadas fuertes y decididas.

Llegamos a la sala y el camarero nos colocó uno frente a otro, anunciando su regreso con las bebidas.

La tensión era palpable. Me acerqué al cuerpo de aquel desconocido del que emanaba un calor que me invadió, revolviendo todo mi ser y poniendo patas arriba todos mis pensamientos.

Nos fundimos en un abrazo extremadamente cálido y familiar. El chico olía muy bien y disfruté de su aroma durante el acercamiento.

En aquel momento sólo existíamos aquel desconocido y yo. De mi mente se fueron todos los malos ratos, los lloros, las noches sin dormir, la nostalgia de Diego, el mal trago que me hizo pasar Jota, y las malas sensaciones que había tenido durante el último periodo.

Sentí que su corazón se aceleraba y apoyé mi cabeza en su pecho. Me sacaba al menos una cabeza. Él me acarició con demasiada familiaridad, y llevó su mano hacia mi mejilla. Estaba segura de que iba a besarme cuando nos interrumpió el camarero.

En aquel inoportuno instante en el que ya no me importaba el juego del restaurante. Lo único que quería era estar lo más cerca posible de aquel chico.

Nos separamos con desgana para recoger los vasos que nos entregó. El cóctel estaba bueno y refrescante y lo vacié casi de un trago.

Él hizo lo mismo y de nuevo regresamos a la posición inicial. Mi deseo por besarle aumentó y me puse de puntillas para alcanzar su boca. Al no poder decir nada ni ver, era más complicado acertar a la primera, pero fue como si nuestros labios ya conocieran el camino.

Nos fundimos en un dulce beso. Tierno, a la vez que deseado. Sus labios carnosos invitaban a ser mordidos y devorados.

Nuestras lenguas se colaron, explorando la boca del otro, y entonces algo dentro de mí se iluminó… Era demasiado familiar, era demasiado perfecto… No podía ser…

Siendo consciente de que incumplía las normas del juego. Me aparté, y decidida, me bajé la venda.

No podía ser…



CAPÍTULO 50

AMY

Septiembre

Él también la bajó, pero al contrario que me había ocurrido a mí, sonrió.

—Venga ya… ¿Diego? —pregunté.

—Hola, Amy. Qué casualidad —dijo.

—¿Casualidad?¡Mis narices! —exclamé.

Estaba enfadada, y a la vez, su sola presencia me provocaba esa paz tan característica.

¿Habían sido las chicas las que organizaron aquella encerrona?

Hice ademán de salir de la sala, pero él me agarró por la muñeca.

—Espera, no te vayas.

—Las voy a matar —dije, ya convencida de que ellas habían sido las causantes de todo.

Dentro de mi ser, algo me decía que, a pesar de todo, mi propio cuerpo, sin ser consciente de que era él, se había dejado llevar por lo que le hacía sentir su presencia, pero estaba cabreada.

De repente, como un jarro de agua fría me vinieron a la mente todos los recuerdos malos, todo lo que había sufrido, su bloqueo, su pasotismo y su ausencia durante tanto tiempo.

—No sabía que eras tú —murmuré.

—¿Si lo hubieras sabido, habrías venido?

Me quedé en silencio. No sabía qué responder, pero finalmente me pudo la rabia.

—¿Para que vuelvas a desaparecer después de follarme? No, gracias.

Él suspiró. Se le veía apurado. Lo cierto era que estaba muy guapo. Muy, muy guapo. Mucho más delgado, eso sí, y quizá con unas ojeras que antes eran inexistentes bajo sus ojos. Esos ojos que antes destellaban con picardía y ahora emitían un brillo distinto, más profundo, más intenso, más maduro.

—Lo siento Amy, de verdad. Fui un imbécil. Intenté contactarte, pero no pude. No te he olvidado. No he podido dejar de pensar en ti.

Me detuve en seco, debatiéndome entre creerle o no.

—Lo siento, en serio. No sé lo que me hiciste. Nunca había sentido esto por nadie y me acojoné. La cagué, lo sé… Pero vi a Paula, por la calle. La reconocí por las fotos y ella a mí también. Casi me mata, por cierto, pero le pregunté por ti y tras mucho hablar, me entendió y se nos ocurrió esto. Estaba seguro de que si no sabías que era yo tu acompañante, nuestros cuerpos se reconocerían…. Nuestra química es mucho más fuerte que cualquier distancia, o el paso del tiempo. Sé que lo nuestro es algo especial, y me parece que no me equivocaba.

Y sí, así fue. Aunque me sentía engañada, supe que Paula lo había pasado muy mal, y que hubiera sido precisamente ella quien había organizado aquello me hizo cambiar de idea y me ablandé.

—Yo también te he echado de menos, Diego. Me costó mucho levantar cabeza. No entendí por qué desapareciste, y eso me dejó una herida que, para colmo, se volvió a abrir después. Llegué a pensar que era culpa mía espantar a la gente, pero con mucho trabajo y ayuda psicológica he comprendido que no es así. Que yo siempre he sido la que persigue, la que insiste, pero si ahora no tengo respuesta, se acabó. No merezco sufrir por alguien que ni siquiera se molesta en contestarme —confesé, sintiendo por fin el orgullo brotarme por dentro.

Él asintió con la cabeza.

—Me alegro escucharte decir eso. No, no mereces sufrir por nadie. Amy, eres la mujer más increíble que he conocido nunca y me gustaría, siempre si tú quieres, retomar nuestra relación.

Me quedé callada durante unos instantes, a pesar de conocer la respuesta a su proposición. Le miré a los ojos. Estaba cambiado… Había pasado casi un año desde la última vez que nos vimos en su casa. Me daba miedo volver a intentarlo, pero al fin y al cabo, a quién pretendía engañar. Quería volver con él. Me alegraba saber que él tenía las cosas claras. Me sentía fuerte y decidida para construir una relación sana esta vez, y si no salía bien, al menos no me quedaría con la espinita clavada por la incertidumbre.

Como respuesta me lancé a sus brazos y le besé. Mis labios junto a los suyos sellaron aquella promesa implícita.

Sabía que nos habíamos saltado las normas, quitándonos las vendas, pero lo habíamos disfrutado, y a mí me había servido para darme cuenta de lo que Diego era capaz de provocar en mi cuerpo sin saber que era él.

Nos miramos con complicidad. Ambos sabíamos lo que queríamos. Entramos en el baño como dos adolescentes.

Estaba que me subía por las paredes. No sabía por qué estaba tan excitada, pero era algo incontrolable.

Me lancé a su cuello y le besé. Él me aceptó con gusto, abriendo sus labios carnosos, dejando que mi lengua se hiciera paso entre

ellos. Era como volver a casa, sentirnos conectados de aquella manera me hizo volver a sentir viva, como hacía tanto tiempo que no estaba. Sentí los latidos de mi corazón cada vez más rápido. Quería tocarle, me faltaba su contacto. Le acaricié los musculados hombros por encima de la camiseta mientras no dejaba de besarle con pasión.

Mis manos se llenaron con sus marcados bíceps y sentí cómo su piel se erizaba ante mi contacto.

Bajé más las manos, hasta la parte inferior de su camiseta y palpé sus marcados abdominales. Pude sentir cómo mi vagina se empapaba solo con ese suave roce con su cuerpo.

Emitió un gemido masculino y entró en acción. Activó sus músculos y me agarró por la cintura para girarme.

Nos vi reflejados en el espejo, él detrás, mirando mi culo con deseo y agarrándome con sus fuertes manos. Me giré de repente y me subí encima del lavabo, dejando las piernas abiertas y atrayéndolo hacía mí con ellas.

Él se acopló dejándome notar su ya erecto pene. Le abracé y nos fundimos de nuevo en un apasionado beso. Él con sus manos me acarició la espalda y poco a poco fue abriéndose paso hasta mis pechos. Los apretó emitiendo de nuevo ese gruñido masculino.

Nuestro deseo era cada vez más intenso y sin aguantar más, me bajó del lavabo como si fuera una muñeca, me giró y, con mi ayuda, me bajó las medias y las braguitas, dejándome completamente expuesta a él.

Se agachó con esfuerzo, pues casi no cabía en aquel recinto tan pequeño, y llevó su boca a mi vagina. La lamió, haciéndome vibrar. Quería más, como si me hubiera escuchado introdujo un dedo dentro de mí y lo movió con pericia.

Sentí como mis pezones se endurecieron a través del vestido. Quería quitármelo, pero él me detuvo.

—No, déjatelo. Quiero follarte así —dijo con voz ronca.

Movió su dedo, aumentando las ganas de que me penetrara fuerte como él sabía.

Estuve a punto de correrme solo con ese tacto, y él al verlo, se incorporó, soltó el botón de los pantalones y sacó de sus calzoncillos

la tan anhelada Anaconda.

No pude evitar soltar un suspiro. No la recordaba tan enorme. La acaricié con cariño y él me miró con picardía.

Con la mano me apretó en la espalda y me obligó a arquearme levantándome la falda del vestido y colocándose detrás la dirigió hacia mi apertura.

Poco a poco, casi tanto que dolía, la fue introduciendo dentro de mi cuerpo, que la abrazó con ansia. Gemí, no podía evitar sentir ese placer intenso cada vez que nuestros cuerpos se acoplaban. Era como si nos hubieran separado al nacer.

Entonces él empezó a moverse, con empujones rítmicos que hacían que mis pechos se bambolearan. Me miré en el espejo, y me encantó nuestro baile sexual y salvaje.

Siguió follándome con ganas hasta que no aguanté más y me corrí, me temblaron las piernas, pero él no se detuvo. Seguía muy caliente.

Ahogando un suspiro y decidida a lo que quería hacer, saqué su polla de mi vagina y la dirigí hacia mi ano. Quería que me follara el culo, que lo hiciera por todos los agujeros de mi cuerpo. Quería sentirle dentro.

Él sonrió, con una expresión interrogante.

—¿Segura? —preguntó con voz ronca.

—Sí —respondí, firme.

Él empezó a empujar con dulzura y cariño, para introducirla poco a poco. Me arqueé. La presión que sentía era mucho mayor, pero me gustó, y a él también.

Cuando mi cuerpo se adaptó a la Anaconda, empezó a moverse con brío.

El ritmo aumentó y noté como su polla palpitaba dentro de mí. Me tocó el clítoris e introdujo un dedo en mi vagina, acompañando los movimientos de sus empujones hasta que no aguanté más y exploté corriéndome sobre su mano, sintiéndome plena y sin cortarme en gemir en voz alta, sin importarme que nos escucharan desde fuera del baño.

Él siguió empujando y de repente la sacó.

—Me corro… no aguanto más.

Entonces me giré y le obligué a metérmela en la boca. La chupé y segundos después él se vació a borbotones. En cuclillas, mirándole a los ojos y con su polla en mi boca tragué, sin asco, sin escrúpulo, solo disfrutando y haciéndole disfrutar.

Él apoyó la mano en el espejo para sujetarse y regular su respiración. Me incorporé y tras recolocarme, le abracé y le besé.

Le había echado mucho de menos, y no me equivocaba en lo que sentía cuando estábamos juntos. Él respondió a mi beso, todavía con la respiración acelerada por el esfuerzo.

Ninguno de los dos dijo nada, pero no hizo falta, pues sobraban las palabras. Con la mirada lo dijimos todo.



CAPÍTULO 51

DIEGO

Septiembre

Increíble, impresionante… indescriptible.

No tenía palabras para definir lo que ocurrió aquella noche entre Amy y yo.

La tarde que me encontré a su amiga estaba desesperado. Fue todo un cúmulo de circunstancias que me llevaron a actuar sin pensar. Al principio ella se limitó a mirarme mal, como si me odiara, pero al contarle todo lo que sentía por Amy, algo pareció cambiar en su interior.

Seguí los consejos de Kyle y expresé sin pudor mis emociones. Paula me comprendió y nos intercambiamos el teléfono. Me sentí francamente mal por hablar con su amiga a escondidas, era como si la estuviera traicionando, pero no sabía qué más podía hacer.

Sabía que cuando se lo dijera no le gustaría, pero después de lo que había ocurrido en la cena, confirmé que ella todavía me quería.

Todas esas veces que me había encontrado con ella eran señales de que todavía me buscaba. No me había olvidado.

La echaba muchísimo de menos, y lo más raro era que el tiempo había pasado rápido y lento a la vez.

Cuando nos besamos fue como si no hubiera pasado, pero en realidad habíamos estado casi un año sin vernos, a excepción de ese tipo de encuentros extraños.

Al estar con ella era como si algo muy dentro de mí se volviera a activar. Volvía a ser yo mismo, volvía a sentir esa esencia que creía haber perdido. Inevitablemente me acordé de la conversación que tuve con Kyle, no la había olvidado, sino que había intentado ocultar todo lo que sentía por ella.

Entonces llegaba la gran pregunta: ¿Y ahora qué?

Me quedé bastante desorientado, pues no sabía lo que iba a pasar, y la incertidumbre me estaba matando.

Permanecí unos minutos mirándola mientras dormía en mi cama. Era preciosa… Si hacía tres años me decían que yo iba a estar mirando a una chica dormir… habría dicho que me estaban tomando el pelo.

Jamás había sentido por nadie lo que tenía por aquella chica. ¿Qué sería? ¿Destino? ¿Biología? No lo sé, pero estaba seguro de que ella era el amor de mi vida.

Después de haber follado como salvajes en el baño del restaurante regresamos a la sala de los cócteles, donde estaban esperándonos sus amigas con sus parejas.

Al abrir la puerta, nos aplaudieron al ver nuestras pintas y expresiones de felicidad. Parece ser que todos lo sabían antes que nosotros.

Amy estaba radiante. Hicimos unas presentaciones “formales” y nos fuimos los doce a tomar algo. Cada una de las amigas con su

pareja y todas juntas. Me gustó mucho el ambiente que tenían. Solo las conocía por lo que ella me había contado, pero pude comprobar que se querían de verdad.

Intercambié una sonrisa cómplice con Paula. Después de todo, gracias a ella había logrado recuperar a Amy. Le estaría eternamente agradecido.

Estuvimos bailando, bebiendo y riendo hasta que cerraron el bar.

Al despedirnos, las chicas formaron su propio corrillo y soltaron una carcajada al unísono, como un cónclave de brujas tramando su próxima travesura.

Estaba seguro de que habían quedado en contarse al día siguiente todo lo que hicieran por la noche.

Los chicos nos miramos con complicidad, entendiendo el juego. Me cayeron genial, especialmente Jean, el novio de Sofía. Había estudiado francés en el colegio, pero hacía años que no lo practicaba. Charlamos un rato y, para mi sorpresa, aún me defendía bastante bien.

Me parecía un sueño, volver a casa con Amy agarrada de mi brazo.

Pasamos la noche recuperando el tiempo perdido, piel contra piel, sin aliento ni pausa. Era increíble cómo nuestros cuerpos aún encajaban a la perfección, como en nuestra última vez, como si aquella despedida nunca hubiera existido.

Ella se removió entre las sábanas y, por un instante, temí haberla despertado. Al abrir los ojos, un destello de temor cruzó su mirada antes de que la confusión se apoderara de ella. ¿Acaso no me reconocía? ¿O era solo el aturdimiento del despertar?

Pero entonces, gradualmente, su expresión se serenó. Tal vez el calor de mi cuerpo junto al suyo le trajo el recuerdo, y supo, al fin, dónde estaba.

—Hola… —saludó.

—Hola Amy… Buenos días —le respondí, algo avergonzado porque me hubiera descubierto mirándola.

Se estiró sin ningún tipo de vergüenza, y volvió a girarse para seguir durmiendo.

No tenía sueño. Ya no sabía ni cómo ponerme y suspiré. Quería follármela de nuevo en todos y cada uno de los rincones de la casa.

Mi *bicho*, o Anaconda como la llamaba ella, se había despertado después de un largo letargo y ahora lo único de lo que tenía ganas era de entrar dentro de ella.

Me recosté, resignado y disfruté de su compañía, aunque fuera entre soplidos.

Tras unos minutos que se me hicieron eternos, ella se incorporó y me miró con esos ojos tan penetrantes que ponía siempre que quería sexo.

Se colocó encima de mí, aprisionándome con sus piernas. Sonreí al verla entonces tan despierta de repente.

Sabía lo que quería y yo se lo iba a dar.



CAPÍTULO 52

AMY

Septiembre

Me parecía un sueño. De hecho, estaba todavía en una nube. Cuando me desperté y vi a Diego a mi lado en la cama, pensé que seguía soñando y me giré, pero al darme cuenta de que era verdad me asusté. Aquello no era uno de mis sueños, estaba allí de verdad.

Le palpé con cuidado de no despertarle para cerciorarme que era cierto.

Empecé a recordar la noche anterior, el restaurante silencioso, nuestro beso a ciegas y nuestro polvo salvaje en el baño.

Empecé a notar ese cosquilleo tan característico. Sabía que estaba poniéndome cachonda.

Me incorporé un poco para acercarme un poco a él y me fijé en el incipiente bulto que sobresalía de su calzoncillo. Dios…. La Anaconda…

Subí mi pierna izquierda de modo que mi rodilla la rozara. Si no habían cambiado sus gustos, que le tocaran la polla era una de las cosas que más cachondo le ponían. Eso y los besos, pero temía que se despertara.

Funcionó, porque empezó a crecer. Él seguía dormido, y me quedé mirando su cara. Al llevar el aparato para el bruxismo, sus labios parecían todavía más carnosos. Su piel, cubierta de miles de pequitas, creo que bastantes más que la última vez que lo había analizado. Los cortos pelitos de la barba, el hoyuelo de la barbilla y su nariz prominente junto a sus dos preciosos ojos, aunque ahora estuvieran cerrados, protegidos por unas largas pestañas, que tanto envidiaba.

¿Cómo podía tenerlas tan pobladas y largas? Yo no tenía ni la mitad, por muchos tratamientos que me hiciera.

Me perdí en su cuerpo, memorizándolo como había hecho tantas veces. Lo había empezado a olvidar, y era como repasar una lección de la cual te habías examinado hacía mucho tiempo.

Estaba más delgado. Su cuerpo había sufrido el paso del tiempo al igual que lo había hecho el mío, sobre todo su piel. La noté muy seca y estropeada, pero muscularmente estaba mucho mejor.

Se giró de repente hacia mí y extendió su mano, colocándola sobre mi pierna. Dios… si pudiera subirla un poquito más arriba…

Mis pechos hinchados rozaban su costado Retrocedí apenas un centímetro, tentada a guiar su mano hacia ellos... pero dudé. Si lo hacía, quizá despertara. No, no podía arriesgarme. Preferí quedarme inmóvil, conteniendo el aliento, mientras bajo mi rodilla sentía cómo su erección crecía, lenta y firme, en la penumbra.

Mis ganas de follar aumentaban por momentos, le quería sentir dentro de mí, quería besar aquellos labios carnosos y suaves….

Empecé a morderme en el brazo a mí misma, esperando que se amainaran mis ganas de colocarme sobre él y follarle hasta dejarle seco, pero fue en vano…

Pasó exactamente una hora y media hasta que se despertó.

Me hice la dormida, y supe que me estaba mirando. Hasta que me decidí a abrir los ojos.

—Hola… —saludé.

—Hola Amy… Buenos días —respondió, algo avergonzado.

Sin aguantar más, me incorporé y me puse a horcajadas sobre él para directamente rozarme con su miembro que se puso cada vez más duro.

Se bajó el calzoncillo y ante mis ojos apareció ella de nuevo. La polla más bonita y perfecta que he visto en mi vida. A pesar de haber estado follando toda la noche, fue como un *reset*, un despertar, un ser más consciente de lo que estaba pasando.

Hice… lo que quería hacer… Jugueteé con ella de manera infantil.

Él soltó una carcajada y yo sentí que había rejuvenecido cinco años. Me encantaba, no podía evitarlo. Estaba completamente enamorada de ese chico, aunque hubiera pasado tanto tiempo, lo sentía como si fuera ayer. Solo deseaba que él estuviera conmigo un cuarto de lo bien que estaba yo con él…

Me quité el pantalón del pijama y después las braguitas. Me coloqué sobre él, y me la introduje.

En esa ocasión quería saborearlo, hacerlo lento, sentirle poco a poco y sin prisa. Entró dentro de mí, llenándome por completo, acoplándose a mi cuerpo sin ningún esfuerzo. Empecé a moverme con brío. Le cogí las manos y le obligué a agarrarme los pechos. Y no pude más, me agaché y le besé. Dios…. Meses esperando poder hacer eso, meses de anhelo, de ganas, de deseo contenido y pasaron extremadamente rápido. A los pocos segundos tuve mi primer orgasmo. Ningún chico conseguía lo que él me hacía sentir, era… PERFECTO. No tengo otra palabra que lo defina mejor.

—¿Te gusta? —le pregunté.

Él puso cara de sufrimiento.

—No tiene que gustarme mucho.

Lo estábamos haciendo a pelo, sin ninguna protección, piel con piel; algo irresponsable, pero en esos momentos no lo quería pensar.

Yo, por supuesto quería más. Me arqueé para seguir moviéndome con brío. Él me agarró por las caderas, pero yo estaba empapada en sudor.

Lo atraje de nuevo hacia mí, ahogándonos en un ritmo que el tiempo no había borrado. Perdí la cuenta de las veces que me abandoné, de cómo esa sensación se expandía desde el vientre, como si él pudiera alcanzar hasta lo más profundo de mí.

Seguimos follando, con brío y con ganas. El colchón crujía, mientras las paredes parecían susurrar nuestros secretos. Él selló mis labios con su mano, y yo respondí con un mordisco, sofocando un gemido que se transformó en otro éxtasis. Me puse en cuclillas y me moví mientras él me empalaba, hasta que sacó su pene porque estaba a punto de correrse.

Y se la agarré con brío y la acaricié de arriba abajo.

—Si sigues así te vas a quedar sin más tú, porque a mí me queda poco.

No me importaba, quería su placer. En pocos movimientos de mi mano, explotó, alcanzando el clímax.

Me desplomé sobre su pecho, exhausta.

El calor era asfixiante, pero me acurruqué a su lado, besándolo con una urgencia dulce y desesperada.

—Gracias— susurré, como siempre.

No quería que aquel momento acabara, no quería perder de nuevo el poder besarle, quería hacerlo todos los días, a todas horas.

Dios, esa languidez postcoital... Era como flotar en miel, un éxtasis tan adictivo que ahogaba cualquier pensamiento. Solo existíamos él y yo, y el miedo a que todo se esfumara al abrir los ojos. Cuando al fin nos levantamos, me temblaban las piernas… me sentía como un cervatillo recién nacido… pero… feliz… y con mucha incertidumbre.

¿Volvería a ocurrir? ¿O sería solo un sueño al que mi mente se aferraría por las noches?



CAPÍTULO 53

AMY

Septiembre

Diego y yo teníamos mucho de lo que hablar y nos pusimos al día cuando ya terminamos agotados de tanto follar.

Me contó que había vuelto al trabajo, aunque seguía muy mal con la rodilla y había entrado en pleitos con la empresa.

Le expliqué que, aunque ya tenía el alta médica, seguía con mi tratamiento privado porque no estaba recuperada. También le confesé que tenía un bloqueo escritor muy fuerte, pero poco a poco estaba saliendo de él.

No hablamos sobre otras personas, yo prefería no saberlo y me parece que a él le ocurría igual.

Ya era domingo por la tarde. Me pidió que me quedara a cenar, y si quería también a dormir, pero ya me apetecía volver a casa, al menos a cambiarme de ropa. Llevaba el mismo vestido que me puse para ir al restaurante.

Como no teníamos muchas ganas de cocinar pedimos comida a domicilio, y mientras seguimos charlando.

Mi móvil emitió un quejido porque se estaba quedando sin batería. Entonces me di cuenta de que no lo miraba desde la noche anterior.

Le pedí un cargador y mientras él preparaba la mesa me puse al día con los mensajes.

El grupo de las chicas ardía en mensajes picantes, sobre todo de Paula.

Al fin había vuelto a ser ella. Parece que la reconciliación con su marido, *qué extraño me resultaba llamarlo así*, había ido bien, porque en la fiesta estaban muy acaramelados.

Debo admitir que, quizá influida por lo que me contó, no me daba buena espina. Mi intuición me decía que era mala persona. No me cayó bien.

Sin embargo, Jean me dio una impresión absolutamente contraria. Se le veía muy calmado y bueno, todo lo opuesto a Sofía, pero tenía cara de bueno y no había más que ver cómo se quedaba embobado mirándola.

Les mandé un mensaje de actualización, diciéndoles que la Anaconda y yo nos estábamos poniendo al día, y ellas contestaron con emojis varios.

Revisé el resto de chats, y uno de ellos me llamó la atención. Era de un número que no conocía.

"Preciosa, ¿cuánto cobras por tus servicios?, me gustaría probarte"

En la foto aparecía un hombre de unos cincuenta años y pensé que se habría equivocado, así que directamente lo bloqueé.

Sonó el timbre y Diego se levantó para recoger nuestra comida.

Dejé el móvil sobre el mueble y le ayudé a repartirla en los platos.

Seguimos charlando sin parar, me gustaba mucho estar con él. La conversación fluía, no había momentos incómodos y me sentía en paz. No era capaz de describir la felicidad que sentía. Era como si estuviéramos en sintonía, como si no hubiera nadie más en el mundo y los problemas no existieran.

El tiempo voló y eran ya las doce de la noche. El agotamiento por el sexo y por la liberación de toda la tensión acumulada se hizo presente, y se me empezaron a cerrar los ojos.

—Uy… alguien va a caer pronto —dijo, acariciándome con cariño la mejilla.

—Sí, creo que debería ir a mi casa, ¿no? Mañana tienes que madrugar.

—Sí, alguien tiene que hacerlo para levantar el país —dijo, chinchándome.

—Ja ja. Yo también hago mi aportación mensual al sistema, listo. Y además, cobre o no, tengo que pagar mi cuota. Que no todo es tan bonito como lo pintan.

—Bueno, pero eres la dueña de tus horarios, eso no me lo puedes negar.

—Ya… ya… —respondí con sorna.

Me incorporé con desgana y fui a la habitación para cambiarme. Llevaba puesta una camiseta suya que me quedaba tan larga como un vestido. Me decía que era lo más sexy que podía ponerme.

Con el sujetador en el bolso y una cara de recién salida de un after, me acerqué para despedirme, y él me cogió por la cintura y me tiró en el sofá.

Me reí sin poder evitarlo.

—Para, si no, no me voy a ir nunca.

—Y si no te vas, ¿qué pasa?

Solté una carcajada.

—Puesssssss, en realidad no mucho…

—Ves, entonces quédate y ya te vas mañana.

La tentación era fuerte, pero una parte de mi orgullo me dijo que no debía ceder tan pronto. Habíamos pasado separados más de un año… Que me echara de menos un poco más.

—Que no, que no. Me voy. Ya me he vestido —dije, escapándome de su abrazo.

—Bueeeno, no te voy a retener, pero al menos dime que nos veremos mañana —claudicó.

—Ya veremos —respondí, pizpireta.

Tras darnos un largo beso, que casi me hace replantear mi decisión, me acompañó a la puerta, y cuando estaba ya en el rellano me detuvo.

—Oye espera, ¿quieres que te acompañe a casa? Y por cierto, no sé dónde vives todavía. Espero que ahora me lo digas, no sé por qué tanto secretismo. Sino después te pierdo de vista y no sé cómo localizarte.

—No. Yo vendré a ti —dije, manteniendo el misterio, con una sonrisa pícara.

Me di media vuelta, y contenta y feliz caminé hasta casa. En apenas cinco minutos estaba abriendo la puerta, y quitándome los zapatos, emitiendo un gemido de placer.

Por instinto, cogí el móvil para avisarle. Busqué su conversación, y para mi sorpresa me di cuenta de que seguía bloqueada.

Qué cabrón.

No había salido el tema, así que no se lo había comentado. Pues nada, sería él el que debía desbloquearme.

Quise centrarme en lo que habíamos disfrutado ese fin de semana, y presa de mi agotamiento fui directa a la cama donde caí rendida.



CAPÍTULO 54

DIEGO

Septiembre

Enchochado. Así estaba, enchochado, embrujado, poseído o cómo se quiera decir. Pero estaba loco por aquella chica. Me dolía la cara de tanto sonreír, había vuelto a sentir lo que era la felicidad.

Y eso solo lo conseguía ella. Cuando se marchó, fue como si me arrancaran una parte de mí. El eco de su risa resonaba en las

habitaciones vacías, clavándose en mi pecho como un puñal que me recordaba, una y otra vez, la crudeza de mi soledad.

Me metí en la ducha para calmar las ganas latentes que me habían quedado tras nuestro beso de despedida. Estaba ya cachondo y si hubiera seguido un minuto más habría sido incapaz de dejarla marchar.

Miré a mi *bicho*, que parecía haber despertado del largo letargo con más ganas de las que tenía antes. Ante el más mínimo roce me excitaba y tenerla cerca era una provocación constante.

Apoyé la frente contra la mampara, mientras mi mano recorría el camino que sus dedos habían marcado horas antes. Cerré los ojos y reviví cada instante. Lo habíamos hecho por toda la casa, en la cocina, en la habitación, en el salón, y también en la ducha. Era incapaz de resistirme a su cuerpo.

No era delgada, ni tenía esa piel impecable de las mujeres de plástico con las que solía acostarme. Amy era natural, sus curvas, sus "imperfecciones", como ella las llamaba, y que para mí no lo eran en absoluto, me volvían loco.

No aguanté mucho, cerré los ojos y vacié sobre la pared mis ganas de hacerlo sobre sus tetas, o sobre su boca.

Ya ni recuerdo cuántas veces me había corrido ese fin de semana, pero desde luego menos de las que me habría gustado.

Terminé de ducharme y salí del baño. El silencio de la casa me golpeó. ¿Era posible que ya la echara de menos?

Miré el móvil esperando un mensaje suyo avisándome de su llegada a casa, pero no lo recibí.

Entonces me di cuenta de que seguía sin tener su número y se me había olvidado pedírselo.

De pronto, la ansiedad se apoderó de mí. Dependía de ella por completo. ¿Y si no quería volver a verme?

Me sentí como un estúpido. No me quedaba otra, debía ser paciente y esperar.



CAPÍTULO 55

AMY

Septiembre

No había nada que odiara más que me despertaran a mitad de noche, y más si era llamando por teléfono.

Todavía con los ojos cerrados alargué la mano para coger el móvil que no dejaba de sonar. Al principio pensaba que era una melodía que formaba parte de mi sueño, pero al ir aumentando el volumen lo hicieron también mis ganas de estrangular al que estuviera al otro lado de la línea.

Colgué sin mirar y acto seguido volvieron a llamar.

—Diooooooooooooss —grité, de mala leche.

Abrí los ojos, y el brillo de la pantalla me cegó.

Era un número que no conocía y volví a colgar de mala leche.

Iba a bloquearlo cuando llamó de nuevo.

Me dieron ganas de estampar el móvil contra la pared, pero me contuve.

Descolgué de mala leche.

—i¿Quién coño eres?! Deja de llamar.

—Oh, así me gustan las mujeres, aparte de ser una bomba en la cama tienes carácter, preciosa. ¿Cuánto cobras?

—i¿Qué cojones estás diciendo?! Baboso de mierda —escupí con rabia.

Sí, cuando me enfado soy muy muy mal hablada.

Colgué y lo bloqueé.

Al mirar los mensajes tenía varios… muchos de números que no conocía y todos preguntando lo mismo. Incluso algunos de ellos con fotos de sus pollas o masturbándose.

¿Pero qué narices estaba pasando? ¿Por qué me escribían todos esos?

Me enfadé muchísimo. Eran las tres de la mañana. Puse el móvil en modo avión y me di media vuelta, pero me era imposible conciliar el sueño.

Dormité algo, pero a las ocho, al comprobar que habían seguido llamando y mandándome mensajes, me levanté dispuesta a ir a la policía.

El agente tomó nota de mi declaración y me explicó que a veces roban los teléfonos y los cuelgan en foros de citas o en cuentas falsas de encuentros sexuales.

—Pues vaya gracia, y ¿qué puedo hacer? —protesté.

—Lamentablemente… nada. Si no damos con el sitio donde está colgado el número, es complicado. Y si ya lo han visto varias personas, lo único que puede hacer es ir bloqueando o cambiar de número.

Resignada y enfadada volví a casa. No pensaba cambiar de número. Era el que tenía de toda la vida y debería avisar a muchos

contactos. No era una opción.

Como no tenía muchas ganas de encerrarme en casa, decidí avisar a las chicas a ver si alguna estaba libre para tomar un café. No les había contado nada de mi finde con Diego y estaban ávidas de cotilleo.

Era todavía temprano. Sofía aún no se había despertado, Paula y Marta estaban en el trabajo, Susana había quedado con Rubén para ir a mirar no sé qué, y Nuria estaba con el niño en el pediatra.

Resoplé, frustrada. A veces, mi horario flexible me hacía olvidar que el mundo seguía un reloj distinto.

Al final, quedamos para el bar por la tarde. Sin más remedio, volví a casa, arrastrando los pies.

La alegría y tranquilidad que me había dado el estar con Diego parecía haberse esfumado por completo, y el que siguiera teniéndome bloqueada sumado a las llamadas impertinentes de aquellos asquerosos, había nublado por completo mi estado de ánimo. Me sentía en una montaña rusa de emociones.

Encendí el ordenador y abrí el manuscrito. No me faltaba mucho para terminarlo, había volcado en esa historia demasiada frustración, quizá la había hecho demasiado personal… pero me nacía del corazón, y eso, al menos, valía algo.

Ajusté un par de detalles y, con determinación, me sumergí de lleno en la escritura.

***

El timbre estridente de la alarma me sacudió. Parpadeé, desorientada. ¿En serio había pasado cinco horas inmersa en la escritura, perdida en ese mundo de palabras?

El final estaba cerca, quizá dos capítulos, nada más. Luego vendría la parte difícil: releer todo, enviárselo a Tim, rogar que entendiera el retraso... y, sobre todo, que le gustara.

Me di una ducha rápida y me arreglé para no llegar tarde.

Me sorprendí a mí misma por la energía que desprendía. Sin apenas haber dormido nada y con la preocupación por las llamadas.

Pero escribir me sanaba. Era mi terapia. Eso y Diego.

Miré el móvil, por si me había desbloqueado. Pero nada. Todo seguía igual. Me encogí de hombros. Ya se interesaría cuando

quisiera.

Esperé a las chicas que fueron llegando, excepto Paula. Nos había dicho que terminaba un par de cosas y salía enseguida, pero ya había pasado más de una hora y no había rastro de ella.

Charlamos un rato, intentando hacer tiempo, pero cuando ya casi nos íbamos y seguía sin contestar… empezamos a preocuparnos.



CAPÍTULO 56

DIEGO

Septiembre

Fui imbécil. No caí en que Paula podría darme el número de Amy.

No se lo había pedido porque me parecía un poco violento… y porque, en el fondo, pensaba contarle a Amy que lo había borrado. Pero entre besos y achuchones, al final no hubo momento para hacerlo.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a Paula. Normalmente respondía casi al instante, pero esa vez no lo hizo. Ni siquiera lo leyó en toda la mañana.

Tampoco era un asunto de vida o muerte, así que no insistí, intentando no parecer pesado. Aun así, la ansiedad empezó a instalarse en mí, como una niebla densa.

Me habría encantado ver a Amy al salir del trabajo. No podía quitármela de la cabeza. De hecho, me empalmé un par de veces solo de pensar en el fin de semana que habíamos pasado. Fue tan intenso… tan reconfortante.

Estaba feliz, me sentía en una nube. Como cuando tenía quince años y conseguía a la tía más buena de la clase. Qué estúpido era entonces. A veces fantaseaba con haber conocido a Amy de niños y estaba seguro de que me habría atraído igual y podría haberme pasado toda mi vida sólo estando con ella. No me habría hecho falta acostarme con nadie más.

Mi móvil sonó. Corrí a cogerlo esperando que fuera Paula, pero no, era Jaime.

No lo veía desde el finde que conocimos a Kyle y a su amiga. Seguía bastante molesto con él porque me hiciera aquella encerrona y no habíamos vuelto a hablar.

Él ya estaba en otro rollo y no me gustaba. Prefería empezar a salir con Amy y sus amigos. Con ellos me sentí yo mismo. Mucho más cómodo y libre de poder decir lo que quisiera sin miedo a que me la liaran o que de repente desaparecieran y me dejaran tirado por una tía.

—Ey, tío. Estás desaparecido.

—Ya ves —respondí sin ganas.

—Bueeeno, alguien necesita echar un polvo y quitarse esa amargura. ¿Te apetece quedar esta tarde?¿Qué me dices, a las seis en La charanga? Estaré por tu zona hoy, tengo fiesta.

Lo pensé, no tenía ganas. Nunca le había negado nada a Jaime, quizá por miedo a perderlo. Él era mi mejor amigo, pero estaba harto de tener que estar siempre de aguantavelas o de ser su coleguita de ligoteo.

—No puedo, he quedado —mentí, seco.

—¿Con alguna tía? —preguntó con intriga.

—Sí, con tu madre.

—Ehh, ¿Qué te pasa, tío?

—Me tienes hasta los cojones, Jaime. Deja de pensar en sexo, que no tienes catorce años y madura de una vez —respondí antes de colgar.

Me habría gustado ver su cara. Sabía que por orgullo no volvería a llamarme. Pero no me importaba, estaba cansado.

Ahora solo esperaba que Paula respondiera pronto para poder llamar a Amy.



CAPÍTULO 57

AMY

Septiembre

Cuando estábamos a punto de plantarnos en su casa, como si nos hubiera visto las intenciones, recibimos un mensaje de Paula.

"Chicas, lo siento, me he quedado dormida. Me encontraba muy mal. El próximo día me actualizáis, os quiero mucho"

¿¿¿"Os quiero mucho"???

—¿Paula, poniendo *os quiero mucho*? —leí en voz alta, frunciendo el ceño.
Me quedé extrañada.

—¿Qué le pasa? Ella nunca dice eso —comentó Nuria, con una mueca.
—No sé… —respondió Susana, sin mucho convencimiento.
—Está un poquito rara, ¿no? —añadió Sofía.
—Sí… Si os soy sincera, no me gustó nada su marido —dije, marcando bien la palabra *marido*.—¿Vosotras qué pensáis?

—A mí tampoco me convenció —dijo Marta—. Tiene un... no sé, como si escondiera algo.
—Y eso de que haya sido traficante de droga, o que todavía lo sea… no me da buena espina —añadió Nuria.

—Bueno, al menos veo que no soy la única. Ya pensaba que era cosa mía, que me estaba montando una historia de novela —suspiré.

—Ya… pero es ella quien lo ha elegido. Carlos tampoco nos caía muy bien al principio y luego mira, una más de nosotras —dijo Susana.

—Bueno, *a ti* no te caía bien, guapa, pero porque te dijo la verdad sobre tus macarrones —la pinchó Nuria, divertida.

Soltamos una carcajada.

Cuando Nuria nos presentó a Carlos como su novio, hicimos una comida en casa de Susana. Ella, muy segura de sí misma, insistía en que hacía los mejores macarrones del mundo. Pero al gratinarlos se le quemaron, y no había quien se los tragara.

Ninguna nos atrevimos a decirle nada, sabíamos lo sensible que se ponía con las críticas, pero Carlos, pobre ingenuo, soltó que estaban "*un poquito socarradillos*".

Susana casi le lanza la bandeja a la cabeza.
Desde entonces se la tuvo guardada durante semanas, hasta que poco a poco él fue redimiéndose… y ganándose su sitio.

Nos despedimos con abrazos y risas, y cada una volvió a casa.

Ya eran las diez de la noche cuando miré el móvil. Habían vuelto a llegar mensajes de aquellos cerdos. *"Será la hora de las pajas",*

pensé con asco.

Empecé a bloquearlos, y justo llegué a uno que me llamó la atención.

Había un video de una escena que me resultaba demasiado familiar. Fruncí el ceño. Sentí un cosquilleo helado recorriéndome la espalda.

Lo abrí.

Y entonces el mundo se me vino abajo. Me llevé las manos a la cara… no podía ser…

Se oían gemidos. Se me veía a mí. Claramente. Mi cara. Mi cuerpo. Diego.

Nosotros. En su casa. Follando sin saber que había una cámara.

¿Nos había grabado? ¿Nos había grabado y lo había colgado en internet?

Me deslicé lentamente por la pared hasta quedar sentada en el suelo, con el móvil todavía temblando entre mis manos.

No podía pensar con claridad. El vídeo seguía reproduciéndose en silencio, una y otra vez, como una burla grotesca. Mi cara, mi cuerpo, mi intimidad... todo ahí. Expuesto. Compartido. Violado.

Sentí una punzada aguda en el pecho, como si algo dentro de mí se hubiera roto sin remedio. El aire me faltaba. Como si mi propio cuerpo me negara el derecho a respirar.

Estaba paralizada, como si no fuera yo la que estaba viendo ese vídeo, como si hubiera salido de mí y estuviera observando a otra. Pero no. Era yo. Sin lugar a duda. Mi voz. Mi piel. Mi confianza.

La habitación giraba. Me abracé las piernas y apreté la cabeza entre las rodillas, intentando apagar la tormenta que estallaba en mi interior. Las lágrimas empezaron a brotar sin que pudiera detenerlas. Ni siquiera las sentía al principio. Solo notaba el temblor en mis manos, en mis dientes, en todo.

Diego. ¿Había sido él?

No quería creerlo. Mi mente buscaba explicaciones, excusas, cualquier argumento que me salvara de esa certeza.

Nadie más tenía acceso a esa escena. Solo él. Y yo. Y yo no había hecho eso.

El asco subió desde el estómago. Corrí al baño a vomitar, doblada sobre el lavabo como si con cada arcada pudiera sacar de mí la humillación.

Después me quedé frente al espejo, mirándome como si intentara reconocerme. Pero esa mirada... no era mía. Era de alguien roto. De alguien que acababa de entender que había sido traicionada de la forma más cruel.

La vergüenza me envolvía como una segunda piel. Como una quemadura que no se ve, pero duele al más mínimo roce.

Y luego llegó la rabia. Sorda. Salvaje.

Empezó a arderme en las entrañas, como si quisiera prender fuego a todo.

Me enjugué las lágrimas con la palma de la mano, todavía con arcadas entrecortadas.

No iba a dejarlo pasar. No esta vez.

Se me encendió una chispa en la mirada. Un destello de furia lúcida.

Todo cuadraba… El video estaba colgado en una página porno en la que habría puesto mi teléfono… por eso me llamaban

¿Cómo había sido capaz?

Me había subestimado. Había creído que podía usarme y desaparecer. Pero no sabía con quién se había metido.



CAPÍTULO 58

AMY

Septiembre

Otra noche que no pude dormir… No dejaba de darle vueltas. ¿Había sido una especie de venganza? ¿Un castigo por algo que ni siquiera sabía que había hecho? ¿O simplemente era un cabrón más, como tantos otros, solo que con una cara mejor disimulada?

Me dolía más allá del cuerpo. Más allá del vídeo, de los mensajes, de las miradas imaginarias.

Me había engañado. Me había usado. Se había reído de mí. Y lo peor: lo había hecho con una frialdad tan exacta, tan estudiada, que hacía que me preguntara cuántas más habría como yo.

¿Era todo parte de un plan? ¿Quería sacar dinero? ¿Likes? ¿Venderme como si fuera un objeto?
No lo sabía, pero sentía cómo me ahogaba solo de pensarlo.

La rabia me recorrió entera como un espasmo. Le odié. Le odié con una intensidad que me asustó. Como si todo mi cuerpo estuviera hecho de ese odio: la sangre, la piel, los huesos.

Tuve que agarrarme al borde de la cama para no salir disparada hacia su casa. Me imaginé llamando al timbre, esperando que abriera la puerta y entonces, sin decir palabra, estamparle dos bofetadas en la cara.

Quería hacerlo. Quería gritarle todo.
Quería verle la cara cuando supiera que lo sabía. Que ya no tenía poder sobre mí.
Pero me contuve. No iba a rebajarme.
No iba a hacer lo que él esperara.
No iba a ser solo una chica llorando en un rincón.

Haría las cosas bien. Lo denunciaría, lo expondría, lo desmontaría pieza a pieza.

Si me había hecho eso, lo pagaría. Lo tenía claro. Tan claro como el fuego que me ardía por dentro y que ya no pensaba apagar.

Con reticencia, volví a ver el vídeo. Una parte de mí se resistía porque me daba asco, me dolía y me hacía sentir sucia. Pero algo me empujaba a hacerlo para intentar descubrir algo más.

Lo puse sin sonido, y observé. Durante el fin de semana lo hicimos por todos los rincones de su casa, pero el video estaba grabado en la habitación de invitados. La toma parecía estudiada porque se veía bien encuadrado, no como algo casual.

No me conocía muy bien su piso, pero por la posición, la cámara debería estar en la cómoda enfrente de la cama.

La rabia me abrasó por dentro. ¿cómo había sido capaz de hacer algo así?

Entonces pensé que quizá yo no había sido la única, o que ya lo había hecho en otras ocasiones.

Lo primero que hice fue ir a la policía. Debía denunciarlo, pero me sentí impotente, ya que parecían no darle mucha importancia al tema y me dieron largas.

Volví a casa con la rabia contenida en el cuerpo, sintiéndome vejada, expuesta e impotente.

De nuevo al pasar por su portal me dieron ganas de subir y dejarle las cosas claras, pero sabía que aquello no llevaría a ningún lado.

Entré en casa muy cabreada y me tiré en el sofá. Sin poder evitarlo las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas.

Entonces, por si las cosas no estaban suficientemente mal, empeoraron.

Mi móvil empezó a sonar. No esperaba llamada a esas horas, pero mucho menos el mensaje que me transmitió aquella voz que en esos momentos no quería escuchar.

Era el número de Paula, pero no era ella quien hablaba.

—Amy, soy Diego.

Me dieron ganas de colgar inmediatamente o de mandarle a tomar por culo. Tampoco sabía por qué me estaba llamando desde el número de Paula cuando podía desbloquearme.

—Qué quieres —respondí en tono cortante.

—¿Puedes venir inmediatamente al hospital, por favor?

—¿Qué? ¿Al hospital? ¿Qué ha pasado? —pregunté asustada, cambiando mi tono.

—Es Paula…

Esperé a que añadiera algo más. No entendía nada. ¿Qué hacía Diego en el hospital con Paula?

—Su marido… le ha dado una paliza y casi la mata. Está bien, ahora está en observación.

—¿Quéeeeeee?

—Tiene varias magulladuras, pero quieren vigilarla por si tiene algún derrame interno.

—Dios mío… Voy para allá.

En ese momento mis problemas me parecieron ínfimos con lo que le había pasado a mi amiga.

Llegué en tiempo récord. En la sala de espera estaba Diego. Se levantó al verme correr.

—Tranquila, todavía no se puede pasar a verla. Le están haciendo pruebas.

Le miré con una mezcla entre odio e incertidumbre. Pero la situación lo único que me llevó a hacer fue colgarme de su cuello y abrazarme a él como si fuera el único superviviente de una guerra.

Cuando la paz que me transmitía calmó mi ánimo me separé, con los ojos encharcados en lágrimas.

—Pero, ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces tú aquí?

Diego me miró con dulzura. Se aclaró la garganta.

—Verás…Cuando nos… alejamos… Hice una estupidez. Eliminé tu conversación y tu teléfono. No podía soportar la idea de tener la tentación de hablarte cuando tú ya parecías estar con otra persona… No me juzgues, estaba desesperado. No sabía qué más hacer. Aunque no te lo creas, lo pasé muy mal, te echaba mucho de menos….

Mi cara debía de ser un poema en ese momento. ¿Había eliminado mi número y conversación? ¿Qué yo estaba con alguien? Pero, ¿qué película se había montado este chico?

Me dieron ganas de interrumpirle, pero le dejé continuar.

—Después del fin de semana fui un estúpido y se me olvidó explicarte esto y pedirte el número. Esperaba que me avisaras al llegar a casa anoche, pero no lo hiciste y pensé en que podía pedírselo a Paula…. Le mandé un mensaje pero no me contestó. Como la ansiedad empezó a corroerme, fui a su casa.

Al llegar me la encontré tirada en el portal. La gente pasaba y se apartaba porque pensaban que era una borracha. Denigrante esta sociedad, todo sea dicho.

La ayudé y me dijo que su marido estaba arriba, le había pegado y ella se había escapado. Me puse como una furia y subí al piso, él abrió pensando que era Paula y le di un puñetazo —dijo mostrándome la venda de la mano—. No fue ni una cuarta parte de lo que se merecía ese cabrón. Recogí a Paula y la traje al hospital. Ella me dijo que te avisara y aquí estás.

—Joder…. Ya decía yo que ese tenía algo raro… ¿Dónde está?

—En comisaría. Llamé a la policía y denuncié lo que le había hecho. No creo que le hagan nada, pero al menos que quede en su expediente.

—Qué hijo de puta… —mascullé.

Permanecimos en un silencio significativo, hasta que me atreví a corregirle en un susurro.

—No te mandé ningún mensaje porque me tienes bloqueada.

—¿Qué? No, yo no te bloqueé.

Saqué mi teléfono y le envié un mensaje para demostrárselo.

—No puede ser…. No sé qué habrá pasado, pero yo no he sido. Espera.

Se anotó mi número y, efectivamente, estaba bloqueada.

—Joder, Amy, de verdad tienes que creerme, yo no lo hice.

—Sí claro igual que tú tampoco grabaste el video, ¿Verdad?

—Eh, qué video…

Nuestra conversación se vio interrumpida por una enfermera.

—¿Familiares de Paula Ruiz?

Relegando nuestras rencillas a un segundo plano prestamos plena atención a aquella mujer diminuta.

—Sí, díganos.

—Ya la hemos subido a planta y ya puede verla, está en la habitación 314.

Miré a Diego y asintió. Cuando llegamos, se me cayó el alma los pies. Estaba llena de moratones y parecía 20 años mayor.

Me quedé sin palabras y lo único que pude hacer fue llorar.



CAPÍTULO 60

AMY

Octubre

Pasaron dos días desde que Paula ingresó en el hospital. Me quedé con ella todo el tiempo. Insistió en que no se lo dijéramos a su familia. Ellos no sabían nada de lo que ocurría, ni siquiera que se había casado y prefería mantenerlo en privado.

—Cariño, no puedes seguir así. Lo sabes, ¿verdad? —le dije mientras le acariciaba la mano.

Ella alzó la mirada, sus ojos brillaban de tristeza, y luego la bajó de nuevo hacia el gotero colocado en su mano. Asintió lentamente, con la sumisión de una niña regañada, y entonces las lágrimas empezaron a caer. La abracé con fuerza, y su dolor, ahogado, acumulado durante meses, se desbordó contra mi hombro.

Diego se quedó conmigo la primera noche. Nos turnamos para vigilarla, evitando cualquier mención al bloqueo o al maldito vídeo. Seguían llegándome llamadas y mensajes, pero en ese momento solo existía Paula.

Los médicos fueron claros: la paliza había sido brutal. Sabían que en estos casos el miedo paraliza, así que tomaron la decisión por ella. Abogados, denuncias, órdenes de alejamiento. Ese cerdo no volvería a acercarse.

Por la tarde le dieron el alta. Decidimos que se quedaría en mi casa, ya que era lo más seguro hasta que el peligro pasara.

El trayecto fue un río silencioso de lágrimas. Las suyas, primero y las mías, después. ¿Cómo una persona tan fuerte, valiente e indomable como Paula había terminado reducida así? ¿Qué clase de veneno inyectaban esos tipos en la cabeza de las mujeres para dejarlas atrapadas?

No quería ni pensarlo. Si fuera Diego el que me golpeara, ¿aguantaría? ¿Hasta dónde sería capaz de arrastrarme por "amor"? Las preguntas flotaban, amargas, en el aire entre nosotras.

El frescor de la noche nos recibió al salir del taxi. Respiré hondo, recordando los atardeceres de verano que ya parecían de otra vida.

Vinieron todas a mi piso. Paula no quiso que la visitaran en el hospital, y ellas se quedaron tan alucinadas como yo por lo que había pasado.

Pedimos unas pizzas y al escuchar el teléfono, pensando que era el repartidor descolgué sin mirar.

—Amy, qué tal. ¿Cómo está Paula? ¿Ya le han dado el alta?

Era Diego.

—Ey, hola. Sí estamos en mi casa. Ya está mejor, gracias —respondí, cortante.

Aunque el susto por Paula había enterrado mi enfado, el malestar seguía ahí, envenenando cada palabra. Teníamos cosas que hablar,

pero no era el momento.

Él intentó alargar la conversación, pero lo corté en seco. Mis amigas eran mi prioridad y no quería desperdiciar ni un minuto con ellas.



CAPÍTULO 61

DIEGO

Octubre

De no haber sido por Paula, habría matado a ese cabrón. Cuando me la encontré en esas condiciones por su culpa, no pude reprimirme. No es que me considerara un tipo violento, pero jamás toleraría que alguien se aprovechara así de una mujer.

Al saber que ya estaba fuera de peligro, mi interés por Amy creció.

No entendí lo que me dijo sobre un video, ni lograba encajar lo del bloqueo de su número. Hasta que, cavilando en silencio, una sospecha empezó a enraizarse en mi mente.

Entonces, decidí hacer una prueba…

—Hombre tío. Al fin das señales de vida. ¿Qué pasa, si no te hablo yo tú no llamas? —me dijo Jaime con su habitual tono chinchón, esa voz falsamente jovial que ahora me revolvía el estómago.

Apreté los dientes, tragándome el asco. Debía aguantar. Necesitaba confirmarlo.

Al día siguiente quedamos en nuestro bar.

Llegué antes, como casi siempre, y cuando lo vi aparecer, le hice un gesto para que se acercara.

—Benditos sean los ojos —dijo, chocándome los cinco con esa sonrisa de dientes demasiado blancos.

No le respondí. El enfado hervía bajo mi piel, pero me obligué a esperar. Necesitaba estar seguro.

Se sentó y, con un ademán despreocupado, llamó al camarero para pedir una cerveza.

—¿A qué se debe el honor de tu llamada, amigo? —preguntó, mientras esperaba.

—Déjame el móvil —le espeté sin rodeos.

—¿Eh? ¿Para qué? —Arqueó una ceja, pero su sonrisa no se quebró.

—Déjamelo, quiero ver una cosa….

Me miró con escepticismo, pero al final sacó el teléfono y me lo tendió.

—¿Me lo desbloqueas?

Levantó la ceja.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó en tono cortante.

—Hazlo. Me lo debes —le ordené.

Se quedó quieto, respirando hondo. Durante unos segundos, pareció debatirse entre la negativa y la curiosidad. Finalmente, resopló y desbloqueó el móvil.

—No me hago responsable de lo que veas, ya sabes que soy un cerdo —bromeó, como si eso lo excusara de todo.

En ese mismo instante pasó por mi cabeza la imagen del marido de Paula, y lo que él le había hecho, y me dieron ganas de estamparle el móvil en la cara, pero tragué saliva y respiré hondo. Dispuesto a lo que quería hacer.

Bajé por la lista de chats abiertos. Todo eran mujeres: fotos provocativas, mensajes subidos de tono, conversaciones en las que él las dejaba en visto después de arrastrarlas hacia su juego. Un depredador.

Repugnante, pensé.

Tenía muchos, quizá más de cincuenta. Hasta que, al fin, llegué al que buscaba.

La foto de Amy, su nombre en la pantalla, la fecha de los últimos mensajes… coincidía con el día en que me pareció verla en el móvil de Jaime.

Abrí el chat.

Los últimos mensajes eran de ella, preguntándole por qué había dejado de hablarle, por qué la evitaba… ¿Desde cuándo se conocían?

¿Qué hacía Jaime hablando con ella?

Seguí leyendo y según lo hacía mi ira se incrementaba. Mensajitos calientes, fotos subidas de todo... Planes para verse... ¿Qué mierda era esa?

No aguanté más y exploté.

—¡¿Qué cojones haces hablando con Amy?! —le grité, alzando el móvil como prueba.

—Eh, eh, tranquilo… —levantó las manos, fingiendo inocencia—. No es lo que parece.

—¿No? —escupí, mostrándole la pantalla—. ¿Entonces qué es? ¡Dímelo!

—Es… una larga historia.

—Pues empieza. Tengo todo el tiempo del mundo.

—Diego, tío… —intentó su voz calmada, esa que usaba para manipular.

—¡¿Qué?! —corté en seco—. Y otra cosa… Fuiste tú quien la bloqueó desde mi móvil, ¿verdad?

No tenía pruebas, pero lo sabía. Conocía mi contraseña porque se la di una vez, y el muy hijo de puta había aprovechado cualquier descuido para borrarla de mi vida.

Se vio acorralado, aunque como buen gallito lo negó todo, pero en sus ojos vi la verdad.

Finalmente acabó admitiéndolo.

—Estabas obsesionado con esa tía, Di, te tenía absorbido, ya no eras el mismo de siempre y vagabas como alma en pena. Era lo mejor que podía hacer como tu amigo que soy.

—Es que eso no tenías que haberlo decidido tú, era cosa mía —rugí.

—¡Tío, estabas hundiéndote!

—¿Y por eso te la tiraste después? —le grité, echo una furia.

Jaime soltó una risa incómoda, encogiéndose de hombros.

—Con ella no, cabrón. Sabes lo que siento por esa chica.

—Bueno… surgió así. Y entiendo por qué te enganchó. Es una bestia en la cama, pero se estaba encariñando demasiado. Ya sabes que yo no voy con esos rollos.

No le dejé terminar.

Mi puño se estrelló contra su cara con todo el odio que llevaba acumulado.

No me importaba ya cómo se habían conocido ni porqué él me había traicionado así

—No quiero volver a verte en la vida —mascullé, mientras él se llevaba la mano a la nariz, la sangre escurriéndole entre los dedos—. Eres un traidor, un cabrón, y ojalá todo el daño que haces te reviente en la cara.

Se quedó callado. No se defendió. Solo miró al suelo, limpiándose la sangre con el dorso de la mano.

Me levanté y salí del bar. Ya lo había confirmado. Y en el fondo, aunque no quería admitirlo, dolió más de lo que esperaba.

De camino a la puerta, me crucé con la camarera que le llevaba su cerveza.

Una cerveza que, esa vez, no compartiría conmigo.



CAPÍTULO 62

AMY

Octubre

Con el tiempo, la situación de Paula se fue normalizando. Se divorció y descubrió que él ya estaba con otra. Al menos así podía estar tranquila porque le dejaría en paz.

Vi el alivio en sus ojos el día que él recogió sus cosas del piso. Me dio pena por la chica nueva, engañada como Paula, y deseé que no la tratara tan mal como lo había hecho con mi amiga.

Poco a poco, la Paula de siempre regresó. Me uní más a ella porque el resto de las chicas estaban, en cierto modo, más centradas en sus parejas, mientras Paula y yo seguíamos solteras.

No había vuelto a saber nada de Diego, tenía todavía una conversación pendiente, pero mi odio por todo lo que me había hecho disminuyó. A pesar de haber recuperado el contacto y haber demostrado que la química entre nosotros seguía ahí, no tenía ganas de verle. Quería estar con Paula.

Decidimos irnos de escapada. ¿Recuerdas lo que te dije sobre cómo, en cada momento, una de nosotras asumía un rol dentro del grupo? Pues esa vez era nuestro turno: el de Paula y el mío.

Fuimos a una agencia de viajes y reservamos un paquete todo incluido a Benidorm. Sí, como los abuelos. No queríamos preocuparnos por nada, y era perfecto. Ambas necesitábamos desconectar, y aquel lugar parecía ideal.

Aunque Paula había viajado mucho, tenía pánico a los aviones. Era sólo una hora de vuelo, pero al despegar casi me revienta la mano.

—Aaaaaahhhh, vamos a morriiiiirrrr —gritó, apretando la botella de Coca-Cola que le había dado para preservar mi integridad.

Tras un viajecito que quedó para el recuerdo, llegamos al hotel. Era una pasada. Todo nuevo a estrenar y para mi sorpresa, grata, por cierto, de abuelos, nada. Estaba lleno de jóvenes bailando y riendo a todas horas.

Una noche, mientras esperábamos que comenzara el espectáculo, un animador se acercó y nos preguntó si podía sentarse con nosotras. Asentimos, y él se dirigió directamente a Paula. La devoraba con la mirada.

—No os he visto esta tarde bailando bachata.

—Todavía no nos hemos animado a las actividades, que prácticamente acabamos de llegar —respondí.

—Claro, si nos hubieras visto, te habrías dado cuenta —le soltó Paula con chulería.

Él pasó de mí descaradamente, como si no estuviera, y se acercó a Paula mirándola fijamente.

—Seguro… No deberíais dejar todo para el final. Si pruebas el mojito el último día —dijo, señalando nuestra bebida—, y te gusta, no puedes repetir.

Después empezaron una discusión sobre fútbol en la que me perdí. Él le dijo que ella le caía mal, y que a mí me caía bien porque no iba en contra de su equipo… Pero lo que más me impactó fue lo que vino después.

—¿Me das tu número? —le preguntó.

—No —respondió ella, juguetona, mostrando la esencia de la Paula de siempre.

—¿Por qué?

—Porque yo no le doy mi número a la gente que le caigo mal. Y si los tengo, los bloqueo.

El chico, herido en su orgullo, sonrió y se marchó con el rabo entre las piernas. Nos pasamos horas riéndonos de la situación. Era exactamente lo que necesitábamos.

Regresamos a casa más morenas, con algún kilo de más y menos dinero, pero sobre todo, más felices. Esa tarde quedamos con las demás para repartir los regalos y contarles nuestras aventuras.

Con una sonrisa en los labios, volví a casa… y me llevé un susto. Estaba Diego esperándome en el portal.

—Hola, Amy —dijo serio.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

No necesité repetir la pregunta. Se lo había dicho Paula… Puse los ojos en blanco, irritada.

—¿Qué quieres?

—Tenemos que hablar. Llevo días llamándote y no contestas. Paula me dijo que estabais de vacaciones.

—Sí… y no eres el único que ha estado molestándome. Esos cabrones del vídeo no han parado de hostigarme. Estoy harta —respondí, sintiendo cómo el calor del enfado me subía por las mejillas.

—¿Pero de qué vídeo me hablas? —preguntó, desconcertado.

—¡¿Cómo que de qué?! —empecé a gritar.

—Vamos a mi casa, por favor. No quiero discutir esto aquí.

—No pienso volver a poner un pie en tu casa para que me vuelvas a colgar en internet.

—Amy, en serio, no sé de qué me hablas… Yo no he subido nada.

La alegría y la tranquilidad que había ganado en el viaje se esfumaron en un instante. ¿Cómo podía tener la desfachatez de negarlo todo?

No pude más. Con asco y vergüenza, saqué el móvil y busqué el vídeo para enseñárselo.

O era un actor excepcional, o su expresión de desconcierto era real.

—No me jodas… ¿Esto también? ¡Será cabrón! —exclamó.

Con mi móvil aún en la mano, echó a andar hacia su casa.

—¡Eh, espera! ¿Dónde vas? —le grité.

No respondió. Iba tan furioso que lo seguí.

Abrió el portal de su edificio y subió las escaleras como un rayo. Apenas podía mantener el ritmo, me faltaba el aire. Pensé en su rodilla… Si subía así, con lo mal que estaba…

Cuando llegué al rellano, la puerta estaba abierta, y al entrar le escuché blasfemar.

—¡Hijo de la grandísima puta!

Me acerqué a la habitación de invitados donde lo encontré hecho una furia, tirando de los cables de una cámara web colocada justo en el ángulo desde el que se había grabado el vídeo.

¿De quién hablaba? Si no había sido él, ¿quién había puesto ahí esa cámara?

Intenté calmarlo, pero seguía fuera de sí. Me quedé en el marco de la puerta, observándolo. Sacó su teléfono y envió un audio.

—Eres un pedazo de mierda. ¿Cómo has podido grabarme? ¿Desde cuándo me espías? ¿Y cómo tienes huevos de subirlo a internet? Te voy a denunciar, cabrón. Borra ese vídeo o te juro que te arruino la vida. Y deja en paz a Amy.

Arrojó el móvil contra la cama y se desplomó en la esquina. Colocó sus codos sobre las piernas y apoyó la cabeza.

Empezó a llorar, transformando toda la rabia en lágrimas. Me acerqué a él y me senté a su lado, acariciándole la espalda con cariño mientras se desahogaba.



CAPÍTULO 63

AMY

Octubre

Cuando su respiración se reguló, levantó la cabeza y me miró con los ojos hinchados.

—Amy, lo siento. Siento que te hayan expuesto así… Te juro que lo pagará.

—Tú también sales… —murmuré.

—A mí me da igual. El problema es que el objetivo eras tú. Habrá creado una cuenta falsa con tu número en alguna página porno. Por eso te llaman. Lo siento, Amy… Lo siento de verdad. Yo jamás habría hecho algo así.

—Te creo. ¿Pero quién lo ha hecho entonces?

—Jaime. Ya lo conoces… Y lo que más me jode es que además de esto se aprovechara de ti…

—¿Qué Jaime?

Me miró extrañado.

—Jaime, el que era mi mejor amigo… Fue él quien te bloqueó en mi teléfono, te hace *ghosting* y ahora esto…

—¿Eh? Diego, no sé de quién me estás hablando.

Entonces, tras sentirme ridículamente ingenua, caí en la cuenta.

—Ah, Jota… Jota de Jaime, claro —murmuré.

Nunca le pregunté su nombre real.

—¿Así se presentó? Menudo cabrón… Sí, el mismo. A mí… bueno, no me importa lo que hayas hecho con él, pero esto ya es demasiado.

Empecé a marearme. De pronto, todo encajaba. Por eso tenía la sensación de que él sabía más de mí de lo que le había contado, porque Diego le había hablado de mí.

¿Había tejido un plan maquiavélico para acotarse conmigo con tal de fastidiar a su *amigo*?

—¿Cuándo colocó la cámara? —pregunté.

—Probablemente una noche que salimos. Él se llevó a una chica a mi habitación. A veces se quedaba a dormir en mi casa…

—Entiendo… Pero él es de la costa, ¿no? —inquirí.

—¿Eso te dijo? Qué mentiroso. Para nada. Es de un pueblo cerca de aquí, pero como el transporte es pésimo, le dejaba quedarse.

Sacudió la cabeza, furioso.

—Pero si estuve en su casa… —murmuré.

—Seguramente la habría alquilado. No tenía nada personal y no cocinó ¿verdad?

—Muchos no, no tenía nada. Y no, fuimos a restaurante y a un bar.

Hizo un gesto de afirmación.

Yo me quedé en shock. No sabría decir qué pasó por mi mente en ese momento; todo era un borrón.

—Siento haber dudado de ti —dije al fin.

—Amy…

Se acercó tanto que nuestros labios estuvieron a un suspiro de tocarse.

—Te quiero. Como nunca he querido a nadie… El primer día que te vi en el gimnasio, con esas mallas horribles y el moño despeinado, jamás imaginé hasta dónde llegaríamos. Han pasado años, y sigo deseando verte cada día como si fuera la primera vez… Te echo de menos cuando no estás. Siento un vacío enorme cuando no estamos juntos. Como si me arrancaran una parte de mí.

Nunca había sentido esto por nadie, y es abrumador. Jamás creí que podría amar a alguien como te amo a ti…

Tragué saliva.

Estaba expresando exactamente lo que yo sentía. No pude resistirme más y, en respuesta, le besé.

El sabor salado de sus lágrimas se mezcló en nuestros labios, sellando aquel instante como un nuevo comienzo, una promesa que quedó suspendida entre nosotros, esperando cumplirse.



CAPÍTULO 64

DIEGO

2 meses después….

No me podía creer lo que había cambiado mi vida desde aquella tarde en que Amy y yo descubrimos quién había estado detrás del maldito video.

Tras ello, llevamos la prueba a la policía y denuncié a Jaime. El video fue retirado y por fin dejaron a Amy tranquila.

Todavía no vivíamos juntos de manera oficial, pero podría decirse que estábamos las veinticuatro horas en su casa o en la mía.

Me integré perfectamente en su grupo, incluso de vez en cuando quedábamos los chicos para tomar algo y, sí, hablar de ellas.

Todos estábamos orgullosos de nuestras novias y, aunque no era una competición, el ego de la testosterona se notaba entre nosotros.

Mejoré mucho mi francés gracias a Jean, con el que hablaba cada día. El chico tenía muchísimas historias para contar y el hecho de ser influencer le proporcionaba todavía más.

Me decía que había vivido cosas muy raras desde que empezó a exponerse en redes. Sobre todo lo que peor llevaba eran los comentarios de la gente que se metía con su físico.

Él hacía contenido didáctico, pero ya se sabe, el mundo virtual está lleno de *haters* que se dedican a tirar por tierra tu trabajo e intentar hundirte por donde pueden.

Aquella tarde nos la habíamos reservado para Amy y para mí. Hacía ya dos años que nos habíamos visto por primera vez en el gimnasio de rehabilitación, y lo queríamos celebrar a modo de aniversario.

Yo seguía en el trabajo, bastante amargado, todo sea dicho de paso. Pero ya iba mucho mejor de la rodilla. Creo que al estar con Amy se me pasaban todos los males, y ella se puso de lleno con su novela.

Supe entonces lo que es convivir con un escritor. A veces estaba ausente durante horas, porque decía que le había llegado la inspiración y no podía parar ni a comer, y otras la veía mirando la pantalla del ordenador fijamente sin hacer nada.

Un trabajo un tanto frustrante, no era para mí, desde luego. Yo prefería algo más continuo y constante, no tener que esperar a que llegaran las musas, pero estaba muy feliz por ella, porque cuando terminaba un capítulo me buscaba y se le veía radiante y satisfecha.

De momento no me había dejado leer nada, porque decía que hasta que no lo terminara no quería enseñarlo, así que solo ella sabía lo que le pasaba por la cabeza al escribir todo aquello.

Para celebrar nuestro aniversario habíamos decidido hacer sushi.

Al final me contó cómo había conocido a Jaime. Él se había hecho pasar por camarero en el restaurante de un amigo, porque sabía que la llevarían allí para celebrar su cumpleaños.

En la vida me podía haber imaginado que mi "amigo" fuera tan cabrón. Capaz de espiarla y de llegar a esos extremos para

fastidiarme. Nada había sido casual, todo lo había premeditado al milímetro.

Tras la denuncia no había sabido nada de él, de lo cual me alegraba enormemente, ya que al fin Amy y yo podíamos vivir tranquilos nuestra relación sin problemas externos.

Me quedé mirándola mientras preparaba las cosas para hacer el sushi. No me dejaba que le ayudara, decía que a ella le salía mejor que nadie y mi única tarea era cortar los rollos y colocarlos en los platos.

Meneaba el culo al son de la música que había puesto con su móvil.

Eso era otra de las cosas a las que tuve que acostumbrarme. Yo solía estar siempre en silencio, pero ella no podía hacer nada sin música, cocinar, escribir, leer, ducharse…

Sonreí como un bobo al verla tan entregada y mi Anaconda se empezó a revolver en mi calzoncillo.

Me acerqué sigilosamente a ella y, como hacen en las películas porno, la agarré por detrás. Y le empecé besando poco a poco la nuca. Ella se giró y me miró con esos ojos tan penetrantes y juguetones.

Se acercó, sentí un escalofrío recorrer mi nuca, aunque años de autocontrol me ayudaron a disimular. Se plantó a mi lado, desafiante.

—Seguro que te mueres por besarme en los labios—me provocó con una sonrisa pícara.

—Ponme a prueba —repliqué, orgulloso.

Su expresión fue inescrutable. Entonces se irguió sobre las puntas de los pies y acercó mis labios a los suyos mientras activaba el temporizador del teléfono.

—Si aguantas quince segundos a un milímetro de tu boca sin besarme, tendré que admitir que puedo confiar en mí.

No respondí.

Su aliento cálido rozó mi piel y el corazón me latió con fuerza, como siempre que ella estaba cerca. Sus dedos se cerraron en mi cintura, y una descarga eléctrica me recorrió de arriba abajo.

Sonrió, curvando esos labios carnosos que, sí, anhelaba morder.

Aguanté, aunque su brazo me atrajo aún más. Nuestros labios rozaron el límite; sentí un calambre en la comisura y casi visualicé la tensión en el aire. Pero resistí. Nunca quince segundos fueron tan eternos.

Contuve la respiración y cerré los ojos. Estaba al borde, hasta que al fin la alarma sonó.

—Ves, podías confiar —dije, la voz ronca.

Ella no me soltó.

—Bueno, hemos visto que podías aguantar tú, pero no he dicho que pudiera aguantarlo yo —dijo, acercando su boca a la mía y besándome.

Dios….

Abrí la boca y su lengua se entrelazó con la mía. Sus manos subieron por mi espalda, apretándome contra su cuerpo. Noté el calor entre sus piernas y dudé si era real. Me pellizqué el muslo, el dolor confirmó que no era un sueño.

No había palabras. Solo urgencia. Tanto tiempo separados y, al fin, volver a tenerla era un milagro.

Recuerdos de nuestra relación pasaron por mi cabeza a mil por hora. La primera vez que follamos en el cuarto de las escobas, en mi casa por todas partes, nuestro encuentro salvaje en el baño del restaurante…

Dejé que mis manos exploraran su cuerpo, tanteando como si fuera la primera vez. Acerqué mis dedos a su clítoris, y lo acaricié por encima de las braguitas. Estaba empapada, me encantaba la recepción que tenía siempre Amy. Gruñí y la acaricié aumentando el ritmo hasta que noté que estaba a punto de correrse.

La racionalidad se esfumó y me desaté. Le mordí el labio, y se quejó, pero sonrió. Con mucho esfuerzo se separó un poco y le bajé el pantalón dejándola expuesta ante mí. Estaba depilada como una muñequita y enseguida acerqué mi boca a su sexo.

Ella me agarró la cabeza mientras lo hacía, volviéndome loco.

Saqué mi lengua y lamí sus labios, mezclando mi saliva con su excitación. Acaricié el clítoris ya hinchado con la punta, en suaves circulitos y noté como empezó a palpitar.

Me ayudé, introduciendo uno de mis dedos y moviéndolo como sabía que le gustaba.

Llevé mi mano libre a su pecho sintiendo cómo subía y bajaba de manera exagerada. Estaba a punto de correrse, esta vez no le cortaría y le introduje otro dedo, llevándola al clímax casi instantemente.

Lamí su flujo, no me daba asco, me daba placer el verla así, entregada, disfrutando y todo gracias a mí.

—Eres mi Neo —murmuró todavía con los ojos cerrados.

—¿Qué? —pregunté, curioso.

—Nada, nada —respondió, soltando una carcajada.

Sabe Dios lo que estaría pasando por aquella cabecita. Sonreí y continué con lo que estaba.

Mi pene se revolvió buscando atención y ella lo miró con lascivia. En sus ojos se notaba una mezcla entre admiración y deseo.

Me bajó los calzoncillos agarrando suavemente las gomillas. Saltó de la encimera y me empujó contra la mesa.

Se agachó y agarró mi Anaconda con las dos manos, como una ardilla con una bellota. Jugó con ella mientras yo le acariciaba el pelo con cariño.

La llevó a su pequeña boca y empezó a lamerla como si fuera un helado.

Eché la cabeza hacia atrás disfrutando del placer que me estaba dando. No aguantaría mucho y ella lo sabía.

La chupó con brío y cuando notó que palpitaba, paró. Gruñí. Con una sonrisa pícara se subió de nuevo a la encimera y abrió las piernas, invitándome.

—Fóllame, por favor —me pidió.

Sus deseos fueron órdenes para mí y me acerqué a ella. Mientras la besaba, dirigí mi polla hacia su abertura y empecé a empujar.

Poco a poco fui entrando dentro de ella, sintiendo cómo su cuerpo me engullía como si fuera un molde perfecto. Empujé muy muy despacio, casi tanto que quemaba.

Ella movió sus caderas, pidiéndome más.

Lo omití y seguí empujando lentamente, hasta que noté el fondo, y entonces la embestí salvajemente, provocándole un descomunal

orgasmo.

Noté como me apretaba con su vagina y aproveché moviendo mis caderas sin delicadeza, buscando mi placer, penetrándola con rabia incluso, haciendo que volviera a retorcerse de placer mientras gemía.

Le agarré el cuello para obligarle a que me besara con sus labios hinchados.

—No aguanto más —murmuré.

Ella no dijo nada. Solo gimió y se corrió de nuevo justo antes de salir de ella y vaciarme, llenando el suelo con la mezcla de nuestros fluidos.

Su cuerpo arqueado por el placer y empapado en sudor, reguló su respiración poco a poco.

—Dios mío…. —murmuró.

Le abracé y le besé de nuevo.

—¿Por qué hemos tardado tanto? —dije.

Era una pregunta retórica, pues sabía la respuesta, y era clara: por gilipollas.



CAPÍTULO 65

AMY

Diciembre

Podría decirse que cuando mi vida empezó a estabilizarse al fin, Diego y yo recuperamos el tiempo perdido.

Básicamente habíamos vuelto al inicio de la relación en el que follábamos por todas las esquinas de la casa. Estábamos siempre juntos, fuera en la suya o en la mía. Ya no me daba pudor que viniera, al revés, casi prefería atesorar recuerdos nuevos con él en mi hogar.

Era como si aquí estuviéramos construyendo una nueva historia.

Ya no quedaba nada para Navidad y con un toque de amargura recordé lo triste que estaba hacía un año. El tiempo vuela cuando estás bien, pero cuando estás mal, parece que no se acaba nunca.

No obstante, el cuerpo es sabio, y ayuda a diluir los malos recuerdos y el dolor intenso había quedado reducido a la rabia de haber perdido tanto tiempo.

Me senté frente al ordenador, al fin había conseguido volver a tener esa fluidez en la escritura y tras años, conseguí escribir el punto y final de mi historia.

Había cambiado mucho desde que tuve la idea inicial, pero después de haberla releído varias veces, me gustaba.

Revisé el documento y lo adjunté al correo para enviárselo a Tim.

Había hablado con él el último mes para preguntarle si todavía le interesaba. Él me soltó una retahíla de… *todos los artistas sois iguales, cuando empezáis a triunfar dejáis de respetar los plazos, blablablá.* Pero que sí, que aceptaba.

Redacté el correo y le di clic para enviarlo.

Aquel simple gesto fue para mí una enorme liberación. Siempre me ocurría cuando terminaba una novela. Si has publicado algo, me entenderás.

Apagué el ordenador y me dirigí a la cocina para prepararme un té Matcha. Me había aficionado, quizá impulsada por las *influencers*, pero es que realmente me daba mucha energía y me ayudaba a concentrarme.

Diego había salido con los chicos. Habíamos quedado por la tarde todos juntos para celebrar el cumpleaños de Rubén. Era una sorpresa, y estaba segura de que le encantaría lo que habíamos preparado.

Él no debía sospechar nada, por eso quedaron los chicos para "distraerlo" mientras nosotras ultimábamos los detalles.

Habíamos reservado un local y lo habíamos decorado al estilo Juego del Calamar, que le encantaba. Habíamos preparado varias pruebas y juegos, inspiradas en la serie y organizado sorteos.

Me tiré en el sofá y cogí el móvil.

"Chicas, al fin he terminado la novela. Se la acabo de enviar a Tim. Diooooss que liberación. ¿Cómo vais? ¿Preparadas para la fiesta?"

La primera en contestar fue Susana. Estaba bastante nerviosa últimamente. Pensábamos que era por la fiesta. Le costaba mucho mantener una sorpresa y seguro que en más de una ocasión se había tenido que morder la lengua por miedo a que se le escapara algo.

"Eres la mejor, ¡seguro que es un éxito como todos! Por cierto, ¿podemos quedar nosotras un poco antes? Os quiero contar una cosa"

Concretamos una hora y nos vimos en la Biblioteca.

Saludamos a Erme, quien ya nos preparó las bebidas en nuestra mesa de siempre.

—Por cierto, Amy. Te acuerdas lo que te dije sobre el grandullón, ¿no? —me susurró.

Asentí con una sonrisa de oreja a oreja.

Se refería a la conversación que tuvimos sobre Diego. En la que me dijo que si era para mí volvería y si no básicamente que le dieran por ahí.

Lo decía porque nos lo encontramos un día paseando por el parque y, aunque con los chicos no habíamos salido a nuestro bar porque éramos muchos y no cabíamos, alguna vez nos había visto juntos.

—Claro.

—Pues ahora te digo una cosa. No volváis a ser tan tontos de obviar lo que tenéis. Ese chico está loco por ti, y tú por él. No lo echéis a perder…

Sonreí. Era como un padre para nosotras. Le guiñé un ojo con complicidad y tomé asiento en mi sitio.

La última en llegar fue Susana. Estaba alteradísima y venía cargada de bolsas de tela.

—*Uff*, perdonar chicas. He tenido que pasar por la tienda para recoger los disfraces de colores porque luego estará cerrado. He

salido literalmente corriendo del trabajo para llegar.

Se dejó caer en la silla colgando las bolsas en el respaldo y resopló, agotada.

Paula no dejaba de escribir y sonreír con el móvil.

—¿Y a ti se puede saber qué te pasa? —preguntó Nuria.

—Eso, estás últimamente que pareces una quinceañera, todo el día con sonrisitas. ¿Algo que contar? —preguntó Marta.

Como si acabara de despertarse nos miró, desconcertada. No se había enterado de nada.

—¿Qué me he perdido? ¿cuántos polvos ha echado esta mañana Amy con el Anaconda?

Soltamos una carcajada.

Nos encantaba verla así, como siempre. Con su esencia y su alegría.

Yo sabía que ella todavía acarreaba el dolor por lo que había tenido que vivir. A pesar de mostrarse siempre como una mujer fuerte, Paula era muy sensible y lo que le había ocurrido era algo muy grave. No obstante, la veía mucho mejor tras meses de terapia.

—Puessss, hoy han sido pocos, creo que unos cinco —les dije.

—¡*Mon Dieu*! ¡Exagerada! Tienes que tener el *chichi* como el garaje de un camión —dijo Sofía riéndose.

Soltamos una carcajada tan estridente que se quedaron mirándonos todos los del bar.

Tras soltar varias burradas más y quedarnos con la duda de con quién hablaba Paula, Susana llamó nuestra atención.

—Chicas… no puedo más. Os lo tengo que contar…

Le temblaban las manos cuando se giró para sacar una caja de su bolso.

La abrió y dentro había un predictor.

—¡Estoy embarazada! —gritó.

—¿Quéeeee? Ostras, enhorabuenaaaa —dijo Nuria, abrazándola.

—¡Vamos a ser tías otra vez! —dijo Marta.

Todas la abrazamos con cariño. Por eso estaba tan nerviosa.

—Estaba pensando en que la última caja que abra Rubén con las pruebas sea esta. ¿Qué os parece?

—¡Genial! le va a encantar, seguro —dije.

Tras achucharle y acariciarle la barriguita inexistente (de momento), repasamos todas las pruebas y nos fuimos a casa para arreglarnos.

Habíamos quedado en "secuestrarlo" en la puerta de su casa a las ocho y media, y eran ya las siete. Nos despedimos entre besos.

Cuando llegué a mi casa, llamé a Diego para preguntarle si quería que fuéramos esa noche a la suya o a la mía.

Aunque ya habíamos dado el paso de tener el cepillo de dientes en ambas casas, prefería saberlo para llevarme otra ropa.

Me dijo que le daba igual, que eligiera yo, y preferí la mía.

Pasaría a buscarme en diez minutos porque estaba todavía hablando con Jean. La sorpresa iba a serla de verdad, porque nos dijo que Rubén no se esperaba nada, de hecho, él quería llevar a Susana a cenar. Se iba a quedar a cuadros cuando nos viera.



EPÍLOGO

AMY

La operación fue un éxito. Los chicos vestidos con traje y corbata se presentaron a la hora establecida en casa de Susana, donde estaba Rubén. Hicieron el paripé, le pusieron un saco en la cabeza y se lo llevaron al local.

Cuando llegaron, lo soltaron, y al vernos a todos allí, empezó a llorar de la emoción.

Rubén es un chico muy tímido y algo callado, pero nunca lo había visto tan hablador. Estaba eufórico.

Cenamos una barbacoa que nos preparó Carlos. Era un crack. En el local había una parrilla que se convirtió en una fábrica de

exquisiteces. Estaba todo buenísimo.

Cuando acabamos, tras la tarta, soplar las velas y un millón de fotos que hizo Sofía, hicimos los equipos para la yincana. Y yo, por supuesto, fui la primera en caer. Nunca se me han dado bien ese tipo de juegos. En el colegio nunca me elegían de compañera, precisamente por eso.

Tampoco me gustaban nada, pero lo hacía por nuestro amigo.

Cuando llegó a la última prueba, que era la cajita con el predictor, aquella fiesta se convirtió en un mar de lágrimas.

Nadie lo esperaba, pero fue la sorpresa más emotiva y tierna que he visto en mi vida.

Susana estaba radiante, y Rubén se lanzó a sus brazos enseguida. La adoraba.

Cuando recibió todos los regalos, empezó la "juerga". Habíamos contratado un Dj y el local nos ponía barra libre.

Paula seguía con el móvil, riéndose sin parar.

Las chicas nos acercamos a ella y la rodeamos para que nos lo contara de una vez.

—A ver, intervención, Paulita. ¿Qué traes entre manos? —anunció Nuria.

Ella soltó una carcajada.

—Sois las mejores. ¿Os he dicho que os quiero?

—Pocas veces… —dijo Susana.

Nos reímos.

—Veeenga, pues… a ver, os cuento.

—Por favor —dijo Marta, con sorna.

—Pues, resulta que hace un mes, estaba echando marcha atrás con el coche, y escuché un golpecillo. No tenía yo el chirri para farolillos y me bajé para ver qué había pasado. Me encontré con una chica y un tío más grande que un armario que le había dado un golpe a mi coche para que parara.

A escasos dos milímetros de mi bola de enganche tenía el parachoques de otro coche aparcado. Y resultó ser el suyo.

Eh, mira por dónde vas, que le has dado a mi coche, me dijo el chico con mala leche.

No me achanté porque no le había hecho nada, pero tampoco tenía ganas de discutir. Lo analicé y el coche no llevaba nada, pero como el tío parecía bastante insistente le propuse hacer los papeles del seguro. Mi coche estaba intacto, y el suyo también, pero...

Si no, mira hacemos una cosa, dame tu teléfono y mañana con luz lo miro bien, si no lleva nada, lo dejamos, y si no hacemos el parte, ¿te parece?, dijo esta vez con un fuerte acento italiano.

Total, que al día siguiente me escribió que llevaba un roce, pero que no hacía falta hacer papeles. Puse los ojos en blanco al leerlo, porque era más que evidente que no llevaba nada. Me resultó de primeras un poco rarito… pero bueno.

La cosa es, que después, no sé muy bien cómo, empezamos a hablar… y hablar… y hablar…. Y es bastante majo y no sé, tenemos un tonteo ahí… muy interesante que no sé por dónde va a salir.

—*¡Oh, la, la!* Venga, lígatelo y tráelo al grupo y así montamos una academia de idiomas —exclamó Sofía.

—¡Toooma ya! ¡Paula *returns*! —dijo Susana.

Nos alegramos por ella y esperé que fuera buen chico. Y si de verdad llegaban a algo que la tratara como se merece.

Bailamos para celebrar las buenas noticias, y entonces Diego me llamó para que nos apartáramos un momento del bullicio.

—Estás preciosa, tigresa —me susurró.

—Vaya, hacía mucho que no me llamabas así —contesté, lanzándome a su cuello.

Estaba guapísimo y muy apetecible.

Los efectos del alcohol empezaron a notarse y su cercanía activó mi lívido.

Me devoró con los ojos y me atrajo hacia él con sus brazos. Nos fundimos en un apasionado beso que prometía más.

Ambos nos miramos cómplices y buscamos la señal del baño. Como dos quinceañeros nos cogimos de la mano y fuimos corriendo.

Nos metimos entre risas en el baño de los chicos y empezamos nuestro asalto.

No nos detuvimos en preliminares. Nos fundimos de nuevo en un beso cargado de intenciones. Yo ya estaba empapada. Se bajó los pantalones y se sentó en el inodoro. Me recoloqué en aquel sitio

minúsculo para ponerme a horcajadas sobre él. Me restregué sobre su Anaconda, ya preparada. Me encantaba cuando se le quedaba empalmada atrapada en el calzoncillo. Era como que le asomaba la cabecita por la gomilla, pidiendo permiso para salir.

El solo roce de su miembro con mi vagina, a través de la tela que nos separaba, hizo que un escalofrío me recorriera.

Me levanté para bajarme las medias y las braguitas y quedé libre al fin.

El dirigió su mano a mi sexo empapado y me tocó, acariciándome con sus largos dedos.

—*Uff*, me encantas —dijo.

Como respuesta le bajé los calzoncillos y saqué su Anaconda. Él cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Conocía sus gustos y sabía que le encantaría que se la chupara entonces, pero no había espacio humano para colocarme, así que la agarré y la llevé directamente a mi vagina.

Me estremecí cuando él empujó con las caderas. No lograba acostumbrarme a aquel *bicharraco*, pero me encantaba.

Empecé a moverme sobre ella, haciendo que el roce de nuestros cuerpos nos provocara un placer indescriptible.

Él me agarró por la cintura, ayudándome en mis movimientos e incrementó su profundidad. En pocos segundos me corrí, y poco después él hizo lo mismo, emitiendo su gruñido masculino tan característico.

Satisfechos y agotados, nos fundimos en un beso tierno y nos aseamos antes de volver a la fiesta con todos.

Parecía que nadie nos había echado de menos, hasta que Paula se me acercó con una sonrisa pícara.

—¿Qué? ¿Bien el *polvazo*?

Solté una carcajada y le di un codazo.

—*Shh*, calla, tenemos que parecer decentes.

Ella se rio.

—Ya, claro. Como si no supiéramos que sois unos *marranotes*…. Además, disimulas fatal, como aquella vez con el Mortadelo.

Me empecé a reír, porque lo del Mortadelo era por una anécdota que surgió un día jugando a las cartas.

Diego y yo nos miramos cómplices, y él fue junto a los chicos mientras yo empecé a bailar con las chicas.

La fiesta estaba genial, ni recuerdo cuántos cubatas bebí, pero no estaba borracha, sino contenta.

Cuando el Dj anunció que ponía la última canción, busqué a Diego con la mirada, pero no lo vi.

Quizá estuviera en el baño, pero al no regresar, le pregunté a Rubén.

—Se ha ido hace un rato fuera, porque le han llamado por teléfono, pero no lo he visto entrar.

Me extrañó un poco, pero al ver que no volvía y que la fiesta estaba terminando, salí a la calle. Allí no estaba.

Al regresar, habían encendido las luces y la gente empezaba a recoger.

—Oye, ¿habéis visto a Diego? —pregunté a las chicas.

Nadie sabía nada.

¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba?

¿Quizá se hubiera ido por su hermana, por alguna urgencia?

Le llamé, pero me salía apagado. Empecé a preocuparme un poco.

Habíamos traído el coche, conducía él de camino a casa y lo vi aparcado en la calle.

—Diegoo —grité.

Empecé a ponerme muy nerviosa. ¿Dónde estaba?

Al acercarme al coche, me pareció ver un papelito blanco cogido en el limpiaparabrisas.

Parecía una multa, pero al abrirlo, el alma se me cayó a los pies.

Mi pequeña Samurái… hace mucho que no sé de ti. Me encantaría que volviéramos a vernos y repetir esos buenos ratos que pasamos juntos.

He visto que ahora tienes compañía, un tanto molesta. Si quieres volver a saber de tu Anaconda será mejor que te portes bien.

Tendrás noticias mías pronto.

El papel se me escapó entre los dedos, y me llevé las manos a la boca.

Las chicas salieron del local y al verme ahí fuera, temblando, vinieron corriendo hasta mí.

Marta cogió la nota del suelo y la leyó en voz alta.

—Dios mío. ¿Qué es esto? —murmuró.

—Solo nosotras sabemos lo del Samurái… —dijo Paula.

Tragué saliva.

—Lo sabemos nosotras y …

¿FIN?



NOTAS DE LA AUTORA

Estimad@ lector/a.

Lo primero de todo, y como siempre digo. GRACIAS. Gracias por llegar hasta aquí, porque significa que has terminado mi novela.

En segundo lugar, quería contarte alguno de los aspectos más relevantes de ella.

Esta ha sido una historia que se me ocurrió poco después de publicar ¿Amor o Casualidad?, basándome en un hecho personal, pero estuvo más de un año apartada en un rincón.

No sé por qué, pero últimamente el tiempo pasa demasiado deprisa, y no era consciente de que han pasado ya casi dos años desde que empecé a escribirla. En ella he querido tratar ciertos temas, por desgracia de actualidad, y muy duros, como son la crítica social a la falta de atención médica en algunas ocasiones y como parte fundamental, los malos tratos a las mujeres. Lo indefensas que nos sentimos en muchas ocasiones, y todo lo que no se muestra de cara a la "galería".

He querido darle un peso importante a la amistad entre amigas. De cómo los grupos también van cambiando cuando se van incorporando las parejas y se evoluciona con el tiempo.

Quizá, si eres fan de la serie Valeria, como yo, hayas podido notar un cierto parecido, sobre todo porque la prota es escritora. En realidad, no lo escribí con esa intención, porque en la vida real hay muchos grupos de amigas así, por tanto, solo hay que salir a la calle para encontrarse con este tipo de historias.

Espero que hayas disfrutado con la lectura. Con pasajes algo más salvajes y calientes, y otros muchos de reflexión y crítica.

La historia ha quedado abierta, dando rienda suelta a la imaginación y una posibilidad a una segunda parte.

Como siempre te digo, si te ha gustado la historia y quieres más, regálame un comentario y una valoración ya sea en Amazon o en redes, para tener más difusión y llegar a más gente, para poder seguir escribiendo.

Muchas gracias de corazón.

Te espero en la próxima.

Con cariño,
Amanda Fowels



[i] Juego tradicional que consiste en llamar al telefonillo de una casa y salir corriendo sin contestar.

[ii] Soltar una ventosidad.



AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, como siempre. Mil millones de gracias a ti, por haberme dado la oportunidad de leerme, y por haberme dedicado algo tan valioso: tu tiempo. GRACIAS.

Y comenzando con la, cada vez más larga lista, no puede faltar mi fan número uno. Esa personita que siempre está ahí apoyándome, dándome ánimos con la escritura, y que siempre se desvive por leerme. Gracias Dani, por ser mi muleta en este mundo tan duro. Te quiero mucho, bonito.

Gracias Chiqui, por escuchar mis libros porque no tienes tiempo ni de leerlos, pero me apoyas y me ayudas con estas aventurillas cada día. Te quiero mucho.

Gracias a mis amigas, a las más locas de todas, aunque ellas dicen que la loca soy yo, a Iru, Ainhoa y Josemié. Gracias por leerme y por darme tantas ideas sacadas de nuestras experiencias vitales juntos, o bueno, simplemente por permitirme vivirlas. Y sí, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. ¡Os quiero mucho, que lo sepáis!

Gracias a Aitana, por ser algo más que mi amiga, por entendernos solo con la mirada y por emocionarte cada vez que nos vemos. GRACIAS cerdi! ¡Te quiero!

Por supuesto, gracias a mis padres, por… bueno pues ¡por TODO!

No puedo dejar de agradecer a una personita muy especial, a la que en cierto modo dedico esta novela, a Paula. Gracias infinitas por tus aportaciones y por ser una persona tan alegre a pesar de todo. ¡Un besazo enorme, guapa!

Gracias también a Andrea, mi profe favorita. Espero que nos veamos prontito :)

Una mención especial a Raúl, instructor de paracaidismo, que me permitió vivir una de las mejores experiencias de mi vida.

Y muchas gracias a todas las personas que están siempre ahí dispuestas a leer mis libros, que nadie se ofenda si no aparece su nombre, la lista sería eterna, pero vosotr@s ya sabéis quiénes sois.

Millones de gracias a todos.

Un abrazo enorme.

Con mucho cariño,
Amanda Fowels





OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

¿Amor o casualidad?



Sinopsis:

¿Por qué cuando estamos pasando un mal momento nos da por viajar?

Me había dejado mi **ex** y me sentía como una 💩, así que puse rumbo a Mallorca con el objetivo de encontrarme a mí misma.

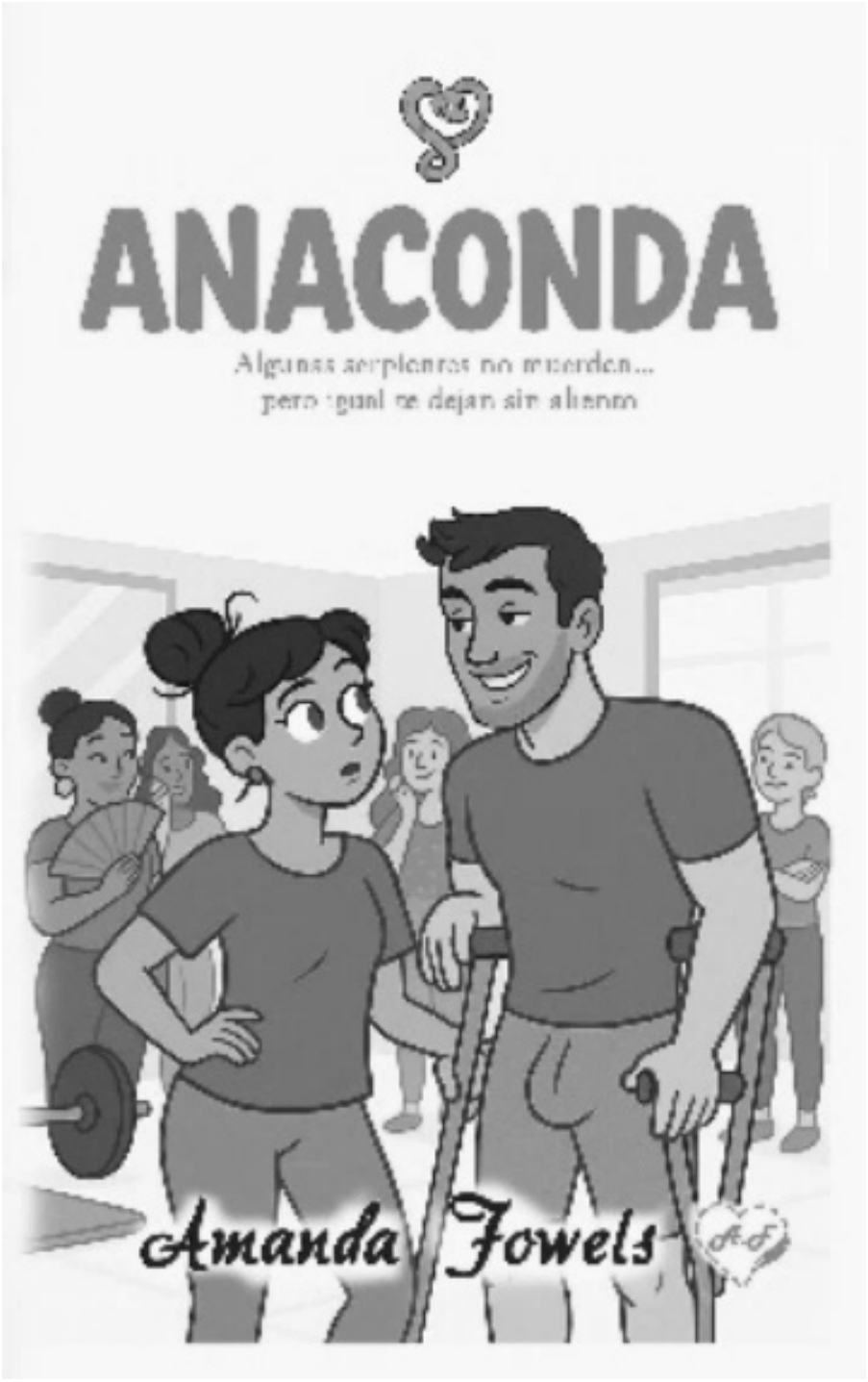
Sin esperarlo, aunque suene a tópico, cambió mi vida por completo, lo cual compartí intensamente con mi mejor amiga, Alex.

No me dejan contarte mucho más, *sorry*, pero si quieres pasar un **ratito entretenido, reírte** y evadirte de tus problemas, quédate y si no sigue buscando tu próxima lectura en la estantería.

Gracias por interesarte en la primera **novela romántico—erótica** de la autora, narrada con un *toque ácido, fresco* y con pelos y señales de mi vida sexual. ¡Aquí no hay vergüenza!

Una historia en la que no queda muy claro si lo que ocurrió fue **Amor o casualidad**.¿Te animas?

Disponible en Amazon y en librerías
También versión en italiano



ANACONDA

SINOPSIS extensa:

¡Prepárate para una lectura que te dejará sin aliento!

Un accidente inesperado. Un centro de rehabilitación, y él… un paciente cuya "arma secreta" despertará mucho más que la curiosidad de Amy.

Bloqueada y atrapada en su pasado, no imaginaba que su vida daría un giro tan ardiente. Pero cuando sus cinco amigas la empujan a vivir experiencias tan intensas como impredecibles, descubrirá que la mejor terapia no siempre viene en forma de pastillas... sino envuelta en deseo.

Entre risas, secretos y encuentros que desafiarán sus límites, Amy aprenderá que a veces, para liberar la mente, primero hay que dejar que el cuerpo hable.

¿Estás list@ para sumergirte en esta aventura tan sensual como electrizante? 🔥

Advertencia: Contiene amigas caóticas, sushi, tensión sexual que podría prender fuego al papel y un final que te hará gritar *"¿Y ahora qué?"*.

CONTENIDO

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
EPÍLOGO
NOTAS DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS
OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

---

[i] Juego tradicional que consiste en llamar al telefonillo de una casa y salir corriendo sin contestar.

[ii] Soltar una ventosidad.